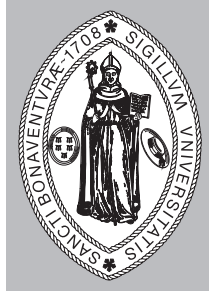


UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA CALI

VENGO
POR
MI HIJA
Y ME LA
VOY A
LLEVAR
CRÓNICAS

GABRIEL JAIME ALZATE
EDITOR LITERARIO

Vengo por mi hija y me la voy a llevar.
Crónicas



**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI**

Vengo por mi hija y me la voy a llevar

Crónicas

Editor literario:
Gabriel Jaime Alzate

Facultad de Psicología
2015

Vengo por mi hija y me la voy a llevar Crónicas

Vengo por mi hija y me la voy a llevar Crónicas / Compilador y editor Gabriel Jaime Álzate Ochoa.--Cali : Editorial Bonaventuriana, 2015

155 p.

ISBN: 978-958-8785-73-8

1. Autores vallecaucanos 2. Estudiantes de Psicología - Universidad de San Buenaventura. Cali 3. Estudiantes de Psicología - Relatos personales 4. Literatura colombiana 5. Conflictos sociales 6. Talleres literarios 7. Crónicas 8. Violencia en la literatura 9. Violencia juvenil I. Tít.

C868.4 (D 23)

V458v

© Universidad de San Buenaventura Cali



Editorial Bonaventuriana

Vengo por mi hija y me la voy a llevar. Crónicas

© Gabriel Jaime Alzate, editor literario

Facultad de Psicología

Universidad de San Buenaventura

Colombia

© Editorial Bonaventuriana, 2015

Universidad de San Buenaventura Cali.

Calle 117 No. 11 A 62

PBX: 57 (1) 5200299

<http://editorialbonaventuriana.edu.co>

Bogotá – Colombia

Los autores son responsables del contenido de la presente obra.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, sin permiso escrito de la Editorial Bonaventuriana.

© Derechos reservados de la Universidad de San Buenaventura.

ISBN: 978-958-8785-73-8

Tiraje: 300 ejemplares.

Depósito legal: se da cumplimiento a lo estipulado en la Ley 44 de 1993, decreto 460 de 1995 y decreto 358 de 2000.

Impreso en Colombia - Printed in Colombia.

Vengo por mi hija y me la voy a llevar. Crónicas, es un libro de crónicas escritas por los estudiantes de la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura Cali, por lo tanto los personajes y las situaciones presentadas en las crónicas son responsabilidad de los autores y no comprometen el pensamiento y la filosofía de la universidad. Algunos nombres han sido cambiados por petición expresa de los personajes.

Índice

Presentación	11
¡Hajime, el combate ha comenzado! Ángela Marcela Rodríguez Montenegro	13
Putá, pero no asesina Katheryn Alejandra Herrera Barco	19
Cordones Santiago Grisales Callejas	27
¿La cura será el amor? Stephanía Hernández Peña	35
¿Alguna vez fueron útiles? Laura Cuadros	45
Vengo por mi hija y me la voy a llevar Isabella Sandoval Paz	53
¿Es mejor vivir cincuenta años intensamente o cien estúpidamente? María Camila Otero Núñez	61
¿Mi bicicleta o mi doncella? Ana Lucía Valderrama	69
El precio de un secuestrado Daniela Duque Parra	77
En la esclavitud encontré la libertad	87

Miguel Ángel Vázquez

Una argolla en cada mano	95
--------------------------	----

Karent Lizeth Gutiérrez Trujillo

Turno con fantasmas	103
---------------------	-----

César Leonardo Ceballos Cerón

De un empujón me bajaron del carro	113
------------------------------------	-----

Nathalia Osorio Sánchez

Ella, la señora del comedor de los niños	121
--	-----

Mauricio Mosquera Capote

Lo mismo cada seis meses	129
--------------------------	-----

Valentina Alzate Díaz

Mamá canguro	137
--------------	-----

Jael Murillo M.

Tierras de olvido	149
-------------------	-----

Isabela Moreno

Presentación

Vengo por mi hija y me la voy a llevar, es el sexto de una serie de libros de crónicas producto del trabajo de los estudiantes de primer semestre de la Facultad de Psicología en la materia Taller de Escritura I.

El proceso de investigación para cada crónica, el seguimiento a sus personajes, conocer sus vidas y sus asuntos más complejos y oírlos narrar los momentos esenciales de su diario trajinar por este país, plantea desde un comienzo una pregunta que es necesario responder: ¿qué sucede en un país que poco quiere a su gente, que la destruye, la humilla, la persigue, la aniquila y la enferma? Y es en este libro que encontrarán historias que muestran esos hechos. Sí, esos y otros más, porque como suelen decir, la vida no puede ser solo tristeza y sangre y vejación. También hay ejemplos de lucha, de supervivencia, de amor y de entrega a una causa o a una persona, porque eso también es el país donde vivimos y no podemos olvidarlo. Cuando el cielo es azul, brilla el sol y todavía no hemos oído llorar a nadie, tenemos la sensación de que que la guerra y los seres humanos están lejos y que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

Lo anterior también puede presentarse de otra manera: ¿cuán urgente resulta hoy contar lo que sucede en torno nuestro? Quevedo, el escritor español que vivió entre los siglos XVI y XVII, decía en su poema *Epístola satírica* contra

las costumbres presentes: “¿No ha de haber un espíritu valiente?/¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?/¿Nunca se ha de decir lo que siente?/”. Pues bien, sin necesidad de entrar a explicar los versos del poema basta con decir que el presente libro recorrió un camino tortuoso antes de su publicación. Fue como viajar a pie por este país y detenerse para oír contar sus historias a los otros, esos que creemos que no existen; y también cómo, de repente, se dudaba de su veracidad. Y como suponían algunos, tanto horror no podía ser posible, ni tanta fuerza, ni tanto valor, ni tanta atrocidad.

Ahí lo tienen, por fin.

Gracias a todos.

Cali, noviembre 10 de 2015.



1

¡Hajime, el combate ha comenzado!

Ángela Marcela Rodríguez Montenegro

A sus setenta y cuatro años de edad, Jorge Ovidio Largo es maestro de karate. Empezó a entrenar este arte marcial a los treinta y tres y puede parecer inusual que alguien practique por primera vez esta disciplina a una edad “avanzada”, pero las razones que llevaron a Jorge entrenar tan tarde no fueron producto de un simple gusto o capricho.

Hubo un acontecimiento mayor que cambió su vida para siempre. A sus veintidós años fue diagnosticado con anemia aplásica y sufrió luego una parálisis corporal que lo dejó postrado en una cama durante tres meses y medio. A lo largo de diez años luchó contra esta enfermedad y a base de mucha perseverancia encontró en el karate no solo un deporte, sino también un estilo de vida y una solución a su padecimiento.

La anemia aplásica es un trastorno de la sangre que consiste en que la médula ósea no produce suficientes células sanguíneas, encargadas de defender al organismo de las infecciones y ayudar a eliminar los residuos y desechos de los tejidos.

Una de las causas de esta enfermedad es el consumo de ciertos medicamentos. El cloranfenicol, al que el maestro llama “droga milagrosa de los años sesenta”, porque, según dice, a todo el mundo se la recetaban, es un antibiótico y fue el detonante de esta enfermedad, ya que a pesar de ser sumamente efectivo contra

los espectros de los microorganismos, posee también efectos secundarios graves, entre esos la anemia aplásica.

Minutos antes de empezar la clase, los estudiantes se reúnen en el *dojo*. Los más pequeños juegan entre sí tirándose puños y patadas y los más grandes unos de pie y otros sentados en el suelo. Todo lo que se escucha son risas y gritos, sobre todo de los más pequeños, hasta que el maestro entra. Entonces, la clase comienza sin que él tenga necesidad de decir una sola palabra, pues los estudiantes ya saben lo que tienen que hacer.

Al igual que el maestro –o *sensei*, como se dice en japonés– el *dojo* es un lugar de respeto. Todas las personas que entran en él deben hacer una reverencia y al momento de salir también deben inclinarse.

Antes de que empiece la clase como tal, el maestro se ubica en el centro y pronuncia algunas palabras en japonés. Luego, todos, estudiantes y maestro, se arrodillan en el suelo y permanecen varios minutos en esa posición. Este acto representa una especie de saludo respetuoso que los estudiantes hacen al maestro y al *shijan* (maestro de maestros), quien trajo este arte marcial a nuestro país.

Acto seguido, los estudiantes se levantan y forman una fila. De derecha a izquierda se ubican las personas más avanzadas sin importar la edad o el sexo sino el nivel en el que se encuentran. A continuación salen al frente uno por uno, hacen la reverencia frente al maestro y muestran ante la clase sus *katas*, esto es, las secuencias de movimientos de diferentes técnicas, que generalmente incluyen golpes de manos y pies. Por medio de estas, los experimentados pueden darse cuenta del nivel en el que se encuentra el practicante.

Cada demostración dura aproximadamente un minuto. El maestro observa cuidadosamente cada movimiento y cuando todos los estudiantes han terminado Jorge les ordena que formen un círculo y corrige las formas que vio incorrectas y dice a continuación: “Aquí, todos somos iguales. Estamos en las mismas capacidades. La debilidad no es algo físico, es mental. Si usted cree que por el hecho de ser más bajo que su contrincante es más débil, entonces lo más probable es que vaya a perder”.

Enseguida, el maestro manda que se formen parejas y da indicaciones de cómo defenderse ante el puño del oponente. Los estudiantes, siguiendo las orientaciones, se disponen a entrenar entre ellos.

En el karate, la mirada es parte fundamental de la pelea. “Debe ser tan penetrante y peligrosa como el mismo puño”, dice Jorge. La razón es porque al igual que aprendemos a controlar los músculos de nuestras extremidades y el dorso, debemos controlar los músculos de la cara, debido a que nuestras expresiones faciales, especialmente nuestros ojos, a menudo reflejan nuestras intenciones y el estado emocional.

Media hora después de entrenar, el maestro da el permiso a los estudiantes para que vayan a tomar una bebida hidratante. Cuando regresan, se ponen sus guantes de karate para el *kumite*, que significa combate en japonés, y unos protectores para los pies que parecen una especie de zapatos sin plantillas. Se sientan a la izquierda del *dojo* y Jorge empieza a llamar a los más chicos de dos en dos: “usted, venga al frente; usted, párese”. Las personas que va llamando deben hacerse frente a frente y dar la reverencia a su oponente, mientras esperan la orden para empezar el combate.

Jorge los mira fijamente. Adopta la postura clásica, con el pie derecho al frente, las rodillas medio dobladas y los brazos extendidos y exclama “*¡Hajime!*”, expresión que indica que el combate ha comenzado.

La idea de estos combates no es golpear al enemigo sino demostrar los movimientos. Una serie de situaciones indican que uno de los combatientes ha ganado. Por ejemplo, si logra dar un *yuko* (puño) marcará un punto; si da un *wazari* (patada al centro), serán dos puntos y si da un *ippon* (patada a la cara) marcará tres. Así es como lo ha estipulado la última reforma del reglamento de la *World Karate Federation*.

“¡No brinque tanto. Defiéndose, hombre! ¡Cierre esos puños! ¡¿Qué pasa con esas manos!? ¡Siempre deben estar arriba, en posición de defensa!”, son algunas de las expresiones que grita el maestro a sus estudiantes cuando ve que no están dando lo mejor de sí.

Los combates duran aproximadamente dos minutos: “*¡Yamae!*”, indica el maestro para que se detengan. Después de que la clase termina, los estudiantes se a organizan en fila y el maestro en el centro. Como al comienzo, todos se arrodillan durante algunos minutos y permanecen con los ojos cerrados, esta vez despidiéndose de su *sensei* y del *shijan*.

“El *sensei* Jorge, es una persona seria, responsable y bien preparada. Elabora sus clases con antelación y combina actividades lúdicas y rigurosas. Por ejemplo, en algunos calentamientos jugamos a *La lleva*, nos divertimos entre nosotros

y al mismo tiempo entrenamos y nos ejercitamos. También es una persona muy estricta. Exige fortaleza, ánimo y disciplina, incluso a los más novatos. En medio de los combates, le gusta que todos sus estudiantes participen para así visualizar a cada uno y corregirlo en medio de la clase si ve algo incorrecto. “Es un excelente maestro”, dice Sebastián, un niño de once años y uno de los discípulos más jóvenes.

El *dojo* es un lugar particular. Al ingresar en él, se observan al lado derecho unos espejos grandes que permiten visualizar de una mejor forma los movimientos que el maestro ejecuta cuando está de espaldas a sus alumnos. En la parte de arriba, se pueden ver las banderas de Colombia y de Japón y en medio de estas cuatro fotos de maestros karatekas, los *shijan*. Al fondo, hay tres sacos de arena. Todo el suelo está rodeado por colchonetas rojas y azules llamadas *tatami*.

“Para mí, el karate no es solo un deporte sino también un estilo de vida que tiene como fundamento el servir a los demás. El aprender, el enseñar, el auto-controlarse y la disciplina son fundamentales. Si está en mis manos ayudar a otras personas por medio del karate así como el karate me ayudó a mí, entonces asumiré esta responsabilidad con mucho gusto”, explica Jorge a una de sus novatas estudiantes.

Todos los sábados y domingos llega el *sensei* a la liga vallecaucana con quince minutos de anticipación. Siempre aparece portando una camisa de polo a rayas, pantalón de sudadera y tenis. A simple vista, es un hombre muy sencillo y conservado. Saluda a todas las personas que se encuentra con una sonrisa así no sean conocidos y abraza a los alumnos que han regresado y se habían ausentado porque están ocupados o por algún otro motivo. Entra al *dojo* y se pone su *karategi*, uniforme empleado en este deporte. Los *karategis* son de color blanco y se componen de tres elementos: una chaqueta amplia sin botones llamada *uwagi*, un pantalón igualmente amplio denominado *zubon* y el cinturón, designado *obi*. En el karate, el color del *obi* representa el nivel en el que se encuentra el practicante; sin embargo, cada federación maneja su propio tipo de gradación. Para el *shotakan* (el estilo de karate más practicado del mundo y el que ejercitan los pupilos de Jorge), los colores que distinguen el nivel, son (del más principiante hasta el más avanzado): blanco, amarillo, naranja, verde, azul, marrón y negro.

2

Putá, pero no asesina

Katheryn Alejandra Herrera Barco

“Decidí meterme en ese mundo porque mi tercera hija, Laura, que aún era un bebé, no tenía nada que comer y ante el desespero no hacía otra cosa que llorar. Cierta día fui a casa de una prima a quien había vendido una falda y le conté de mi situación. Al terminar, me dijo: ‘Vamos, que yo conozco un sitio donde pagan por tomar’”.

“Fuimos. Ese día me dio fiebre y vómito porque yo no sabía cómo era eso y como el diablo es puerco, ese día la plata estaba allí y me gané 150.000 pesos más lo del turno. Me dieron un billete tras otro y solo tomando con *manes*. Con eso tuve para moverme al otro día y ahí empezó todo. Ya no me importaba si la gente se daba cuenta de que yo me iba al prostíbulo. A mi mamá le llegaban rumores, pero nunca me reprochaba nada. Solo me decía: ‘Dejá de ser sin vergüenza; no vas por allá’. ‘Pero allá es que está la plata’, respondía”.

“Ella veía que yo llegaba tarde, pero con buena plata. Sin embargo, así como la cogía así mismo se me iba. Para aguantar el traspaso y el alcohol tenía que consumir drogas, de lo contrario el cuerpo no te resiste. Pero esto es un arma de doble filo. Nosotras veíamos por los huecos de las paredes y puertas cuando abusaban de compañeras que habían consumido tanta droga que se quedaban dormidas en las piezas con los clientes y ellos aprovechaban para hacer con ellas

lo que se les daba la gana. Cuando se estaban demorando mucho, íbamos y les tocábamos la puerta y no dejábamos de hacerlo hasta que abrieran. Una vez encontramos una compañera con un tubo desodorante en el recto. Un asqueroso había abusado de ella todo lo que más pudo y como la seguridad del bar está solo en la entrada, nos tocaba cuidarnos entre nosotras. Cuando hicimos salir a ese *pirobo* nos decía que nos iba a mandar a matar a todas... Y vea, aquí estoy”.

“Después de meterse en ese negocio el riesgo que se corre es alto, eso sin hablar de las enfermedades y demás consecuencias que implica el sexo. Luego de caer allí es duro salirse. Te acostumbras a la entrada de dinero fácil y el pago por robar se vuelve gratificante si se tienen en cuenta las cinco bocas que hay que alimentar en casa. Por esto, a veces siento ganas de volver; es algo que se revive al entrar en contacto con las deudas. Los gastos son muchos y el dinero limpio que ahora entra es poco”.

Catalina, inmersa en un mundo de drogas, sexo y alcohol, tuvo que aprender a moverse en la calle junto a Maribel, su prima, que la acompañó por largo tiempo. Andaba siempre armada y consumía droga para contrarrestar los efectos del licor. Aprendió a robar y a luchar contra sus propios demonios.

“En el barrio donde se encuentra el prostíbulo nos tienen como las peores, como las putas. Nos señalan mucho, pero hay mucha gente que sabe que yo ya no trabajo en eso. No falta el que señale, el que diga ‘esa fue...’. A mí me daba vergüenza ir a la casa de mi mamá y pasé muchos diciembres sola. Un 31 de diciembre me fui a tomar y se me fue la mano con la cocaína. Una amiga me ayudó, me llevó a su casa y me daba agua de azúcar y una cosa y la otra para que me mejorara. Yo estaba embarazada y al otro día cuando recobré el sentido me sentí mareada y me dolía mucho la cabeza. Pero estaba bien”.

“Pero eso no era todo. Las peleas en los bares eran pan de cada día”, cuenta Catalina con una euforia que va aumentando a medida que habla. “Un día estaba sentada con unos clientes y mi prima, cuando llegan al bar unas viejas a montárnosla porque yo dizque le estaba robando el cliente. Allí uno tiene que pararse firme porque si se la deja montar lo cogen de bobo. Una de las viejas sacó un cuchillo y como yo también cargaba lo mío nos encendimos. Afortunadamente ninguna salió herida porque nos separaron a tiempo. Esas peleas no son nada nuevo y ocurren con mucha frecuencia. Lo importante es no echarse para atrás”.

“Uno en la calle aprende a robar. Acompañábamos a los clientes al cajero, nos pillábamos la clave y volvíamos al bar a emborrachar al tipo y si le gustaban las

drogas iera mucho más fácil! Cuando lo teníamos embobado, le quitábamos las tarjetas, íbamos al cajero, las metíamos y hacíamos una transacción tras otra y ibotaba toda la plata! Después nos repartíamos el gane. Eso nunca lo hacía sola. Siempre había personas que se prestaban para eso: los taxistas, los de seguridad y hasta el mismo dueño del bar y uno quedaba reído. A los días llegaban al bar a buscarnos y mi prima era tan de malas que siempre la reconocían. Pero yo me mantenía cambiando el cabello, los peinados y el tinte y hasta me sentaba con ellos a tomar. ‘¿Vos sabes quién es la mona con la que andaba Maribel?’, —me preguntaban. Yo me hacía la loca y pensaba: ‘pues están con ella, maricas’”.

“También robamos a un *man* en pleno amanecederó. Yo tenía culo de chaqueta porque estaba en embarazo de Alison y el hombre se apareció en el bar con un revólver para matar a las que lo habían robado. No mató a Maribel por los guardias del bar. ‘Ella estaba con una mona’, decía y me miraba como pensando: ‘¿esta será? Pero, ¿y esa barriga?’. Yo le replicaba: ‘¿verdad? Y, ¿cuánto fue?’. La chaqueta ancha no me dejaba ver la barriga. El tipo ese me abrazó y todo y ni cuenta se dio. A mí nunca me vieron”.

“Allá se trabaja todas las noches, pero por las tardes hay amanecederos donde uno va a *embucharse* con esos *manes*. Un día me fui a tomar por allá con unos clientes y mi prima y antes de irnos me di cuenta de que la Costeña estaba ganado buena plata. ‘Vamos a robar a la Costeña’, le dije a mi prima. ‘En el otro negocio la robamos’, me contestó”.

“La Costeña se fue con nosotros para allá. Cuando ya estaba perdida de la borrachera le quitamos lo que se había ganado ese día. Después nos fuimos las tres para la casa, me acosté en la cama y de repente observé cómo una viga se tambaleaba. Me fui a investigar y lo que vi me heló la sangre. Era la Costeña que se había colgado. Me asomé a la ventana que daba a la calle y empecé a gritar: ‘¡Dani, Dani, suba!’ ‘¡Traiga un cuchillo!’ le grité, al tiempo que le tiraba las llaves. Salí corriendo para la pieza donde estaba ella y la cargué por los pies. ‘¡Soltame, dejame en paz!’ me suplicaba. ‘¡Soltala!’ gritó Dani mientras cortaba la sábana con un cuchillo. Yo me paralicé. No la pude soltar y ella me cayó encima. Me levanté toda embobada. ‘Dejame que yo me mato. Esa era la plata de mis hermanitos y me la dejé robar’, decía llorando la Costeña tirada en el piso”.

Para Catalina, ese fue uno de los sucesos que tuvo mayor trascendencia en su vida. También asegura que hubo otra razón para irse de Cali: en los alrededores del bar estaban matando a las prostitutas inyectándoles un veneno y estaban buscándola a ella y a su prima para cobrarles los robos cometidos.

“En un pueblo llamado Pradera también casi me matan. Un hombre puso el cañón de su arma en mi cabeza, porque supuestamente le había contagiado una enfermedad venérea. La dueña del negocio le gritaba que se calmara y él me gritaba: ‘iperra malparida!’ y decía que me iba a sacar de ahí y que al otro día iba a aparecer con gusanos. Yo, que en ese momento ya tenía mis tragos en la cabeza, le gritaba: ‘¿Vos me vas a sacar de aquí?’. ‘¡Catalina, callate!’, —gritaba la dueña del local”.

“Dos clientes me agarraron y me llevaron a la parte de atrás, mientras la dueña del lugar le mostraba al tipo mi carné de salud pública donde constaba que todos los exámenes habían salido bien. ‘¿Ella le puso condón?’, le preguntó la dueña. ‘Sí’, respondió. ‘Entonces el contagio no fue por culpa de ella y si la saca de aquí y ella aparece muerta usted tendrá problemas con la ley’, le increpó. El tipo se calmó y se fue”.

Catalina llegó a Tumaco un domingo. Allí no había ninguna clase de autoridad, estaba completamente olvidado por el Estado y los que mandaban eran los guerrilleros y paramilitares.

“Sin tener otra alternativa empecé a trabajar en el prostíbulo de ese lugar, pues en ese momento tenía cuatro niños en la casa de mi madre y, tan de malas, estaba embarazada por quinta vez y me habían echado del burdel donde trabajaba en Cali. Una de las muchachas del lugar, al ver mi angustia por ese nuevo embarazo me llevó donde una señora muy conocida en el pueblo, algo así como una yerbatera. Fui decidida a terminar con lo que para mí era un gran problema y no me importaban las consecuencias, pero al examinarme aquella señora me dijo que no podía hacer nada porque ya tenía cuatro meses de embarazo y el bebé estaba muy desarrollado”.

Regresaron al negocio a trabajar y ese día lo hicieron como nunca. Llegaron muchos paracos, los principales clientes del lugar. Días después, le dijeron que dejara al bebé en una casa donde reciben los niños abandonados. Estos niños eran, en muchas ocasiones, producto de violaciones de los hombres al margen de la ley, quienes luego, cuando ya estaban más crecidos los compraban para ser reclutados. Ella no podía ser tan inhumana. No podía dejar un bebé sin saber qué le iban a hacer. Ya había oído acerca de los niños que trabajaban para estos grupos y sabía que les tocaba hacer cosas muy duras.

Un día llegaron al burdel varios paracos y se llevaron algunas mujeres a un sitio en las afueras. Estando allí una de ellas escapó. Catalina estaba muy preocupada porque ellos iban armados.

“La preocupación me invadía, pues ese día estaba a cargo de las mujeres que se habían llevado y cuando quise preguntar qué les pasaría, el paraco a cargo me respondió: ‘Nada, amor. Tranquila’.

“Cuando habíamos entrado en confianza yo, por recocha, pensé de manera ingenua y le dije que estaba embarazada. ¡Vaya error! Allí fue donde empezó mi conciencia a actuar, pues ya había tenido la muerte frente a mí en otras oportunidades, pero ese día el hombre me hizo sentir el peor escalofrío de muerte que hubiese podido existir. Golpeó mi vientre de manera brutal y dijo: ‘Eso no es problema, aquí lo solucionamos’”.

“De repente sentí que me jalaban las entrañas y a medida que me golpeaba y oprimía mi vientre dejaba de escuchar lo que decía. Lo que sentí en esos instantes desgarradores no puedo explicarlo. Por primera vez, pensé en la vida del bebé y fue cuando la conciencia me hizo decirme: ‘puta, pero no asesina’. ‘¡No, no! En serio, no’, exclamaba el hombre. Cuando no podía más del dolor dejó de golpearme, pero yo demoré en recuperarme porque estaba en choque. En esos momentos solo pensaba: ‘tengo que salir de aquí porque me van a matar’. Al día siguiente el hombre regresó. Me dijo que lo que quería era que nos fuéramos para el monte y nos quedáramos allá, pero yo solo pensaba en cómo salir de ese infierno”.

“Al fin pude salir. Una amiga que viajó a Cali me envió la plata para devolverme. ¡Cómo no salir de ese pueblo y de esa vida donde por poco muero y pierdo a mi bebé! Claro está que mi decisión de salir de ese mundo no solo fue motivada por el terror que viví en Tumaco. Cuando nació mi quinta hija, Alison, yo ya estaba en Cali y me tocó trabajar enseguida. Durante el embarazo me fajaba para que este no se notara tanto, hasta que una compañera de trabajo le dijo a mi jefe que yo estaba encinta y él me echó porque no me podía tener en ese estado. Marta, la hermana de Andrés una expareja mía, se enteró de mi situación y me ofreció quedarme en su casa mientras que tenía a la niña. Cuando di a luz tuve un gran problema porque se enteraron de lo que hacía y me denunciaron ante Bienestar Familiar. Me iban a quitar mi hija y ese fue mi *tate quieto*. Me hicieron firmar un compromiso en el que decía que yo no podía volver a mi antigua vida. A los pocos días me fui para la casa de Marta y ella, al ver que yo no tenía trabajo, que la niña no tenía pañales ni leche y que yo no aportaba para los servicios, me dijo: ‘¿por qué no te vas a trabajar? Mirá, a vos nadie te está ayudando’ y me tocóirme. No tenía ni un mes de haber dado a luz y ya estaba de vuelta en el bar. Pero, qué más podía hacer si tenía que darles de comer a mis hijos”.

Laura, su amiga más cercana en el barrio y una de las pocas que sabe su historia, cuenta:

“Cuando yo la conocí era bien terca y desde que nació su hija Alison cambió un ciento por ciento. Ahora está llena de sueños y es sobreprotectora con sus hijos. Yo trato de no meterme en su vida, pero a mí no me gustaba ese trabajo que tenía antes. Catalina ha podido salir adelante y va cada día a su trabajo con la frente en alto”.

Catalina, con los ojos llorosos y la voz quebrada, manifiesta:

“Para mí fue muy duro el cambio al salirme de esa vida. Mi primer trabajo fue en el Banco de Alimentos y ahora estoy trabajando en un casino de comidas. Todo lo que tengo me lo he ganado. En mi antigua vida eso era un sacrificio muy grande, pero tenía para darles a mis hijas y nadie me humillaba. El primer mes en el trabajo me dio durísimo. Esperar quince días para recibir lo que antes recibía me en un fin de semana era horrible. Ahora estoy sola, pero vivo tranquila y estoy orgullosa de haber cambiado. Ya no me siento una puta fracasada, al fin de cuentas es duro diferenciar eso que llaman miseria, porque no sabés si es peor ser prostituta o jodidamente pobre”.

El sol de la ciudad no se refleja en la palidez de su piel. Su bronceado es tan escaso como las lágrimas que ruedan por sus mejillas al contar del pasado. Su contextura es gruesa, al igual que su alegría y lo extenso de su sonrisa parece no caber en su corta estatura.

Al hablar, su espontaneidad sale a flote. En ocasiones utiliza más sus brazos que sus delgados labios para comunicar y la expresión de sus ojos narra su pasado.

3

Cordones

Santiago Grisales Callejas



A sus veintidós años, Diego Armando Salgado es el más joven de la unidad mínima de intervención del escuadrón móvil antidisturbios, Esmad, de Cali. Le había costado mucho estar allí, pero gracias al apoyo de su amigo y mentor, un subintendente de treinta años, pudo aprobar los exámenes y pertenecer a este grupo de la Policía Nacional. Meses más tarde, lo que le sucedería a este hombre sería clave en sus decisiones y sin duda marcaría su vida y la de su esposa de forma radical.

Diego Armando, quien viene de un pequeño municipio del norte del Valle, vive desde hace algunos años con su mujer y su pequeño hijo cerca al lugar de su cuadrante, donde permanece patrullando. Dice que día a día lucha por intentar separar su trabajo de su vida familiar.

Su oficio lo ha llevado a ser alguien diferente; sin embargo, lo que él alguna vez fue, afirma estar enterrado en su pasado. “Soy el justiciero noble. Mi arma es la humildad”, dice, presumiendo entre varios de sus compañeros y acompaña su declaración de una sonrisa que disfraza en su rostro un gesto de amargura y tragedia y lo mantiene, según él, “a salvo”, durante su turno.

“Cuando yo era del Esmad, vestía un uniforme de color negro que cuesta alrededor de tres millones de pesos colombianos, unos mil quinientos dólares.

Los agentes nos vestíamos de pies a cabeza con la armadura negra, que pesa ocho kilos, lo que nos valió el apodo de Robocops, así como la película”, dice sonriendo, pero su sonrisa se apaga cuando recuerda el año 2012. Para Diego, ese año fue tan oscuro como el uniforme que vestía en aquel entonces. “En el Esmad se sufre mucho, sobre todo en los cursos de control de disturbios. Como es un grupo especial de la Disec (Dirección de Seguridad Ciudadana), a uno constantemente le exigen resultados, pero eso ya pasó para mí. Salí *pitado* de allá y aquí sigo a la defensiva”.

“Aquí es muy difícil ascender a un cargo más alto. Le toca a uno arriesgarse más de ocho años y aspirar a quedar entre los favorecidos para subintendente, que es el cargo que le sigue al de patrullero. Aquí arriesgo mucho por muy poco dinero, aunque ser solo un patrullero tiene muchas ventajas, como ser responsable de sus propios actos. En un cargo más alto, uno debe hacerse responsable por lo que hagan todos sus subalternos”.

Diego ha llevado su oficio mucho más allá al de ser un “simple patrullero”, como él dice, pues la calle y su malicia ante las cosas, han sido los maestros para su supervivencia. Ha trabajado en los sitios más críticos de la ciudad: Petecuy, Aguablanca, Manuela Beltrán. Su astucia lo ha llevado a resquebrajar un poco el estigma que tienen estos hombres uniformados de verde.

“La calle, las personas, el alcohol, las drogas, la pobreza, la basura, la noche... eso es jodido y cuando usted tiene todas esas cosas juntas, no le basta solo con ser policía y tener un arma. Entre la policía hay un dicho que dice: ‘No somos machos pero somos muchos’, pero yo no estoy muy de acuerdo con eso. Hasta en las situaciones más difíciles del trabajo uno debe ser todo, debe ser parte de todo, de las personas y de las cosas. Ya hoy día opté por hacerme el de la oreja mocha y los ojos ciegos en muchas ocasiones”.

Era un sábado en la madrugada. Había terminado un concierto de *reggaeton* en el estadio Pascual Guerrero a las dos de la mañana y la gente regresaba a sus casas. Gente ebria, parejas, grupos de chicas y chicos iban y venían. A lo lejos, en el Parque Panamericano, se divisaba un hombre corpulento que pateaba algo que parecía ser unas cajas de cartón y unas bolsas. Diego decidió acercarse para investigar y lo que parecía ser basura era una mujer de unos veinte años. Rápidamente, Salgado y Torres (su compañero) se pusieron detrás del agresor y lo derribaron con un golpe de *tonfa* (bolillo) en la espalda. Los dos patrulleros intentaban controlarlo cuando de repente Diego fue atacado a golpes e insultos que venían de la mujer, quien a pesar de estar lastimada por la golpiza gritaba:

“¡No lo golpeen a él, es mi novio! ¡No se metan, déjenlo que me golpee, él es mi novio!”.

Diego y su mujer viven en un pequeño apartamento al nororiente de la ciudad. La decisión de vivir juntos en aquella oscura y estrecha vivienda era muy reciente y no eran extrañas las voces de protesta debido a la carencia de enseres, pues en la única habitación solo había unos cuantos elementos básicos: una cama grande, un armario, un tocador y una pintoresca cuna de bebé. En este espacio gris, el balbuceo y las risas de su hijo de nueve meses pintan los calurosos y solitarios días de Johanna, la compañera de Diego y un año mayor que él.

Esta esbelta joven de negra y larga cabellera, tez blanca y mejillas sonrosadas, sobrelleva a diario los avatares emocionales de su esposo. “Él es un hombre tranquilo y muy sensible, tanto que no está hecho para ver y vivir lo que le toca a diario. Eso le afecta mucho y más aún cuando recuerda a su amigo todos los días”.

Cada mañana, cuando amarra los cordones de sus botas, Diego recuerda a quien fue su amigo y maestro por tanto tiempo. Había perdido la vida años atrás en un disturbio a las afueras de una universidad de Cali, cuando una bala de origen desconocido terminó con sus treinta años de vida y de enseñanzas. “Todavía esos veinte millones de recompensa no se han cobrado”, exclama la mujer con resignación.

Adormece a su hijo en la cuna mientras murmura: “Es idéntico al papá, pero mi niño sí va a ser muy diferente”. Johanna vive una constante preocupación por su esposo, quien alberga en su interior una permanente angustia por su trabajo y una turbulenta relación consigo mismo. Tan turbulenta como la primera y única vez que viajó en avión a hacerse los exámenes psicológicos en el Hospital Central de Bogotá, que atiende a los miembros de la Policía Nacional.

La mayor parte de su tiempo permanece vestido con un uniforme de lona verde, botas negras y un cinturón que, según él, solo le sirve para que no se le caigan los pantalones del miedo. Solo se despoja de sus ásperas ropas en los ratos cuando el sol brilla sobre las calles de la ciudad, pues al caer la noche sale de su hogar temeroso y angustiado, sentimientos que sabe disimular muy bien, a enfrentarse a lo que se presente.

“Era el último día de agosto, un viernes, recuerdo. Estábamos ansiosos porque al terminar servicio recogeríamos la mensualidad y nos iríamos de asado después de estar un mes encuartelados y la ciudad vuelta nada”.

Una mañana serena y fría se les avisó que poco después del mediodía se presentaría la situación. El motor diesel del camión rugía, el ronco sonido de las radios desesperaba y todavía faltaba la mitad del uniforme: pecheras, hombreras y canilleras... Y listos, a la espera del estímulo y la orden. En últimas, algo no muy diferente a lo de siempre.

“Quién iba a pensarlo, si bajo kilos de armadura aún seguía siendo un fuerte hombre de acero, como siempre nos han hecho creer”. Los doce, como si se tratase de una coreografía, besaban casi al unísono el crucifijo colgado de sus cuellos, que luego desaparecía bajo sus camisetas negras apenas visibles. El aire llevaba y traía vapores de gasolina y bromuro de bencilo, compuestos del gas lacrimógeno. Los doce se acercaban, al tiempo que las aturdidoras granadas resonaban de tanto en tanto. Era el momento de disolver el motín.

Dos horas de pie, unos cuantos trotes y el fuerte sol de las tres de la tarde, quizá hicieron que el cordón de su bota se zafase. Sus manos, ambas ocupadas, en la izquierda el escudo y en la derecha su *tonfa*. Él estaba a su lado y tras un ligero movimiento de su pie derecho pidió su último favor.

Media docena de efectivos se acercaron a lo que quedaba de la retorcida reja gris destrozada por la tanqueta. Se arrimaban con sigilo y envueltos por una espesa cortina de humo lograron ganar algunos metros. De repente, entre los estallidos estrepitosos se camuflaron aquellos particulares sonidos secos producidos por la explosión de cartuchos de tambor que advertían la presencia de proyectiles que viajaban hacia ellos. Segundos después un hombre cae al suelo: es el subintendente Martínez. Con desespero y no sin torpeza, varios de sus hombres lo arrastran fuera del lugar. Una camioneta de la policía frena abruptamente cerca de los sujetos que gritan pidiendo apoyo.

Diego se hallaba confundido en un caos de armaduras negras. Sin embargo, entre tantos hombres que levantaban el cuerpo del oficial para subirlo a la cajuela del vehículo, encontró un lugar al sujetar la bota desamarrada de su amigo. Y así, con firmeza, fueron entrelazados por última vez aquellos cordones.

Este joven hombre de oscuros ojos grandes, cejas pobladas y mirada perturbada, con su peculiar fisionomía que hace reír a sus compañeros, pues muestra una inusual combinación entre su metro ochenta de estatura y la delgadez de su cuerpo al que se une una voz aflautada, luce extraño y a la vez grácil ante los ojos de su comandante, quien afirma tenerle un gran respeto y aprecio no tanto por sus hazañas en el Esmad, sino por su resiliencia ante la pérdida de su amigo.

Pero lo que no saben el comandante y sus compañeros, es el secreto y a la vez extraño ritual que lleva a cabo Diego cada mañana desde que murió su amigo. En cada turno matinal de patrullaje y con la estrecha complicidad de su compañero Torres, dirige con prisa su motocicleta hacia una esquina del centro de la ciudad. Al llegar, se baja de la moto y saluda a siete vendedores estrechando sus manos y haciendo chistes. Ellos, a su vez, le devuelven el saludo con gran admiración y efusivas risas, como si hubiese llegado el gran político. Los comerciantes bajo sus coloridos parasoles y repartidos a lo largo de la acera, venden cordones para zapatos. Diego es consciente del desespero y nerviosismo de su compañero, quien a sabiendas de la ilegalidad del escape fuera de su cuadrante, espera con ansias en la motocicleta. Sin embargo no se amilana y al tiempo que recorre los puestos de los vendedores, va diciendo: “Dame de estos; quiero de aquellos; estos cuánto valen...”.

Cada turno de mañana, tres veces por semana, cumple su ritual. Según dice, tiene más de mil pares de cordones de todos los colores y grosores, largos, cortos, medios... No todos los ha usado; solo se limita a hablar de su insólita colección. Todos los días, sentado en su cama y después de vestirse, ata con fuerza los cordones de sus botas, pues asegura que unos cordones amarrados con firmeza no te dejarán morir.

4

¿La cura será el amor?

Stephanía Hernández Peña



“Nada fue normal desde ese entonces. ¿Por qué me pasa esto a mí? ¿Qué voy a hacer?, me preguntaba constantemente”. Una gran prueba de fe para Ximena se había encarnado en su hija menor.

El sol brillaba poco aquella tarde. Ximena se encontraba en Estados Unidos junto con su esposo, Alexandro Niño, cuando les dieron el diagnóstico: su hija Sarah era autista. Ambos sabían que todo cambiaría a partir de ese instante.

Sarah Elizabeth tenía un año de edad cuando comenzó a presentar trastornos en el habla y en su motricidad; sin embargo, sus padres notaron anomalías en su conducta desde los ocho meses; la situación se tornó evidente cuando Sarah cumplió los catorce y la familia ya residía en Cali.

“Una noche, Ximena y yo nos disponíamos a dormir cuando de repente nos miramos fijamente y uno de los dos murmuró: —nuestra hija tiene algo—. Fue en ese momento cuando decidimos actuar, aunque la situación no me convencía del todo. Traté de convencerme de que todo estaba bien; que solo estábamos exagerando. Mis suegros nos llevaban constantemente artículos sobre el autismo y eso me molestaba profundamente; me seguía negando a creer lo que ocurría. Cuando Sarah cumplió dos años, admití que debía actuar y que no dejaría al

amor de mi vida sola con esto. Yo lucho junto a ella, pues es la mujer que amo y con la que me casé”, relata Alexandro.

En febrero, un par de meses después del cumpleaños de Sarah, decidieron viajar a Estados Unidos en busca de respuestas que aclararan definitivamente sus dudas, viaje que se llevó a cabo agosto una vez finalizados los trámites de rigor. Fue en Virginia donde sus sospechas se tornaron realidad cuando un neurólogo dio el diagnóstico definitivo; para ese entonces, la pequeña tenía tres años.

Aunque la familia y los conocidos más estimados ofrecieron su apoyo desde el comienzo, Ximena se sentía en medio de la arena movediza más fluida y profunda. “¿Podrá ser esto un castigo de Dios? ¿Qué he hecho mal?”, se preguntaba angustiada y en esta incertidumbre pasaba los días.

“Un día no aguanté más y desesperada me tiré al piso a llorar inconsolablemente. Sarah me vio; fue inevitable. Ella bajó al primer piso donde yo me encontraba y me trajo un vaso de agua. —Mami, todo estará bien—, me dijo; solo tenía cuatro años. Desde ese momento, cuando me siento mal pienso en Sarita, pido fuerzas a Dios y me levanto”, comenta mientras llora.

Ximena buscaba días enteros información acerca del autismo. Consultó diversas páginas web acerca de los cuidados que debía proporcionarle a su hija y se inscribió en múltiples foros interactivos a través de los cuales se mantuvo informada durante dos años. Alexandro hacía lo mismo en el poco tiempo que le quedaba al llegar del trabajo. “Hubo días en que nos quedábamos hasta las cuatro de la madrugada leyendo e informándonos bien, en especial Ximena. Las investigaciones nos llevaron al punto de tener tanta información que no sabíamos qué hacer con ella y fue cuando decidimos optar por un camino”, explica Alexandro.

Con la información necesaria, Ximena y Alexandro buscaron las opciones más acordes con sus métodos de crianza. Desecharon las alternativas conductistas y se apoyaron en el método Son-Rise, creado en 1974 por la familia Kaufman en Massachusetts, Estados Unidos. Este método que tiene como fundamento el amor y el respeto, consiste en adoptar determinados comportamientos del niño autista, uniéndose a las actividades del pequeño para que este les permita entrar en “su mundo” en lugar de obligarlo a salir de él. Con ello se logra que poco a poco el infante se conecte con su entorno y pueda salir de la condición en la que se encuentra. Este tratamiento requiere un espacio adecuado, con pocas distracciones para garantizar la libre interacción y el aprendizaje. Generalmente, se opta por un cuarto del hogar.

Además del método Son-Rise, los padres de Sarah le proporcionaron una nutrición balanceada basada en la dieta SCD (*Specific Carbohydrate Diet*) que consiste en desechar todo carbohidrato disacárido y polisacárido (carbohidratos con dos o más moléculas de azúcar) y consumir solo los monosacáridos en medidas moderadas. De esta forma, la digestión se regula y el sistema gastrointestinal mejora, desapareciendo así varios de los síntomas del autismo. “Sarah suele comer frutas durante todo el día. Jamás se cansa de comer. Afortunadamente, todos somos conscientes de su alimentación y tenemos cuidado de darle lo que necesita”, dice Ximena.

La hermana de Sarah, Ana María, no se quedó atrás. Es año y medio mayor que la pequeña y entendió perfectamente la situación por la que atravesaba. Cuando Sarah parecía “desconectada de la realidad”, encontraba la forma de interactuar con ella y jugaban a tocar el piano. “Al principio creí que la actitud de Sarita era algo normal; que esa era su personalidad. Con el tiempo, me di cuenta de lo que tenía y comencé a interactuar más con ella. Cuando me miró a los ojos por primera vez, sentí que se había conectado verdaderamente conmigo; ese momento me marcó profundamente. Yo quiero a mi hermana tal y como es”.

Gloria, la madre de Ximena, también estuvo al tanto de la situación. Solía llamar a casa preguntando por Sara y por su hija. “Al principio, la relación con mi madre no fue fácil. Yo tenía solo tres años cuando ella se fue y nos dejó, a mí y a mi hermano, al cuidado de mi abuela. Tuve que sanar muchos rencores y dolores para poderla volver a ver, lo que ocurrió a mis catorce años. Para ese entonces, yo vivía con mi papá y con la que hoy en día considero como mi madre verdadera. A pesar de todo lo que pudo haber pasado, Gloria ha estado muy pendiente de Sarita y eso vale mucho para mí y aunque eso no borre lo ocurrido, la relación con ella ha mejorado con los años. Ahora puedo decir que es una persona muy importante en mi vida y en la vida de mis hijas”.

Tres años después del diagnóstico, ocurrió la crisis económica estadounidense. Ximena, junto a Alexandro y sus dos hijas, regresaron a Cali y se radicaron en San Joaquín. Las viviendas del barrio poseen la misma estructura física en común: dos pisos cada una, color café con negro y sus antejardines son de dimensiones similares. Lo único que rompe con aquella monotonía son los parques infantiles que se encuentran en la zona. Sarah suele visitarlos junto a su madre o sus abuelos maternos por lo menos una vez al día.

“Me encuentro haciendo las labores del hogar y cuando menos pienso Sarita me coge la mano y me lleva hasta la entrada. Me señala la calle y yo ya sé que desea

ir a jugar un rato a alguno de los parques. Yo suspendo lo que estoy haciendo y salgo con ella a distraernos y al cabo de un rato regresamos a la casa”, dice Ximena con una sonrisa.

De vuelta en su país de origen, Ximena comienza a buscar terapeutas para su hija que aplicaran el método Son-Rise. Para su sorpresa, el programa aún no había llegado a la ciudad y en lugar de este se utilizaba la terapia ABA (*Applied Behavior Analysis*), basada en las teorías conductistas del psicólogo estadounidense B.F. Skinner, las cuales hablan de condicionar a la persona a través de un estímulo programado que la llevaría al comportamiento predeterminado. A la madre de Sarah no le pareció correcto el método, así que decidió hablar con una asociación de Cali que reúne padres de niños especiales para proponer el programa Son-Rise como un método más adecuado de terapia para niños autistas. La asociación escuchó su propuesta y la apoyó.

Una vez aprobada la terapia, se requerían terapeutas que estuviesen dispuestos a practicarla con sus pacientes. Por fortuna, Paola Ordóñez, de veinticinco años y recién graduada de fisioterapia de la Escuela Nacional del Deporte, estuvo más que dispuesta a intentarlo. “Siempre me interesó el problema del autismo. Gracias a ello pensaba estudiar psicología, pero me di cuenta de que lo que yo buscaba lo abarcaba más la fisioterapia. En cuanto me gradué y conseguí mi primer empleo, me hablaron de Son-Rise. Cuando me asignaron a Sarah mi alegría fue inmensa al ver lo hermosa que era. Hoy, después de dos años de terapia con ella y otros niños, puedo decir que ha sido la paciente con la que más me he encariñado”.

Una mañana llamaron a la puerta. Ximena estaba preparando el almuerzo mientras Sarah corría en el patio y driblaba uno de sus balones. Al escuchar el timbre, la madre de Sarah fue a la entrada y abrió. Era Paola.

—Sarita, ha llegado Paola —le avisó Ximena a su hija desde la puerta. Fue solo cuestión de unos segundos para que Sarah llegara saltando y cantando para abrazar a Paola. Esta le siguió el gesto abrazándola y llenándola de besos.

—Hola, Paola —saludó la pequeña en medio del gesto de cariño.

—Hola, Sarita. Vamos a jugar.

Luego salieron corriendo al patio a jugar con la pelota morada grande de Sarah. Por lo general, así transcurren sus días. Juegan, leen libros en la hamaca y dibujan, actitudes que resultan ser contrarias a las que suele tener la niña con

Alexandro. “Sarita ama a su padre, quizá lo ama más que a cualquier persona en esta casa. Sin embargo, cada vez que él llega ella parece ignorarlo por completo”, comenta su madre. Una tarde, él la saludó con euforia, ella le respondió con un beso en la mejilla y salió corriendo. “La primera vez que ocurrió eso, mi esposo se sintió mal, pero ahora comprende que esa reacción es parte de sus muestras de afecto y respeto hacia él”.

“Un día, estando en Texas, Sarita se mecía en un columpio y de un momento a otro se detuvo porque quería que la empujaran y gritó: —¡Mami!—. Ese día pronunció su primera palabra. Fue un momento muy emotivo y lindo para nosotros. Fue algo que nos marcó”, recuerda Alexandro.

La familia Niño ha vivido muchas experiencias a raíz de la condición de Sarah. Cuando la pequeña cumplió seis años, se presentó una situación preocupante para Ximena y Alexandro.

“¡Sarita tenía seis años y no había dejado el pañal aún! Esto casi nos mata de la angustia, pues cierta vez escuché que si no se hacía nada al respecto, un niño con autismo podría llegar a sus quince o veinte años sin haberlo dejado. En cuanto le comenté a mi esposo, decidimos hacer algo”. Ximena incentivaba de diversas formas a Sarah para que fuese al baño y al final la pequeña se quitaba el pañal pero se rehusaba a ir. Esto los inquietó aún más, pues dedujeron que no podrían salir con la niña tranquilamente si las cosas continuaban por ese camino.

Tras una semana de desaliento Ximena acudió a su hermano para que la aconsejara.

—Hermano, ¿qué hago? Estoy desesperada. Lo he intentado de todas las formas posibles y ella muestra resistencia.

—No la presiones, ella cederá cuando se sienta preparada. Solo deja tu ansiedad a un lado —le contestó, divertido por el asunto.

Ximena procuró apoyarse en lo aconsejado y le encomendó la situación a Dios. Al cabo de una semana logró calmarse y asombrosamente, Sarah comenzó a avisar cuando tenía ganas de ir al baño. Hoy en día, controla su organismo y va por sí misma cuando siente la necesidad de hacerlo. Al finalizar, suele llamar a la terapeuta para que la asee.

“Estábamos muy azarados por el problema. Creíamos que Sarita no dejaría el pañal en muchos años y eso nos preocupaba. No sabíamos el porqué de ello, simplemente nos desesperaba. Ahora sentimos una inmensa felicidad cuando

sabemos que puede hacerlo por sí misma; es como un símbolo de que tanto ella como nosotros, nos quitamos una carga de encima”.

A comienzos del 2014, Ximena junto con nueve personas creó una fundación a la que denominó Fundación de Autismo en Colombia. De esta forma, estableció un espacio para que la pequeña pudiera interactuar con personas que estuviesen en su misma situación, con la compañía de terapeutas profesionales y el cuidado que pudiera brindarle ella misma. Apenas empezaban y la publicidad era algo clave para la concienciación de muchos padres de familia y demás personas que requerían de su ayuda. Los inicios de la fundación coincidieron con el 2 de abril, día Internacional del Autismo.

Ese día, los socios de la fundación, los terapeutas de Sarah y conocidos de la familia, salieron a la calle vestidos de azul con velas encendidas y volantes para difundir la información entre los que pasaran cerca. Se situaron en la Iglesia La Ermita y en una de las entradas del centro comercial Unicentro y durante todo el día se escuchaba: “Buenas tardes, ¿sabía usted que hoy es el Día Internacional del Autismo?”. Había quienes se detenían a recibir la información y se interesaban por el tema y quienes seguían su camino sin voltear a mirar.

El día transcurrió rápido y Sarah Elizabeth permaneció sonriente. Llevaba puesta una nariz roja de payaso y unos audífonos blancos que le permitían escuchar su música preferida. Estuvo al lado de su madre la mayor parte del tiempo y cuando se apartaba de ella interactuaba con su hermana Ana, quien también contribuyó a difundir la información.

La fundación prospera con el paso del tiempo. El 5 de abril se organizó una “chocolatada” para recaudar fondos. Hubo juegos, rifas, bailes, cantos, mucho chocolate caliente y pan. Sarah andaba de un lado para otro cual colibrí y Ximena sonreía al ver a su hija tan contenta. Cada mesa tenía, además de la comida, flores, velas decorativas y folletos que con información acerca del propósito del evento y de la fundación misma. Cuando el evento terminó, algunas personas se inscribieron para apadrinar a los niños mediante una donación mensual que ayudaría con los gastos requeridos para el cuidado y la buena alimentación de sus ahijados.

La familia Niño difiere de las demás familias por su forma de compartir. “Cada familia tiene su propio ritmo de vida y sus costumbres particulares. Por ejemplo, muchas tienden a ver el comedor como un espacio para compartir, pero nosotros no. Por lo general no almorzamos juntos, pues yo tengo dos trabajos y Ximena estudia durante el día además de cuidar de Sarita así que no nos queda tiempo,

pero no le damos tanta importancia a eso. Sin embargo, tenemos un lugar particular de armonía y conexión familiar: nuestro carro. Dentro de él, podemos escuchar la música de las niñas, cantar con alegría y sentir que estamos solo los cuatro. Es un momento muy de nosotros”, expresa Alexandro. Cada vez que viajan, procuran hacerlo en el carro para conservar ese espacio.

A Sarah Elizabeth le divierte compartir con sus padres y su hermana. Ríe, canta y demuestra su euforia de distintas formas. Recientemente, la familia hizo un viaje a San Andrés y en la playa las niñas corrían y jugaban con la arena. “Sarah revoloteaba alegre de un lado a otro”, comenta Ximena con alegría. Sin embargo, incluso en esos momentos Ximena y Alexandro no dejaban de buscar información en cuanto se presentaba la oportunidad.

Ahora la arena movediza se ha ido y Sarah ya tiene diez años. Sus padres tienen mucho más conocimiento acerca de la condición de su hija y la someten a terapias constantes que tendrán siempre como su principal fundamento el amor.

Una vez, alguien le preguntó a Ximena: “¿Se arrepiente usted de algo?” Ella sonrió, dejó caer un par de lágrimas y respondió:

—¡Jamás!”

5

¿Alguna vez fueron útiles?

Laura Cuadros



Llegar al Divino Niño, un albergue para adultos mayores, es encontrarse con treinta rostros esperanzados de que su familia algún día cruce la puerta y por cosas del destino, la suerte, la vida o como se quiera llamar, se acuerden de que alguna vez, cuando tenían toda su vitalidad y eran útiles, existió un ser querido para ellos.

En la sala hay varios asientos de estilos y colores diferentes. Las paredes tienen algo que exhibir: un mural bastante colorido abarca por completo una de ellas; otra ostenta un *collage* de todas las actividades realizadas por los “abuelitos” y en la del fondo y al lado de una imagen del Sagrado Corazón de Jesús, cuelga un gran cuadro del Divino Niño al que veneran con devoción, ya que les representa la esperanza de que todo va a estar bien.

Al entrar en esta casa de grandes columnas, se observa un piso cuyas baldosas denotan el tránsito por ellas a lo largo de los años y las puertas en mal estado dan idea del tiempo en que fue construida. Se perciben dos clases olores: uno se desprende de los colchones sobre los que descansan cuerpos afectados por la incontinencia y el otro de la humedad reinante en el lugar.

En la sala estaba Samuel, sentado en una de las sillas, cabeza gacha y mirada pensativa fija en el suelo.

—¿Cómo está? —le preguntó.

—Aburrido.

—¿Por qué?

—Porque estoy solo en la vida. Murieron mi papá, mi mamá, el hermano que yo apreciaba, mi esposa y no tengo hijos. Estoy solo y enfermo y me duelen las rodillas. Pero, ¿sabe qué es lo que más me duele? El alma. Me duele el alma de saber que me tengo que morir, pero quiera Dios que mañana fuera el día. No tener plata ni posesiones y vivir de la caridad de los demás no es vida. Ser pobre es muy difícil. ¡Ay, bendito sea mi Dios! ¿Para qué seguir viviendo así? Yo ya viví lo que tenía que vivir, ¿para qué anhelo vivir más? No le tengo miedo a la muerte. Ojalá Dios se acordara de mi. ¡El muerto no sufre! Y listo, se acabó la joda.

Se queda en silencio un momento. Sus pensamientos distraídos en el ayer recuerdan que tenía una casa donde vivía con su esposa, pero la muerte tocó a su puerta y a causa de una diabetes ella murió. La casa se volvió muy grande para una persona, así que la mejor solución consistió en vender esas paredes que le recordaban amargamente su imagen y el producido lo repartió entre dos hermanos: ochocientos mil pesos para cada uno. La satisfacción de haber ayudado a su familia se asoma en su mirada al relatar la historia, aunque ellos, tal vez por los catorce años transcurridos se olvidaron de ese acto.

A sus setenta y cinco años, Samuel vive con la esperanza que la mujer de uno de ellos, “una costeña repelente y atravesada”, según la describe, cambiará de opinión y lo dejará vivir con ellos; o de que su otro hermano, que no tiene esposa, algún día se acuerde menos de los cuatrocientos mil pesos mensuales que le gira y lo vaya a visitar para poder expresarle su inconformidad con ese lugar y con sus dos compañeros de cuarto y lo lleve a vivir con él o le pague una pieza donde se pueda sentir mejor.

“Estoy esperando que venga, aunque en los cinco meses que llevo aquí solo ha venido dos veces. ¡Ojalá en estos días se acuerde!”, exclama don Samuel, ilusionado con una solución pronta.

“Viviría mejor si él me pagara alguna piecita. Yo no soy bravo ni repelente y respeto a los demás para que también me respeten, sería mejor que estar aquí. Cuatrocientos mil pesos son mucho para esto. Antes vivía solo en una pieza y vivía bien, pero aquí estoy amargado. Incluso he tenido malos pensamientos, porque eso de matarse es malo y no se debe hacer. ¿Sabe cuál es el problema?,

que uno cuando está joven es muy pendejo, hablándolo así, y como mantenía platica en los bolsillos me la bebía toda. Fumaba y tomaba mucho, pero uno no ve las consecuencias ¡Bendito sea el Señor!”.

En la sala también permanece una mujer que porta un sombrero de pescador. Ella es especial y se llama Deyanira. No dice palabra alguna; solo se ríe con los muñecos y peluches que siempre la acompañan en su silla de ruedas, aunque ocasionalmente, cuando Gabriel sale a hacer alguna vuelta, llora desconsoladamente y solo recibe comida de ciertas personas.

Al internarse más en esta “casa de locos” —como la llama el hermano Gabriel, su director y fundador, un hombre de setenta y dos años, cabello canoso y rostro lleno de arrugas—, se observan los cuartos. Uno en particular llama la atención porque en él no duerme nadie, pero sin lugar a dudas es el más importante. Está lleno de estatuas de santos y vírgenes y hace las veces de pequeña capilla, pues la grande está en remodelación. En ella se reúnen a clamar por una solución a sus dolencias y buscan el consuelo en un ser supremo por medio de la oración “el arma más poderosa del cristiano y la mejor medicina”, según ellos.

Hay un cuarto donde nadie puede entrar. En él habita un anciano que nunca sale; solo lo hace a la hora del desayuno, el almuerzo y la comida y no se deja ver el rostro. “Relacionarse con los demás no es de su interés”, presume el hermano Gabriel. “Permanece aislado del resto, porque siempre lo han dejado solo. Vivió en un ranchito de lata por varios años. Sufría mucho durante las lluvias y nos dio pesar; era inhumano dejarlo ahí. Decidimos que era mejor darle una piecita y le asignamos esa, que antes era la cocina y ahora vive más o menos. La cuestión es que él no deja entrar a nadie porque dice tener sus centavitos y teme que se los roben. ¡Desconfía hasta de la mamacita!”.

María Nina está allí desde que su esposo se dio cuenta de que ya no era capaz de valerse por sí misma y decidió que lo mejor era albergarla en el asilo donde vive hace nueve años. A veces viaja desde la vereda donde vive, hasta el asilo para visitarla. “Es su adoración”, comenta el hermano.

La rutina para María Nina es la misma todos los días: se levanta a las seis de la mañana, se toma un tinto o una aguapanela, se baña (todo con ayuda de las enfermeras), desayuna a las nueve o diez y aún con un pedazo de pan en la boca pregunta si ya está el almuerzo, almuerza a la una, come a las cinco y se acuesta a las seis de la tarde. Se le cambia el pañal dos veces al día, algo que para ella no es del todo claro.

Edgar Quirón lleva solo dos meses en el asilo. Va de un lugar a otro del comedor y se sienta en cada silla, de la que sobresale su prominente estatura. “Se le corre el *chirume* en cualquier momento. Al principio no lo queríamos recibir porque cuidar locos no es lo nuestro, pero dada la insistencia de mi compañera tocó. Lo bueno es que él no es peligroso ni violento, lo único que hace es que se levanta en las noches, azota las puertas, desacomoda las alfombras y corre las sillas. ¡Y ni para qué hablar de cómo se pone en las noches de luna llena!”, explica el fundador. Él, en medio de su locura, relata que tuvo una esposa, que sus hijos lo adoran y hace alarde de lo bien vestido que vive gracias a ellos.

Iván González vivía con su esposa en Medellín y nunca tuvo hijos. Tenía doce hermanos de los que solo quedan nueve y luego de que su esposa murió, se fue a vivir con Rosa, su hermana más querida. Pero al fallecer esta su cuñado lo sacó de la casa y ahora vive en el asilo desde hace dos años. Sus sobrinos le consignan la plata de la mensualidad y se encargan a distancia de ese tío que no tiene quién más responda por él. Iván va a misa todos los domingos y sale todos los días en su bicicleta. Tiene ochenta y un años, pero su cuerpo y su mente se sienten mucho más jóvenes e incluso intenta seducir a las visitantes ocasionales.

En sus comienzos hace veinte años, la fundación albergaba tres ancianos y pagaba un arriendo de \$3.500 mensuales. Para ello, el hermano Gabriel y su colaboradora más antigua, Herminda Charria, salían a pedir dinero y también comida. Muchos se negaban pensando que la plata era para ellos y la comida para venderla. Unas personas que vivían en Estados Unidos se enteraron de la situación y organizaron una venta de platos típicos colombianos para juntar el dinero y comprar la casa donde funcionaba el ancianato; de eso hace cinco años. Hoy en día, la galería de Jamundí les manda por la mañana y por la tarde un bulto con frutas y verduras que no han sido vendidas.

En el albergue hay varias personas que colaboran con los cuidados para los ancianos, como enfermeros, aseadoras, cocineras y voluntarios en general. Uno de ellos es John David, estudiante de enfermería que hace sus prácticas allí. Sus labores son mover a los abuelitos, darles medicamentos, cambiarlos, ayudarlos a bañarse y darles la comida. “Este trabajo es agotador, sobre todo cuando hay que bañarlos porque se debe hacer mucha fuerza con ellos. Pero es *bacano*; uno los ayuda y además aprende a conocer a las personas”. Otro es Mario, un voluntario que va todos los días después de la misa de la mañana. “Nuestro señor Jesucristo pasó su vida ayudando a las personas y esas son las enseñanzas que nosotros debemos seguir”.

Uno de los más necesitados es un hombre de estatura prominente que no cabe en la silla de ruedas. Es incapaz de moverse por sí mismo y ni siquiera puede mantenerse erguido en la silla. A los que están en esa condición deben asegurarlos a la silla con una sábana para que no se vaya hacia adelante y se caigan. Así es en este hogar.

A veces no se cuenta con los recursos suficientes debido también a la negligencia y olvido de parte de la alcaldía municipal. Según manifiesta el hermano Gabriel, esta no destina un solo centavo para la fundación “Cuando no tenemos, nos la inventamos”, añade una voluntaria a quienes llaman la Mona. Así, una sábana puede servir para algo más que para acostarse en ella y una media puede convertirse en una moña para las ancianitas.

Otros viejitos no pronuncian palabra alguna, ni entienden cuando se les habla. Pasan sus días sentados en silencio, como sucede con una anciana de piel morena y cabello canoso de la que nadie sabe su nombre. Una mujer que conocía al hermano Gabriel le comentó que había visto una señora que vivía en la calle y se alimentaba de las frutas podridas que la gente tiraba al piso en la galería Santa Elena. Es entonces cuando el hermano decide albergarla y así fue como llegó a este lugar hace diez años. “La primera noche casi no la hacemos dormir porque lo único que hacía era preguntar por el marido. Yo le dije que ya venía y ella, preocupada, me preguntaba dónde lo íbamos a acostar y le respondí que ahí, al lado de ella, y después me dijo: ‘¿y mis hijos? Porque es que yo tengo siete hijos’. Yo lo que le dije fue que estuviera tranquila que cuando llegaran les abríamos campito”.

Hay quienes se resisten a entender la vejez y la asumen como un estorbo para los demás y que ellos sobran. Es el caso de Abelardo Salas, que parece más un voluntario que un residente. Le colabora al hermano con las llaves y a supervisar a sus compañeros. Salas es todo un personaje en el asilo. Sale y entra cuando quiere, va a misa todas las mañanas sin falta y por las tardes se escapa a darse sus paseos. Los administradores no le ven problema, pues se conoce todo el pueblo al igual que Ernesto, un manizalita de sombrero *vueltaio* y acento paisa muy marcado, que también sale cuando quiere, especialmente todos los sábados. “A mí me gusta mucho la *cochita* y como mi familia me manda platica, cada ocho días salgo a tomarme mi roncito”. Un obrero que trabaja en la remodelación de la ya gastada estructura, dice: “este si no le duele”, refiriéndose al brazo que usa para levantar las copas llenas de ron, el único licor que le gusta y por el que se trasnocha.

Todos los días hay algo que hacer, aunque siempre se haga lo mismo. “Ahí vamos con sus más y sus menos, pero ahí vamos”, dice Gabriel mientras echa seguro a la puerta y despide a los pocos visitantes.

6

*Vengo por mi hija
y me la voy a llevar*

Isabella Sandoval Paz



“Yo me ponía helada cuando el comandante interrogaba a mi hija y ella respondía con un contundente *no*. Él me aseveraba ‘inos engañaste!’, pero aun con miedo yo le respondía mal”. Tulia vive en el barrio Meléndez con dos de sus hijas y sus tres nietos.

“Mi mamá se dedicaba a la agricultura y cuando tenía doce años vivíamos en un ranchito de bareque. Un día, mi mamá acomodó la ropa, se llevó a mi hermana mayor y a los otros hijos y me dejó botada; solita, sobreviví tres noches. Me dejó unos costales de papa y una colcha de remiendos de todos los colores y yo, como podía, me arropaba con la colchita. De noche dormía sola y las tardes las pasaba con mi abuela y mi tía y ellas trataban de convencerme para que me fuera a vivir con ellas, pero a mí no me parecía y me fui a matricular a la escuela”.

Durante dos años, Tulia estuvo viviendo en la escuela del pueblo donde cursaba su último año de primaria con ayuda de una profesora. Finalmente, decide irse al Cauca y allí conoce al padre de su primera hija, Daysi. Pasados dos años se separan.

“En uno de los viajes al Cauca conocí a José Caracas, quien trabajaba en agricultura. Nuevamente me enamoré y me fui a vivir con él durante nueve años durante los cuales nacieron nuestras dos hijas, Belli y Yarleidy. Trabajábamos

juntos en la agricultura. A mí no me gustaba dejar a mis hijas con nadie y a la mayorcita la ponía sobre el piso en una sábana y a la otra la cargaba en la espalda. Así plantaba yuca, plátano o lo que me pusieran, por cuatro mil pesos el día”.

Los problemas empezaron cuando José se gastaba toda la plata en licor. Ebrio, llegaba a la casa, le gritaba y se ponían a pelear y los fines de semana no aparecía. Tiempo más tarde, la relación se termina. Desde ese momento, Tulia decide de una vez por todas irse a vivir a Cali y dejar sus tres hijas estudiando en el Cauca.

“Ya en Cali, cierto día me llamó una tía y me suplicó que me fuera lo más rápido posible para el Cauca, pues Belli llevaba varios días sin ir al colegio y había trabado amistad con hombres de las autodefensas. Esa noche no dormí. Me acosté muy preocupada, pues debía madrugar para viajar a las cuatro de la mañana. Cuando amaneció, me eché la bendición y me fui”.

Las autodefensas solían tomarse las casas del pueblo. Entraban sin permiso e informaban que estarían solo unos días. A pesar de que acostumbraban a llevar su comida, hacían uso de todo lo que había en la casa. Belli estaba con algunos de ellos en la casa de unos vecinos, cerca donde vivía la mamá de Tulia.

“Mi tía había insistido en que una vez llegara me dirigiera a su casa, pero no le hice caso y me fui para donde mi mamá. Luego, caminé hasta donde suponía que estaba mi hija y empecé a llamarla a los gritos. En ese momento salió uno de los bandidos.

—¿Qué es lo que quiere? —dijo, terciando el fusil.

—Vengo por Belli Caracas, mi hija y me la voy a llevar —respondí con firmeza.

—Ella no ha venido por acá. Ayer sí estuvo —dijo el hombre.

—¡Vea, ahí viene; ella es mi hija! —exclamé.

Al final del pasillo estaban los dueños, quienes le insistían a Tulia que hiciera silencio. Ignorándolos, Tulia esperaba su respuesta.

“En ese momento, el resto de los paramilitares empezó a rodearme y los dueños de la casa me suplicaban casi murmurando: ‘por el amor de Dios, Tulia, no haga eso’. En ningún momento pensé en devolverme. Solo quería que me entregaran a mi hija y nada más. De repente, los tipos me apuntaron con sus armas y si el comandante no sale rápido me habrían podido matar. Una vez fuera me pregunta:

—Señora, ¿usted por qué viene? ¿Quién la mandó?

—Mi tía me dijo que mi hija no volvió al colegio; solo quiere andar con ustedes. Yo me la llevo para que trabaje en Cali y estudie —le respondí con calma.

—Si usted me jura que no me la va a maltratar se la puede llevar. Donde sea que se encuentre, nosotros nos daremos cuenta. Aún así, sepa que Belli ya tiene nuestro número de teléfono por si algo llega a pasar.

La tomé del brazo y ella insistía en que no quería irse, que el estudio no era para ella. Le dije no se preocupara, que ya le tenía trabajo”.

Tulia regresa a Cali y Belli comienza a trabajar, pero al poco tiempo pierde su empleo. Un día, un primo las invitó a Suárez (Cauca) a un partido de fútbol, pues necesitaban gente que les hiciera barra. Camino a la cancha, las autodefensas habían montado un retén cerca de Robles y una vez que obligaron al bus a detenerse, les solicitaron a todos que se bajaran y mostraran sus documentos. Fue ahí cuando uno de ellos reconoció a Belli.

—Hola, Belli. Si te contara que te extrañamos. Hoy no te dejaremos ir de aquí.

“En ese momento me agarré a llorar y les dije: ‘ella se vino conmigo y se va conmigo’. Empecé a oír susurros a mi alrededor diciéndome que me callara, que no peleara con ellos. Los hombres llamaron al comandante y este, en cuanto vio a a mi hija, empezó a interrogarla”:

—Belli, decime, ¿estás estudiando y trabajando?

La muchacha movió la cabeza en gesto negativo.

—¿Qué pasó con el trabajo que te salió en Cali?

Belli no decía nada. Todo el tiempo negaba lo que el comandante le preguntaba.

Este, dirigiéndose a Tulia, le reclamó:

—Usted como que lo único que ha hecho es mentirme, ¿no?

—La señora con la que iba a trabajar en Cali ya tenía a alguien, pero en cuanto lleguemos, le consigo otro —respondió Tulia nerviosamente.

En ese momento, varios paramilitares empezaron hablar con el comandante. Luego de unos minutos, el jefe interviene y le dice a Belli:

—¿Te gustaría volver al Cauca con nosotros?

—Sí —contestó ella—, porque para lo único que me quieren llevar a Cali es para hacer oficios en la casa y yo, para no aburrirme, me voy en las tardes con los motoristas de la Cañaveral hasta que ella llegue de trabajar.

“El conductor del bus en el que íbamos era conocido de nosotras y cuando escuchó a Belli decir que no se quería ir, le dijo: ‘vea, Belli, cuál Cauca. Váyase a Cali a estudiar’. No sé cuánto tiempo pasó, pero yo me quería ir”, cuenta Tulia.

—¡Belli se queda! —ordenó el comandante.

“Me quedé en silencio y me puse a llorar desconsoladamente. Al verme, el comandante exclamó:

—Bueno, está bien. Usted es la mamá; llévesela, pero no se ponga así.

“Al oír esto, empecé a empujarla hacia el bus porque Belli se negaba a irse. Cuando estaba subiéndome sentí que me halaron de la blusa; era el comandante.

—¡Pero empujada no te la llevés! —me increpó, mientras me agarraba fuertemente”.

Entonces, interviene el conductor del bus, quien le suplica a Belli:

—Súbase, hija, hágale caso a su mamá.

Y ella se subió.

Un domingo en la tarde, Tulia se encontraba en su casa cuando tocaron a la puerta. Era Jaime, un primo del padre de sus hijas que formaba parte de las autodefensas del Cauca. Necesitaba que le prestaran el baño, pero ella no tenía uno porque la casa estaba en construcción. De un momento a otro, mira fijamente a Tulia y le dice:

—No se te vaya ocurrir mandar a Belli para el Cauca porque ella es muy bonita. Hace poco me dieron la orden de matar a todas las mujeres que han andado con nosotros y me da pesar con ella.

—Jaime, tenga consideración —le ruega Tulia. No haga eso, no se olvide que nosotros somos familia. Yo le aseguro que Belli no vuelve al Cauca, pero usted ayúdeme.

—Mire, Tulia. Ella ya se libró muchas veces —dijo, con cierto tono de burla.

En ese momento Belli, que estaba escuchando, apuntó:

—Venga, primo, deme plata, lo que tenga.

—¿Para qué? ¿Para irse al Cauca? ¿No oyó lo que? —dijo Jaime, recriminándola.

“Jaime se despidió de mí y se fue porque lo habían mandando a hacer un trabajo al Urabá. Pero ese día, unos amigos lo habían invitado a una fiesta en Palo Blanco (Cauca) junto con la novia. Cuentan que a las dos de la mañana, luego de bailar y beber como loco, encendió su motocicleta y salió disparado. Tenía la costumbre de no encender las luces del vehículo y no detenerse, pues tenía muchos enemigos y la carretera era oscura y rodeada de monte”.

Eran las tres de la mañana en la fiesta en Palo Blanco cuando le pidieron a Manuel, uno de los asistentes, que fuera por más licor y en el camino se encontró dos cuerpos tirados en la carretera en medio de un charco de sangre. Al acercarse notó que no se movían y al mirar más detalladamente se dio cuenta de que los cuerpos eran los de Jaime y su novia. Empezó a moverlos, pero ya estaban muertos. Decidió tomar sus documentos y fue cuando vio una lista con nombres.

Al día siguiente en la mañana, Tulia recibe una llamada de Manuel.

—Tulia, ¿cómo está Belli? —preguntaba Manuel con voz perturbada.

—Bien, ¿por qué me lo pregunta?

—Es que mataron a Jaime cuando salió de la fiesta en Palo Blanco. Yo me lo encontré en el camino y al revisar sus bolsillos encontré una lista como con cien nombres y el de Belli estaba tachado.

Tulia creyó entonces necesario esconder a su hija. Habló con ella, le prohibió volver al Cauca y decidió mandarla para Bogotá para que cuidara a una tía enferma. Tenía miedo de que llegaran los “paras” a confirmar su muerte.

Meses después, Tulia regresa al Cauca al entierro de un primo que murió en un enfrentamiento entre guerrilla y paramilitares. Este combate no solo dejó numerosos muertos, sino que también marcó la salida de los paramilitares y el ingreso de los guerrilleros quienes poco a poco se fueron apoderando de la zona, hecho que, sin duda, le brindaba cierto alivio.

Un día, mientras trabajaba, Tulia recibe una llamada de Belli.

—Mami, tengo que contarle algo —.

—¿Qué pasó, Belli?

—Estoy embarazada, pero también tengo cáncer grado tres y no se puede hacer nada. Hay que esperar a que nazca el bebé —dijo compungida.

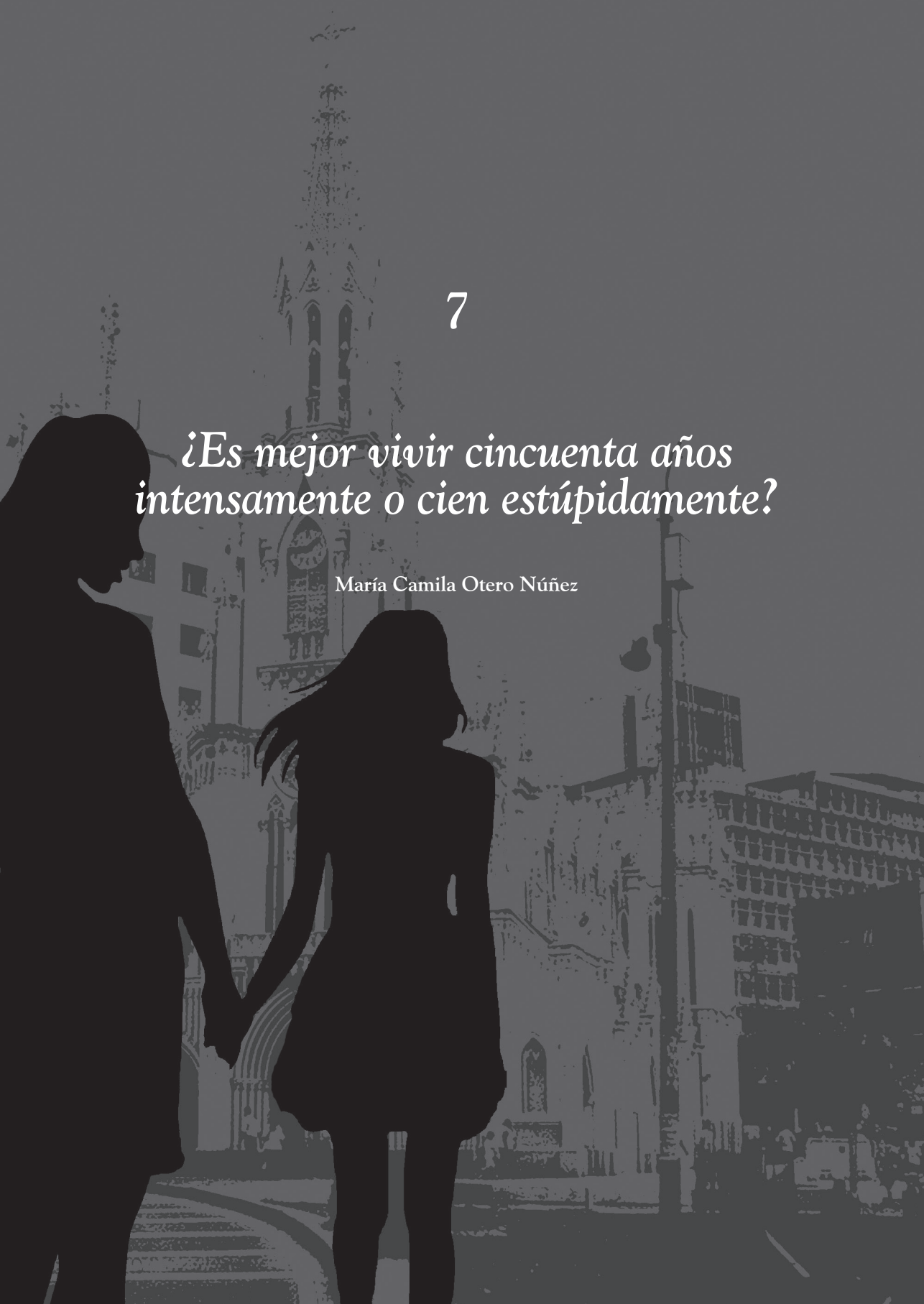
Belli trabaja actualmente como árbitro de fútbol en las canchas de su barrio cuando los fuertes dolores de su enfermedad se lo permiten y no la doblan al punto de tirarla a la cama.

“La verdad, no sé qué pasa con Belli. La llaman todos los días del centro de salud, pero ella no contesta ni tampoco va. Solo cuando ya no puede soportar el dolor se dirige al centro para que le apliquen morfina. Dejó avanzar tanto el cáncer que los médicos ya no pueden hacer nada, pues la enfermedad se regó por todo su cuerpo y como yo tengo que trabajar para mantener los tres hijos que hoy tiene, ya no la puedo ayudar. De los paramilitares la salvé, pero de esta si no”.

7

*¿Es mejor vivir cincuenta años
intensamente o cien estúpidamente?*

María Camila Otero Núñez



Un antioqueño aventurero y lúcido de ochenta y nueve años, que conoce toda Suramérica con excepción de Bolivia, es Hugo. Ha vivido sesenta y cinco años de su vida en Cali y confiesa que han sido los mejores. “Cuando llegué aquí, Cali era una ciudad sana; ¡era bellísimo!”. Vivió en el barrio San Nicolás entre la catorce y la quince en una casa antigua. En su juventud bailó y bebió, le encanta la cumbia y la bailaba muy bien, según dice. No es una persona estudiada, solo cursó hasta segundo de bachillerato, hizo algo de comercio y tomó un curso de inglés. “En esas academias uno sale y no sabe ni decir yes”. Es amante de la literatura y su gusto se dirige a las biografías, “Leí Cien años de soledad, pero francamente se me quedó en los bolsillos porque no la he podido entender todavía. Tiene tantas cosas que solo García Márquez puede desenhebrar esa cantidad de personas que pone en su novela”.

Cuando su padre murió, Hugo tenía doce años aproximadamente. Su mamá, él, y sus tres hermanos, se fueron a vivir a Bogotá; todos ellos ya fallecidos. “Me dejaron esperando en la taquilla y no he podido llegar, pero quiero, porque considero que vivir más de lo que yo he vivido no se justifica. La vejez es un entierro de ilusiones; todo se va marchitando, todo se acaba y uno no sabe si son más tristes los buenos recuerdos o los malos. Para mí son más tristes los buenos, porque uno se acuerda de todo lo bello que fue la vida y eso duele. Uno ya no puede vivir como vivió cuando la vida era bella”.

Hugo hizo varios trabajos. El primero fue en una oficina en Bogotá como mensajero, después en un almacén de muebles finos y en una línea automotriz administrando y atendiendo a los clientes. Al llegar a Cali, trabajó en una distribuidora como jefe de almacén; en Medellín trabajó como jefe de ventas y al final montó su propio negocio de repuestos automotores, pero ningún trabajo funcionó. Alcanzó a cotizar para la pensión y el seguro social le pagó una indemnización de la cual solo queda el recuerdo. “La plata no es para guardarla; plata ganada, plata gastada”, dice.

Antes de su llegada al asilo, Hugo vivió cuarenta años con una sobrina y su esposo en la parte alta de San Antonio. Un día tuvo un disgusto con el esposo de su sobrina y lo echaron. Con ochenta y un años, solo y sin saber qué hacer, pasó los siguientes tres días en un cuarto de alquiler en el centro de la ciudad y luego se fue a vivir al barrio Alameda en otro cuarto de alquiler. Para pagar su vivienda y alimentación trabajaba en un restaurante limpiando las mesas, atendiendo a los clientes y tomando sus pedidos y como si fuera poco, también hacía domicilios caminando cuadra a cuadra. “La primera propina que me dieron fue de quinientos pesos y, sinceramente, se me vinieron las lágrimas. Uno llegar a eso... ¡uy, no!”.

Su situación económica estaba tan mala que decidió vender su televisor a un amigo, un afrodescendiente que tenía un taller eléctrico en la Avenida Roosevelt.

“Y se perdió el negro con televisor y todo; pero no importa, porque después me lo pagó con otra cosa”. En cierta ocasión le comentó al hombre sobre su situación y este se la contó a un benefactor del asilo, un señor muy rico que conocía a Hugo porque lo veía pasar a menudo por una panadería cerca de la Roosevelt. Lo recogió y lo llevó en un taxi para que conociera el asilo y hablara con las hermanitas, pero en todo el camino no dijo una palabra. Al llegar al asilo, las hermanitas le dijeron que tenía que ir todos los días a almorzar o desayunar, para ver si se adaptaba. Y así fue. Hugo iba todos los días sin falta al asilo, hasta que un día se dio cuenta de que una de las monjas era hermana de la esposa de un primo hermano suyo. Entonces hizo varias llamadas y en una de sus visitas cotidianas al asilo le dijeron que ya estaba adentro.

Para ser aceptado, les piden exámenes médicos de esos que les hacen a los viejitos, preguntan si tienen hijos y si es así no los aceptan, ya que los hijos deben velar por sus padres. Tampoco aceptan a los que tienen pensión, porque es un asilo de caridad. Al ser un asilo de caridad muchos pensarán que es abandonado; pero no, es un lugar donde el viento recorre cada lugar y el silencio solo es

interrumpido por el sonido de la campana al anunciar la misa en la capilla y en el que en pocas ocasiones se encuentra gente en los pasillos.

“Aquí se ve el que fue carretillero, al que estuvo en la cárcel tres veces por cuchillero. Uno me contó que siendo joven estuvo seis meses en la cárcel por violar una muchacha de catorce años; isolo seis meses! y lo contaba como si fuera la gran cosa. Aquí se escuchan historias muy interesantes. Había otro viejito muy curioso de noventa y siete años que cuando pasaba por las estatuas de los santos los besaba. Un día le pregunté: —Gerardo, ¿y usted por qué es tan rezandero?— y me respondió: —soy rezandero porque fui malito—. —¿Cómo así que fue malito?— volví a preguntar. —Sí, yo fui policía en la violencia y maté a tres—. Ya se murió; quién sabe si lo recibirían en el cielo”, dice Hugo riéndose a carcajadas.

El primer oficio que hizo en el asilo fue en la cocina. Lavaba y secaba la loza y luego empezó a planchar. Planchaba entre veinte y veinticinco camisas. Un día decidió dejar eso y ayudar con la sección de enfermos. Les llevaba tinto y los acompañaba a la iglesia. En las actividades en la que puede ayudar, siente felicidad de saber que a su edad puede servir, ya que otros menores que él están en una cama sin poderse valer por sí mismos.

Nunca se casó, pero estuvo viviendo en unión libre con una señora durante nueve años. Ella tenía hijos, pero al pasar los años se dio cuenta de que no quería seguir con ella. “El amor es una cosa que pasa ligero y trae muchas complicaciones; quién lo creyera. El primer amor es el más bello; los otros, pasan”. Su primer amor fue Belén, una niña que vivía a dos cuadras de su casa. “Yo no sé; me pareció tan linda, tan querida, tan preciosa”. Él la seguía hasta que sus caminos se dividían, ya que estudiaban en distintas escuelas. Así pasó un año, hasta que nunca más la volvió a ver. “Lo que yo sentía era tan bello, era indescriptible. La primera mujer que tu ves y que te gusta, se te queda grabada y uno no piensa nada malo; todo es bello”, comenta con nostalgia.

Una vez le prometió a una dama que se iba a casar con ella. Ambos estaban ebrios y al otro día, cuando amaneció, se acordó de lo que había hecho y nunca más volvió.

“El amor es pasajero. Es más fácil conservar una amistad que un amor. La amistad existe, es una cosa bella; es amor sin sexo”, dice. Se siente feliz porque ha tenido muy buenos amigos, como José Moisés Duque con quien compartió cinco años de amistad en el asilo. Cierta día, se quejaba de que le picaba la espalda y José fue a su taller, que quedaba ahí mismo en el asilo, y le fabricó un rascador

de madera. También le hizo un calzador de zapatos para que no se tuviera que agachar. “Tenía los detalles más maravillosos; fue un magnífico amigo. Yo digo: para tener buenos amigos hay que saber ser buen amigo”.

Hace aproximadamente cincuenta y cinco años tuvo un compañero de trabajo. Un día se lo encontró y se dio cuenta de que era muy rico. En medio de la conversación le comentó que estaba en un asilo de caridad y el hombre quedó sorprendido. En diciembre le mandó un millón de pesos de regalo. Otro amigo, que había muerto hace cuatro años, necesitaba dinero urgente y Hugo, sin pensarlo, sacó su chequera y le prestó el dinero. “Nunca nos volvimos a acordar de esa plata”, comenta, hasta que años después el hombre apareció de la noche a la mañana y empezó a darle a Hugo cien mil pesos mensuales hasta que murió. Actualmente, la familia continúa llevándole ese dinero.

Hugo cree en Dios. Es católico, pero en cuestiones de ir a la iglesia es muy frío, aunque no se lo dice a las hermanitas porque lo tienen en un muy buen concepto; creen que es una buena persona.

“Algo que me atormenta de los católicos es que les enseñan que al otro lado se está mejor, pero no se quieren ir para allá. Algo estúpido es eso de la condena. Si la vida es tan corta, cómo lo van a condenar a uno toda una eternidad. Uno no debe suprimir lo grato de la vida. Dios nos hizo libres y uno sabe qué es malo y qué es bueno, aunque la libertad es algo falso. La única manera de estar libres es estar solos; de resto, uno siempre va a ser esclavo de todo: de una mujer, del trabajo... Uno es más bueno lejos de cualquier comunidad católica. Cuando entra a fondo y las conoce, se da cuenta de que lo que dicen de esa religión no es tan bueno”.

Al regresar al asilo, entra por una pequeña puerta que se abre desde el interior. Pasa por un camino estrecho rodeado de árboles del lado izquierdo y al lado derecho está el parqueadero. Al llegar a la segunda entrada, se levanta un gran edificio de color verde y en su interior se escucha el canto de los pájaros que revolotean en la fuente y el murmullo de los que rezan en la capilla. En la cafetería, los alimentos perpetuados en una vitrina parecen tener la misma edad de los que habitan el asilo. Una anciana, sentada en una banca en medio de la soledad de uno de los tantos pasillos murmura: “Yo quiero estar en mi casa. ¿Qué habrá sido de mis maticas?”.

Hugo recuerda un 31 de diciembre cuando conversando con un amigo que tenía seis hijos le pregunta:

—¿Qué te pasa, Luis Eduardo?

—Estoy triste —dijo—, porque pasó el 24 diciembre y mis hijos no me dieron la Navidad. Hoy es 31 de diciembre, son las nueve de la noche y no me han llamado a darme el año nuevo.

“Imagínese usted —comenta Hugo—. Seis hijos y vinieron el día que se murió a llevarse al viejito ¿Ya para qué? Hay padres muy sin vergüenzas que creen que los hijos se van a preocupar por ellos sabiendo que fueron malos padres”

Hugo es de los pocos que recibe visitas. La gran mayoría pasan sus días sin emoción alguna y no tienen la fortuna de desear que llegue el día esperado para ver a algún familiar o por lo menos un conocido. Ya se acostumbraron a permanecer sus últimos días sin la compañía de nadie y esperando la muerte.

Al caminar, solo se escucha el sonido de los zapatos que rozan el suelo y un silencio ensordecedor penetra cada pasillo. Todo está tan perfectamente ordenado y limpio que parece que nadie habitara el lugar. Al llegar a la habitación de Hugo, la última del piso tres, hay un pasillo con vista a la montaña y se visualiza el resto del asilo donde hay una pequeña área de cultivos, estatuas y mucha zona verde. Al frente se divisa un teatro y todo su exterior es de color verde. El resplandor del sol entra por la ventana del cuarto de Hugo y una suave brisa mueve las cortinas. De repente, Hugo mira a su izquierda y dice: “Ese que va allá es muy mala persona. Aquí yo no tengo amigos y los que tenía ya se fueron. Sinceramente, si pudiera irme de aquí, lo haría, pero no tengo cómo. Me toca acostumbrarme, a menos que me gane el Baloto”, comenta con tono burlón.

Carmen, una de las que ayuda en el asilo, comenta que Hugo sí tiene amigos, pero a veces no se comprende porque es una persona a la que le gusta el silencio y a muchos les gusta la música. “Es un poco intolerante con los otros, a quienes les gusta la alegría y bailan y eso a él le parece mal. Les hecha indirectas y los otros se dan cuenta. Por ejemplo, con don Gustavo; ellos no se quieren, no se la llevan bien”.

Don Gustavo o “la señora Manrique” como Hugo lo llama, cantaba un día en uno de los pasillos y en eso Hugo lo mira y dice: “Tiene hasta buena voz, pero esas canciones de la puñalada marranera y si no me querés te corto la cara con una cuchilla y el día de la boda te doy puñaladas y mato a tu mamá, esas son las canciones que le gustan a él. Yo a ese señor lo detesto, me fastidia y las monjitas me dicen que yo escribí que yo no sentía odio. Pero una cosa es que me fastidie

y otra que lo odie. Abra un diccionario y busque la diferencia y verá que no es lo mismo. ¡Ah!, es que siempre busca la forma de cantar”.

Carmen manifiesta con tristeza que Hugo siempre habla de morirse. Se lo comentó a la sobrina en un día de visita y ella le respondió que desde que cumplió los cuarenta Hugo se quiere morir. Cuenta Carmen que cierto día Hugo se sintió enfermo e insistió en ir al médico. Carmen le dijo: “Don Hugo, si usted se quiere morir, pues pa’ qué busca médico”, a lo cual respondió que con dolor no quería vivir. “Él es muy chistoso y de bromas pesadas. Una vez una monjita lo escuchó y le llamó la atención. Pero Hugo es muy servicial, sobre todo con los viejitos enfermos; siempre los ayuda. Él se lamenta mucho de la ancianidad, que nadie le para bolas; se siente muy inconforme”.

Sentado en un cuarto de visitas de muebles color café un poco estrechos, se encuentra Hugo. Al frente, una anciana de contextura gruesa, tez blanca, ojos apagados y desviados y con bastón, permaneció unos minutos sentada y luego se marchó. En ese preciso instante, Hugo se aclara la voz y dice: “Ella es enfermita. Tiene una enfermedad muy grave y lo anda buscando a uno. Ella me busca y me quiere. Un día por la mañana se levantó y yo estaba en el corredor. Se acerca y me pregunta: —¿pa’ dónde va?— Venga, acompáñeme a orinar. Yo le dije: —No. Vaya usted sola—. A esa señora no la acompañan ni los gallinazos. Ella me busca a mí y a otros viejitos. Le gustan mucho los viejos; está enferma la pobrecita. Cómo sería su pasado. A veces pienso que será ninfómana, pero es imposible que no se le hayan quitado las ganas con tantos años...”.

8

¿Mi bicicleta o mi doncella?

Ana Lucía Valderrama



*Solo como un perro callejero,
como barca sin barquero, solo con mi soledad.*

Ya son veintinueve años en los que su única compañía ha sido su vieja bicicleta. Su nombre es Jaime Chaverra Molina, un vendedor ambulante que sale en su vieja bicicleta de color azul, de llantas delgadas, rines oxidados y cadena que se suelta frecuentemente. Está engalanada con una gran cantidad de *stickers* reflectivos que le ayudan a evitar un accidente. Para él, es su única compañía. Posee una parrilla donde lleva atado su maletín con sus herramientas, una canastilla en la que carga gran cantidad de accesorios para carros, un tarro de detergente donde lleva sus tornillos y tuercas, la gorra y tres vasos desechables que conserva de sus tintos para tomar agua. Según dice, saldrá “con su amada y fiel compañera”.

Desde los trece años Jaime comenzó a trabajar. Primero fue en Sevilla como mensajero en el Bar Panamericano, en el restaurante El Gambрил, en el restaurante El Chamaco, en la fuente de soda La Macarena y como ayudante de construcción en el colegio General Santander. Luego se trasladó a Tuluá para seguir como ayudante de construcción y recolector de algodón en las haciendas y tiempo después emigró a Cali para desempeñarse en lo que todavía hoy hace.

Al no tener un sitio fijo para trabajar, Jaime se moviliza constantemente para vender sus productos, pasando por los lavaderos de vehículos y los talleres automotrices que abundan en un sector del barrio Benjamín Herrera. Busca a los clientes para ofrecerles sus servicios: “Mi caballero, tengo plumillas, pedales, gorros para timón, remaches; si tiene algo suelto yo se lo aseguro, placas, biseles...” y los atiende de tal forma que quedan impactados y a gusto con el trabajo que realiza.

Al terminar sus labores a las 6:30 de la tarde, se va a los bares a tomarse unas cervezas y fumarse unos cuantos cigarrillos hasta las nueve para luego irse a dormir. Hay días en que se gana hasta siete mil pesos, a veces dos mil y otros en que sus bolsillos quedan vacíos. Por una habitación de bahareque, húmeda, con muchas telarañas y polvo paga un arriendo de cinco mil pesos diarios a una anciana. Sus pocos objetos se reducen a una cama en la que se encuentra un radio añoso obsequio de su novia, la mujer de sus sueños que lo dejó “viendo un chispero” y un televisor con antena en el que la señal entra con dificultad. Debajo de su cama guarda los accesorios para vender: las copas, los biseles y las plumillas. La casa en la que vive es una vulcanizadora, antigua, descuidada, amplia y llena de grasa, con gran parte de las paredes dañadas.

Veinte años atrás, un cliente necesitó su ayuda para arreglar una volqueta. Él inmediatamente se trasladó en su bicicleta al lugar, preparado y listo para su trabajo y al llegar la dejó al pie del vehículo para “echarle ojo” mientras trabajaba. Pero llegó un momento en que se descuidó y cuando quiso percatarse su “amada” no estaba por ningún lado. Todos estaban entretenidos y nadie supo quién la robó. Rápidamente, Jaime se comunicó con un conocido de la “dieciséis”, la llamada “olla” de Cali, lugar donde llevan los objetos hurtados.

“Mi panita: la bicicleta no la traen ahora; las vueltas se hacen de noche”, recuerda Jaime que le dijo Wilson cuando lo llamó al celular.

Dos horas después recibió la llamada de un compañero de trabajo quien le informó que su bicicleta se encontraba en una estación de gasolina en el barrio Belalcázar. Jaime estaba muy disgustado, pero cogió su maletín y se dirigió hacia allá. No era una falsa alarma; allí se encontraba su bicicleta en una oficina. Le informaron que tenía que esperar a los policías, quienes llegaron horas después y le explicaron cómo la encontraron. El hallazgo se dio gracias al administrador de la ferretería que frecuenta Jaime para comprar tornillos y herramientas para algún trabajo. El señor estaba “pillando la acción” y siguió a los ladrones en su moto al tiempo que llamaba a las motorizadas para dar la ubicación del lugar

donde la estaban escondiendo. Mientras se ocultaba la luz del día ellos llegaron al lugar y tumbaron la puerta para rescatar a la bella doncella de Jaime Chaverra.

Dos meses después, Jaime se movilizaba en su bicicleta por la Primera con Veintiuno donde está ubicado el cuartel de la policía. Inesperadamente, se encuentra con los mismos agentes que le atendieron en tan amarga situación.

“¡Buho, mono. ¿No le han vuelto a robar la bicicleta?” le preguntaron. Enseguida pasa un vendedor de lotería y ofrece sus billetes al público. “Mono, comprese una lotería que usted se la gana. Vos sos un hombre de suerte. Es al único al que le roban la bicicleta y fácilmente la recupera” dijo uno de los policías en tono jocoso. “Actualmente ya no vivo pendiente de mi bicicleta; más bien ella vive pendiente de mí y cuando me emborracho, me lleva hasta mi casa” responde Jaime, mientras deja vagar la mirada.

*Yo voy solo entre la gente,
que me mira indiferente sin sentir curiosidad.*

Durante su vida, Jaime se ha encontrado con mujeres que, según dice, “son engreídas e interesadas porque menosprecian a las personas por su condición física y económica”. Nueve años atrás tuvo una mujer y vivía con ella en Alfonso López. Su nombre era Marleny, tenía dos hijos y era la encargada de llevarle el almuerzo todos los días. Le hacía visita en su pieza y llevaban una relación que, para Jaime “era maravillosa”. Todo iba a la perfección, hasta que de un momento a otro “se volvió como humo, desapareció y no volvió”. Jaime cree que ella no lo quería desde que hizo eso o simplemente se consiguió alguien mejor tanto en dinero como en apariencia física.

“Por su ausencia no me he muerto. Aquí sigo vivo, mi vida continúa, pero hace tres años estoy solo como el coronel, que no tiene quien le escriba” —dice, al recordar a la mujer de sus sueños. Siempre pasa lo mismo, termina solo y deprimido en su habitación. “No sé a quién culpar, si a Dios, a la suerte o al destino por no tener una esposa a mi lado, pero mientras uno tenga vida y salud tendré esperanza” dice con resignación y agrega que su madre fue la única mujer que se conformó con lo poco que él podía darle. “Las mujeres se basan en lo material, mi madre no. Es un amor verdadero, que me quiso por lo que soy no por lo que le podía ofrecer”, dice, mientras su mirada se ilumina.

Un año atrás su madre falleció y este acontecimiento marcó su vida para siempre, porque desde ese momento nada volvió a ser igual. “Jamás podré llenar ese enorme vacío que dejó la muerte de mi madre, así consiga todo el dinero, las mujeres y las propiedades que siempre he soñado. Es un sentimiento que no se puede describir, es un golpe devastador. A mi madre la lloro todos los días, porque perder a una madre es como perder la vida” —dice Jaime con voz temblorosa al tiempo que desvía la mirada.

*Qué me importa si me pierdo en un triste callejón...
No me queda ni el recuerdo del clavel.*

Al no contar con nadie que lo apoye en este dolor, Jaime camina en silencio con un “puñal” que le atraviesa su corazón. “Hace un año mi madre falleció; hace un año tengo dentro de mí corazón una estaca que me mata lentamente” expresa Jaime, con un silencio en medio de cada palabra y su rostro bañado en lágrimas. Guarda silencio y al rato agrega:

“Pasé dieciséis días de soledad inmensa y ni mi bicicleta me hacía compañía”, manifiesta al expresar lo que vivió en el Hospital San Juan de Dios, postrado en una fría camilla de lata como consecuencia de un dolor en su pecho. Todo comenzó una tarde de marzo cuando empezó a sentir un fuerte dolor en el pecho. Inmediatamente todos los vecinos se dieron por enterados y uno en especial, el que le da almuerzo todos los días, lo llevó en su carro a las urgencias del hospital.

“Yo pujaba del dolor tan terrible que sentía dentro de mí. Era desesperante; llegué a pensar que sería mi último día” exclama, al recordar las sensaciones que presentaba mientras iba en el carro. Al llegar al hospital esperó quince minutos para que lo atendieran. Posteriormente, un doctor se le acercó y lo cogió de la cabeza. “Señor —le dijo— los síntomas que usted presenta no son de infarto ni de nada relacionado con el corazón. Esté tranquilo que en un momento lo remitimos a observación”.

Horas después, la enfermera le aplicó una inyección que calmó su dolor momentáneamente. En ese mismo instante llegó su hermana para informarse mejor sobre lo que había ocurrido. Ella se enteró gracias a una vecina que tenía todos los números de los familiares de Jaime por si alguna situación se presentaba y en el momento en que el hecho ocurrió inmediatamente llamó a su familia más cercana para que acudieran al hospital.

Después de averiguar sobre lo que había sucedido, el procedimiento que se siguió y el que ahora se debería de seguir, se acercó a Jaime y le dijo: “¿Sabe qué, Jaime? Camine para mi casa”. “No, no. Ya me siento bien, no siento ningún dolor; déjeme que yo me voy solo”, le respondió con insistencia.

Y así fue. Al día siguiente Jaime reinició su rutina por los diferentes sectores del barrio. En uno de sus recorridos se encontró con la hija de Juan Carlos, el vecino que voluntariamente le da almuerzo. “Venga, Jaimito. Acompáñeme a la casa y de una vez almuerza” —dijo la Morocha, a la que así llamaban. Jaime asintió y fueron para allá. Cuando terminó de almorzar empezó de nuevo su dolor, pero esta vez fue más fuerte de lo usual. Fue llevado de inmediato al hospital San Juan de Dios donde lo internaron, ya que los médicos al examinarlo y tomarle algunas pruebas lo vieron necesario. Le aplicaron suero y más inyecciones para calmar su dolor y le hicieron más exámenes. Allí permaneció cinco días para después ser remitido al Hospital Universitario del Valle y luego al Hospital de los Chorros donde un médico interno le practicaría una ecografía abdominal.

Mientras esperaba los resultados, empezó a sentir escalofríos y a tener altas temperaturas. En seguida, lo trasladaron nuevamente al hospital San Juan de Dios y allí lo internaron once días dados los síntomas y los resultados que había arrojado la ecografía.

Jaime se encontraba en una sala donde había diez camas más a su lado y el baño era compartido. Pasaron los días y nadie le daba a explicaciones de su enfermedad, hasta que al décimo sexto día llama a una enfermera.

—Señorita, ¿cuál es la causa de mi dolor? —pregunta con desespero.

—Señor Chaverra. Usted presenta un taponamiento en las venas que obstruye la circulación de la sangre, pero con el procedimiento que le estamos haciendo va a estar mucho mejor —le responde para tranquilizarlo.

Así pasó una semana. Procedimientos, suero, inyecciones, exámenes, ecografías y revisiones van y vienen. al pasar la semana Jaime fue dado de alta, ya que los médicos consideraron que estaba estable y fuera de peligro; sin embargo, tenía que continuar en control con el médico general, que después de tres meses descartó cualquier posibilidad de dolor en su pecho. “A las once de la mañana salgo listo y preparado para lo que Dios me ponga. Abro la puerta, saco mi bicicleta, me echo la bendición y arranco este nuevo día”, dice con desparpajo.

Un día de trabajo normal en la vida de Jaime consiste casi siempre en lo mismo: todos los días llega a la Supertienda Sopetrán ubicada en el barrio Benjamín

Herrera, pide un tinto de trescientos pesos, dos buñuelos y un cigarrillo fiado, porque a esa hora del día solo le alcanza para el desayuno.

Después de quince minutos, coge su bicicleta y empieza su recorrido alrededor del barrio. Primero se dirige donde Enrique, el dueño del taller de chapas y luego al lavadero de autos. Al no encontrar ni un carro, rápidamente se va. Sin embargo, en el transcurso del día siempre encuentra uno que otro. “Buenos días, caballero. Para el carro le tengo plumillas, pedales, remaches”. “No, gracias”, le responde el dueño de un taxi frunciendo el ceño.

Mientras camina, tropieza con conocidos que responden su saludo muy cortésmente y al no encontrar personas que necesiten su trabajo se devuelve a la tienda a tomar un “pequeño receso en el camino”. Pero al momento de sentarse ve carros y rápidamente se dirige hacia ellos.

Al acercarse la noche, se dirige a su pieza a descansar para un nuevo día en el que seguirá trajinando por las calles en compañía de su bella doncella.

9

El precio de un secuestrado

Daniela Duque Parra



Antonio Gualtero estaba a cargo de la empresa de su familia, Minas de Rioclaro LTM, compañía muy reconocida en el Valle del Cauca en el sector minero y dedicada a la explotación de carbón mineral. “A pesar de ser jefe y dueño de una parte de ella, nunca se le subió el ego, siempre era un amigo más para sus empleados”, dice Ruby Bolaños, la esposa. Las tierras de donde se extraía el mineral quedaban en Rioclaro y en Cascarillal, cerca al municipio de Jamundí. Más arriba, en la montaña, estaba asentada la guerrilla. Todas esas tierras pertenecían al padre de Antonio, don Juan Gualtero, un reconocido terrateniente de Jamundí y al morir este la empresa queda al mando de Antonio, quien con mucho esfuerzo y sacrificio hizo que la hizo crecer.

Antonio, como de costumbre, visitaba los trabajos en la mina. Siempre iba con otros trabajadores y nunca le había pasado nada, hasta el 16 de diciembre de 1993. “Ese fue el peor día de mi vida y el de la familia. Nunca pensé pasar una Navidad tan triste”, dice Ruby.

A la una de la tarde Ruby recibe la noticia. Sale rápido de su trabajo hacia la empresa y al encontrarse con los trabajadores que acompañaban a Antonio estos le dijeron que cuando salían de las minas rumbo a Jamundí, en plena carretera les salieron varios hombres camuflados y armados. Él se detuvo porque pensaba

que era el ejército, pero se identificaron como de la guerrilla. Se lo llevaron en su mismo vehículo con rumbo desconocido. Ruby, impactada, se va a su casa a esperar que la llamen, pero solo días después se comunican con ella para decirle el precio del rescate: una gran suma de dinero que ni la familia ni la empresa tenían. Ruby les ofreció una suma mucho más pequeña, que era como su seguro de vida. “La negociación es un tira y afloje con toda clase de amenazas, pero hay que tener valor y eso es muy duro”, dice Ruby mirando fijamente un cuadro enorme de un caballo blanco.

Cuando por fin llegaron a un acuerdo cortaron la comunicación y Ruby, muy nerviosa e impactada, piensa cómo conseguir el dinero. Aunque le bajaron al precio, este todavía era alto.

“Mi vida cambió por completo. No tenía paz y vivía en permanente sobresalto. Lo más doloroso es la incertidumbre de no saber cómo está Antonio; si está enfermo, triste, con miedo, totalmente indefenso y ese dolor que sentía no lo podía mostrar, pues tenía que demostrar fortaleza frente a mis hijos”, dice Ruby.

Esa noche no pudo dormir y al amanecer, desesperada, decidió buscar una persona conocedora para ir a entrevistarse con los guerrilleros a las montañas. Subieron en un campero público y luego prosiguieron a pie. Esperaron en determinado sitio, hasta que aparecieron.

“Estaba muy asustada porque iban armados hasta los dientes. Quería salir corriendo, pero el amor que sentía por Antonio me dio fuerzas”, puntualiza.

Entre tantos hombres armados salió el que se suponía era el jefe y Ruby pudo hablar con él. Trató de demostrar con documentos en la mano que no tenían recursos, que la empresa que él gerenciaba y que daba trabajo a más de cien familias en la zona rural, era prácticamente la única fuente de trabajo. Podría cerrarse si Antonio no volvía. Pero el jefe no se conmueve y asegura que ellos no lo tienen.

Ruby volvió desilusionada e impotente. Sus hijos la recriminaron porque fue un acto imprudente. “No sé si sirvió de algo”, comenta con los ojos cerrados.

A los pocos días recibieron el apoyo de la familia y los amigos. Hicieron una campaña en los medios de comunicación. Dos veces por semana acudían a los noticieros de la mañana, pues sabían que esos eran los medios que la guerrilla sintonizaba. Allí daban entrevistas y relataban la situación. Pero no solo los amigos y familiares, también los trabajadores se ofrecían voluntariamente y

pedían la liberación de Antonio. Hicieron lo mismo en los periódicos locales y la televisión. Telepacífico hizo un programa donde se ubicaba la empresa y mostraba no solo el trabajo que generaba, sino la labor social que hacía con los trabajadores y la región.

“Así continuaron pasando los días de la Navidad, con mucha incertidumbre y un gran vacío en el hogar. Todas la noches nos reuníamos en familia para hacer oración y llenarnos de fortaleza y valentía”, señala Ruby.

A mitad de enero, los trabajadores hablaron con el alcalde y en poco tiempo organizaron marchas silenciosas en Jamundí, ya que había que actuar rápidamente. Pidieron cartulinas y marcadores para hacer sus propias pancartas y al igual que los proveedores, los clientes se hicieron presentes. “La asistencia fue muy grande. Todos pedíamos de forma silenciosa su liberación”, dice Ruby.

En una de las marchas se infiltraron miembros de la guerrilla y hacían preguntas. “Debió de ser para estar seguros de que ese era el sentir de todos, sobre todo de los trabajadores”, expresa Ruby con la mirada perdida.

El hijo menor de Ruby, Iván, asistió a la marcha después de presentar las pruebas Saber. Sandra, su otra hija, se quedó estudiando en la universidad. Ellos decían que lo mejor que le podían ofrecer a su padre cuando volviera eran buenos resultados en sus estudios.

“Me sentía muy orgullosa y feliz de ellos por ese pensamiento. La verdad, no sabía si volvería vivo. Por mi mente pasaban las cosas más terribles, pero trataba de ser positiva para no dañarles las esperanzas”, comenta Ruby.

Desde el principio, Ruby acompaña a los trabajadores y los apoya. Se sentía muy agradecida por todo el cariño que se les notaba al hacer todas estas cosas y por la colaboración que le daban a la familia.

Las marchas duraban entre cuatro y cinco horas y todos cargaban pancartas con imágenes de Antonio y frases muy bonitas. Empezaban en la alcaldía y terminaban en la iglesia, donde luego se celebraba misa para pedirle a Dios que lo trajera sano y salvo. Los medios de comunicación se hicieron presentes, incluida la televisión, pues querían estar seguros de hacer todo lo que estuviera en sus manos, así como cualquier cosa que se les ocurriera.

Al terminar las marchas, Ruby fue a visitar a su mejor amiga, pues ya no sabía qué hacer y se sentía derrotada. La guerrilla no se volvió a comunicar y ella no

sabía nada de su esposo. En verdad, estaba perdiendo la esperanza y la fuerza. “No sabía a quién más recurrir. Me sentía impotente y no podía mostrarles eso a mis hijos. Mi amiga era muy espiritual y me podría calmar un poco con sus palabras”, expresa Ruby compungida. Al llegar a su apartamento, su amiga Andrea la recibe muy conmovida, pues sabía de la situación por la que estaba pasando. “Lloraba como nunca, lo que no podía hacer en mi casa y mi amiga, con un gran abrazo, me dijo: ‘entre ustedes y los secuestradores se ha formado una cadena que los ata. Solo si ustedes perdonan y no albergan en su alma ningún sentimiento de rencor, esa cadena se romperá y él volverá’. Esas palabras me sacudieron y me dejaron pensando”, dice.

En el camino hacia su casa Ruby analiza las cosas y toma la decisión de hacer un acto de perdón. Cuando llega les comunica a sus hijos lo que debían hacer, pero solo Iván pudo entender y hacer lo mismo. Sandra no, ella solo quería a su padre de vuelta y que los secuestradores pagaran por el daño que le habían hecho a la familia.

Pasados unos días la guerrilla le exige a la familia unos radios de comunicación especiales para continuar la negociación, sin enviar aún pruebas de supervivencia de Antonio. Ruby, ya sin fuerzas y desesperada, le solicita a Juan Carlos, un sobrino de Antonio, que comience la negociación directamente con los secuestradores. Todos los sábados, el sobrino tenía que ubicarse con el radio de comunicación en las laderas de Cali para entablar diálogos de negociación. Al ver que no se llegaba a ningún acuerdo decide buscar el apoyo del Gaula. Allí le dicen que necesitan el consentimiento de la familia para emprender el rescate. Saben que eso no deja de ser un riesgo muy grande, ya que se podría formar un enfrentamiento y la vida del secuestrado correría peligro. Ellos no garantizaban que sobreviviera.

La familia, muy preocupada, decide que era mejor que el Gaula no interviniera. “Había semanas de mucha expectativa, como había otras muy desalentadoras. Mientras tanto acudíamos a entidades financieras y solicitar préstamos para ver realmente con qué dinero se podía contar para ofrecerles a los secuestradores”, explica Ruby.

“Me tuve que llenar de coraje y valentía para este proceso. Mi tío era el cerebro de la empresa y el que manejaba la parte operativa, financiera y administrativa. Veía a los trabajadores como colaboradores y decía que gracias a ellos existía la empresa. Los apoyaba mucho, siempre velaba para que la fuente de trabajo de la minería nunca faltara en la región. Se sentía muy comprometido

con ellos, ya que estas personas a lo único que se pueden dedicar en esa zona es a la minería, oficio que viene por trayectoria desde los abuelos. No saben hacer nada más”, dice Juan Carlos.

El sábado se comunicó nuevamente con los guerrilleros y esta vez le pidieron una suma más elevada. Juan les contestó que no tenían toda esa plata, pero ellos, cortantes y fríos, le contestaron que entonces lo matarían. Él, muy enfadado y con un nudo en la garganta, les respondió que lo mataran y cortó la comunicación.

Fue muy duro decir esas palabras, pero sabía que para los secuestradores el rehén es una mercancía que vale mucho y la tienen que cuidar. Estaba seguro de que no le harían daño.

A comienzos de marzo de 1994, los secuestradores vuelven a comunicarse con Juan Carlos y le preguntan nuevamente con qué cantidad de dinero cuenta la familia para poderlo liberar. Juan les responde que la cantidad que el banco podía prestar y finalmente aceptaron esa suma de dinero. Posteriormente, informaron cuándo y dónde iban a dejar las coordenadas para dejar el dinero y luego entregar al secuestrado.

Llegó la Semana Santa y el Domingo de Ramos se hizo una misa en El Templete por Antonio y todos los secuestrados. Sandra, la hija mayor, se confesó con el padre Gonzalo Gallo y le comunicó lo que sentía. Él le dijo que si no los perdonaba se igualaría a ellos, así que decidió perdonarlos.

El lunes santo los guerrilleros se comunican nuevamente para informar que el miércoles esperarían el dinero acordado en el punto determinado por las coordenadas. La familia, bastante angustiada, consigue gente de confianza y un vehículo especial para los caminos de trocha, ya que el punto de encuentro era en plena montaña. No convenía que Juan Carlos hiciera acto de presencia en la zona, ya que les daba miedo que de pronto la guerrilla se lo llevara.

El miércoles muy temprano, escondió el dinero entre el neumático y la llanta de repuesto del carro y solamente uno de los que iba en el vehículo lo sabía. Así, emprendieron la marcha hacia las montañas guiándose por las coordenadas. Pasadas cuatro horas y luchando con un camino casi de herradura llegan a un caserío donde los detiene un hombre vestido de civil, quien les informa que van bien pero les faltan dos horas más de camino. Pasado este tiempo, llegan a una zona boscosa y solitaria donde encuentran un grupo de seis guerrilleros armados.

Arriba, en la montaña, había más hombres armados. Hacen bajar a las personas del vehículo y les preguntan por el dinero. Ellos, bastante asustados, piden primero ver al señor Antonio José, el secuestrado. Ellos contestan groseramente que no hay tiempo para eso porque tienen que contar el dinero. Después de verificar la suma y de que todo estaba en regla, les informan que deben seguir el camino y que en el próximo punto que mostraban las coordenadas volvieran a detenerse. Siguiendo las indicaciones y un poco agotados, llegan al punto indicado donde encuentran otro grupo de hombres armados que les dicen que tienen que esperar.

Pasadas dos horas llegan cinco guerrilleros con el señor Antonio José, quien vestía la misma ropa con que se lo llevaron aquel día y calzaba unas botas pantaneras. Se veía físicamente agotado. Su piel estaba quemada por el sol y tenía una barba poblada y abundante cabellera. Se acercó a las personas que habían ido a recogerlo y saludó a todos efusivamente. Uno de los guerrilleros que lo entregó era el comandante encargado del grupo que lo estaba cuidando y les dijo que se podían devolverse por el mismo camino. Antonio estuvo muy callado durante el viaje de regreso. En su casa toda la familia lo esperaba ansiosa. Las horas fueron eternas ya que no se sabía cómo iban las cosas en la liberación. Como a las once de la noche de ese miércoles santo por fin llega Antonio nuevamente al encuentro tan esperado con sus seres queridos. Se baja del carro y con un abrazo fuerte saluda a su esposa, a sus hijos, a su madre y a su hermana. “Nos acompañaba un llanto que no se sabía si era de tristeza o alegría. Esto nos dio una gran lección de comprender y perdonar”, dice Ruby.

Antonio cuenta que hizo mucho ejercicio, pues le tocaba caminar todo el tiempo de un sitio a otro en trayectos muy largos porque el ejército los acorralaba todo el tiempo. Cuando llegaba la noche, casi siempre lo hacían dormir en el suelo, en los trapiches y cuando atravesaban los ríos aprovechaba para bañarse. Su alimentación era solo frijoles, lentejas y arroz. Cuenta que se hizo muy amigo del grupo que lo cuidaba y en algunos momentos les enseñaba inglés. A ellos les parecía interesante aprender otro idioma. Por unos días le asignaron un solo guerrillero para que lo custodiara. Se hicieron tan amigos que el guerrillero hasta pensó en dejarlo escapar, pero desafortunadamente el grupo se dio cuenta y los separaron. Antonio no volvió a ver aquel guerrillero. Durante su cautiverio se dio cuenta muchas veces de que tanto su familia como la comunidad habían hecho marchas por su liberación. Esto lo llenaba de fortaleza y esperanza.

Esa misma noche, cuando estaban todos reunidos en su casa, Antonio le dice a su familia que la historia no ha terminado, ya que había que conseguir el dinero

para pagar por cuotas quincenales su liberación. La familia no entendía lo que decía; al parecer él desconocía que ya se había pagado el rescate. Todos se llevaron una gran sorpresa cuando se enteraron de que los bandidos habían hecho una doble negociación: una cuantía con la familia –que ya la había pagado– y otra directamente con el secuestrado.

Esto llevó a que la empresa quebrara, pues el endeudamiento fue muy grande. Por cuestiones de seguridad Antonio José no volvió a las minas como era su costumbre y la finca que la familia tenía en cercanías a las minas también fue abandonada.

10

*En la esclavitud encontré
la libertad*

Miguel Ángel Vásquez



Alicia, una mujer de setenta y nueve años, de ascendencia alemana, analfabeta y viuda desde hace cuatro años, vive sola en el barrio El Pondaje, en una casa grande con asientos de madera rústicos, un espejo grande en la sala y una mesa esquinera llena de portarretratos, entre los cuales está el de su adorado Olivo, padre de sus diez hijos. Dedicar la mayor parte del tiempo a lo que más le apasiona: regar las plantas que ella misma sembró en el parque frente a su residencia. Todos los domingos se levanta muy temprano, se baña, pone a hacer el chocolate y mientras está listo va a la panadería de la esquina a comprar el pandebono caliente, lo que más le gusta desayunar. A sus quince años se casó con un campesino de raíces indígenas llamado Oliverio Facundo, el único amor de su vida que murió a los noventa y ocho años. Sus ojos se enlagunan y con voz entrecortada cuenta aquel día en el que tuvo que dejar Guadalupe, su pueblo natal, ubicado al sur del departamento del Huila.

“Parecía que las cadenas me perseguían por dondequiera que fuera”, dice mientras riega el jardín.

Alicia quedó huérfana de madre, quien murió al dar a luz a ella y a su hermana gemela que quedaron a cargo de su padre, un alemán que llegó a este país huyéndole a la Primera Guerra Mundial. Creció en medio de maltratos físicos,

pues se le enfrentaba a su papá porque este la obligaba a hacer todos los oficios de la casa, la castigaba con los látigos con los que amansaba los caballos, nunca le permitió estudiar y tenía preferencia por su hermana gemela. A sus nueve años, cansada de soportar tanta violencia y humillación, decide escaparse.

“Yo tenía que hacer algo; no podía esperar que cualquier día me diera un mal golpe y me matara”, dice.

Huyó descalza por entre las montañas, soportando frío y hambre. Caminó diez días hasta llegar a una vereda llamada Guayabal, donde fue tomada como esclava por una familia compuesta por dieciocho miembros que la obligaban a hacer labores pesadas para su edad: pilar el maíz, tostar café, cocinar, planchar, remendar, lavar bultos de ropa en el río y cuidar siete niños.

“Fue una cosa muy dura lo que viví. No quisiera ni acordarme, esos güipas que fregaban mucho”, comenta Alicia frotando sus manos y refiriéndose a los niños que cuidaba. “Esa gente creía que yo no me cansaba; no me dejaban sentar ni pa' comer”.

Alicia termina de regar las plantas. Cierra la llave del agua, desconecta la manguera, suspira y relata:

“Un día me levanté, como de costumbre, a las tres y media de la mañana para empezar mi dura jornada. A eso de las seis, mientras asaba las arepas para el desayuno, mi ama me dice: ‘Alicia, arregla un cuarto ya que se acercan las fiestas del San Pedro y nos llega visita’. Yo obedecía las órdenes, pues no tenía derecho a preguntar nada, ni siquiera quiénes eran los visitantes y si lo hacía siempre me respondían con groserías. Veía que todos en la casa compraban ropa y zapatos para estrenarlos en esas festividades, pero para mí no había nada de eso; siempre andaba con los mismos chiros viejos y descalza. Por esos días me aumentaban el trabajo, pues tenía que preparar bizcochuelos, pan y roscas de maíz para los visitantes. Sin embargo, nunca imaginé que esa visita fuera a cambiar el rumbo de mi vida”.

Mientras cuenta aquella historia, Alicia se queja de un fuerte dolor en la boca del estómago y recuerda la causa de este:

“Ese dolor no es de ahora, lo he tenido desde mi juventud. En el pueblo, la costumbre era lavar los caballos en el río todos los viernes después de una dura semana de trabajo. Yo, como esclava de esa familia, tenía que lavar sus caballos, pero uno de esos viernes fue fatal para mí. Me mandaron al río a lavarlos y cuando

los estaba arreando uno de ellos me dio una patada en el estómago. Fue tal el golpe que caí desmayada por un buen rato sin que nadie me auxiliara. Cuando volví en mí, me paré y vi que los caballos se habían dispersado y como pude los junté y los lavé. Ya oscurecía y no podía llegar a la casa con ellos sucios. Seguía mal de ese golpe, pero no podía decir nada porque nadie me paraba bolas. A los ocho días me volvieron a mandar a lo mismo y yo no quería ir, pues les había cogido miedo a esos animales. Sin embargo, los insultos y el maltrato por parte de mi ama me obligaron a seguir con la labor”.

Después de narrar su experiencia, Alicia comienza a relatar aquel suceso que cambió su destino:

“Por fin llegaron las fiestas del San Pedro y al mismo tiempo la visita que ellos estaban esperando. Había arreglado muy bien el cuarto de huéspedes: la cama con sábanas nuevas y las cobijas limpias; todo estaba impecable. Uno de esos días, a eso de las diez de la mañana se acercó a la casa un caballo grande, blanco y muy bonito. El hombre que lo montaba era bajito, trigueño, de ojos pequeños, pelo negro y lacio y vestía un traje negro de paño. Todos salieron muy contentos a recibirlo y cuando se bajó de su caballo saludó muy formal y entró a la casa. Yo estaba en la cocina preparando el almuerzo y observaba todo desde allí. Cuando me ordenaron servir el almuerzo lo llevé al comedor y encontré a todos sentados. De pronto, me di cuenta de que el visitante no dejaba de mirarme”.

La visita llevaba ocho días en la casa, cuando un día el señor se le acercó a Alicia:

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó.

—Alicia —responde la joven.

—El mío es Oliverio Facundo, pero me dicen Olivo —dijo el visitante. Eres muy joven y bonita. En estos días me he dado cuenta de que el oficio de esta casa es muy duro para una sola persona. ¿Cuántos años tienes?

—Catorce —respondió Alicia.

—Yo acabo de llegar del Valle. Trabajaba en el Ingenio Manuelita, pero me voy a quedar en el pueblo. Quiero ayudarte, no puedes seguir así trabajando tan duro sin ninguna consideración —dijo.

“Fueron pasando los días y él era la única persona que me trataba bien. Me ayudaba con los oficios de la casa y en sus conversaciones me di cuenta de que era hermano del esposo de mi ama y quería comprarse un lote para hacer una

casa. Me empezó a enamorar y lo acepté a pesar de la diferencia de edad –yo tenía catorce años y él treinta– y en esa relación quedé embarazada. Apenas se dio cuenta, Olivo agilizó la compra del lote y construyó una casa, habló con mi ama y le dijo que respondería por mí y mi hija. Ella, disgustada, discutió con él, pero a última hora aceptó que nos fuéramos a vivir juntos, pues en mi estado ya no le era útil. Cuando nació la niña, nos casamos y pude ver en Olivo una persona responsable y trabajadora, tuve diez hijos con él y los cuidaba a todos en la casa, mientras Olivo trabajaba en la finca”.

Pasaron veinte años de matrimonio. Un día, Alicia se encontró con uno de sus primos quien le dijo que sabía en qué pueblo vivía Rosa, su hermana gemela, de la que se había separado desde muy pequeña. Alicia mandó a su esposo a buscarla y cuando la encontró la invitó a la casa para que se vieran. Hubo una gran conmoción en Guayabal por tal acontecimiento del que Soledad, una de sus hijas mayores, recuerda muy bien:

“Hubo muchos comentarios en el pueblo en aquel día y mi madre estaba muy emocionada por el reencuentro. Su hermana llegó en un bus con tres niños y mi mamá, al verla, corrió a abrazarla y ambas lloraron de felicidad. Después, matamos gallinas e hicimos un buen sancocho. Luego del almuerzo, se pusieron a conversar toda la tarde y entre charla y charla alcancé a escuchar que el papá de ellas había muerto hacía varios años. Ese mismo día, la tía Rosa debía regresar a su pueblo y mi mamá le dio ropa, zapatos y algo de plata para los pasajes, ya que estaba pasando por una crisis económica. –Alicia, tienes una familia bonita, casa propia y buen esposo–, le dijo Rosa a mi mamá antes de despedirse. –¡Gracias a Dios!–, le contestó mi madre. Realmente, mi madre tenía un hogar muy hermoso y hasta el día de hoy somos muy unidos”.

Pasado algún tiempo, Alicia y Olivo fueron al pueblo a visitar a Rosa, pero se dieron cuenta de que ya no vivía allí y nadie supo decirles para dónde se fue.

Los hijos de Alicia crecieron y se fueron unos para Bogotá y otros para Cali en busca de mejores oportunidades de trabajo, quedando solo dos hermanas que se casaron y siguieron viviendo en el pueblo. Olivo tuvo que dejar la finca porque sus años no le permitían seguir trabajando.

Alicia recuerda un 31 de diciembre, cuando Olivo la acompañó por última vez:

“Fue en las horas de la tarde. Yo vi a Olivo decaído y eso no era normal, pues era un hombre conversador que se mantenía contando chistes. Asustada, llamé a una de mis hijas que vivía cerca de nosotros y cuando ella vino y lo vio

lo primero que él le dijo era que tenía frío. Luego se acostó, se arropó y no se volvió a parar. Le había dado un infarto y murió a los noventa y ocho años. Muy tristes lo enterramos el 2 de enero y acordamos con mis hijas que viven en Cali irnos para allá, pues no quería seguir viviendo sin mi Olivo en esa casa. Por eso estoy aquí, en esta ciudad, cerca de mis hijas, que me visitan con frecuencia y están pendientes de mí. Me entretengo con el jardín, pero recuerdo mucho a mi viejo Olivo, quien fue el que cambió mi vida”.

11

Una argolla en cada mano

Karent Lizeth Gutiérrez Trujillo



Cuando despertó aquel domingo 7 de octubre de 2012, a José Alcides le pareció que los bellos ojos de Beatriz Eugenia, su esposa y confidente, se estaban apagando. Fue el impacto fugaz que tuvo al verse tirado sobre el andén, en medio de una fuerte presión en el pecho que no lo dejaba respirar.

Media hora después, cuando estaba siendo atendido de urgencias en el Hospital Piloto, supo que un conductor borracho, de esos a los que la nueva legislación colombiana comenzó a imponer multas hasta de 28 millones de pesos por manejar en estado de embriaguez, marchitó para siempre el sueño de compartir una casa propia con la madre de su única hija, hasta los últimos años de su existencia.

En una camilla sin sábana donde esperaba antes de ser remitido de urgencias a una clínica especializada de Cali y sin dejar de quejarse por el dolor y la presión que le invadían el pecho, creyó que estaba en el hospital San José de Popayán, donde 34 años atrás lo habían dejado abandonado, mientras se desangraba en una bandeja en la que movilizan los muertos hasta el anfiteatro.

Fue en cercanías del batallón José Hilario López. José Alcides conducía su moto Kawasaki 100 c.c. amarilla, la misma que lo acompañó los últimos cinco años en competencias deportivas de *motocross*, cuando fue arrollado por un

vehículo Nissan, cuyo conductor huyó de la escena del accidente. El rumor sobre su supuesta muerte se regó de boca en boca hasta llegar a oídos de su esposa Beatriz Eugenia.

José Alcides se había fracturado la mandíbula, las clavículas y el brazo izquierdo el cual corría el riesgo de ser amputado. Su hijo de crianza, Víctor León, quien hacía el año rural de medicina, fue testigo de ocho cirugías y otros pequeños procedimientos, entre los que se contaba la extracción de varias piezas dentales para ajustar la mandíbula con ganchos, la inmovilización con vendajes rígidos en el tórax para recomponer las clavículas y prolongadas intervenciones quirúrgicas para salvar su brazo izquierdo. “Más sufrido que perro en procesión”, dice José Alcides después de aquel accidente donde por poco pierde su brazo izquierdo, lo cual hubiera acabado con su profesión de cocinero.

En un pasillo largo, oscuro y de paredes blancas y agrietadas, se encontraba José Alcides tendido en una vieja camilla. A su memoria acudían recuerdos de treinta y cuatro años atrás, esperanzado de encontrar a su lado a Beatriz Eugenia mientras caía en un sueño profundo.

Popayán, ciudad de viejas casonas coloniales pintadas de blanco, fue testigo del amor de esta pareja y del fruto de una pasión que compartían juntos: su especialidad en la preparación de exquisitos platos de la gastronomía colombiana, de la cual fueron producto cuatro restaurantes propios reconocidos en la zona.

“Una gratificante y placentera pasión”, así habla José Alcides del arte de saber cocinar. Su gusto por la cocina empieza en mayo de 1963 cuando llega a Cali en busca de un sostén económico para él y su nueva compañera. Ingresa a trabajar en el Hotel Alférez Real de Cali, uno de los más tradicionales y turísticos de la ciudad, como lavador de vasos. El encargado de la cocina era el chef alemán France Bauer, quien por su forma tan inusual de cocinar despertó en José Alcides un interés único por aprender. Cada noche, al cerrar el restaurante del hotel, Bauer dedicaba algunas horas para enseñarle a José Alcides y encargarle algunas actividades para el siguiente día. Fue ahí donde nació ese gusto, un gusto transformado en placer al cocinar junto a su compañera de vida.

Después de cincuenta y un años, la vieja costumbre culinaria no cambió en Jamundí, donde siguieron preparando platos especiales para algunos restaurantes y reuniones sociales que se presentaran, aunque fuera de vez en cuando. Lo que sí adoptaron como un acto piadoso fue la caminata diaria, que comenzaban como un relojito a las cinco de la madrugada.

La fría mañana dominical del 7 de octubre de 2012 estaba acompañada de una ligera neblina que opacaba la visibilidad de los senderos ecológicos en los alrededores de La 14 de Alfaguara, situación que no impidió que José saliera a caminar junto con su esposa Beatriz.

Se levantaron como de costumbre con ánimos de empezar un nuevo día saludable en compañía de su perro Coki. Antes de salir, Beatriz saboreó un tinto caliente y José tomó aguapanela. Bien abrigados y después de pensarlo un rato si salían o no dada la pesadez del clima, llegaron a un sitio donde venden jugo de naranja, a la entrada de Chipayá, y tras un descanso regresaron a casa por un sendero cerca de un lago rodeado de guaduas y garzas de diversos colores.

Como siempre, mientras cumplían el ritual matutino comentaban animadamente sobre la belleza del paisaje, la tranquilidad que transmitía el verde de los prados y los árboles. Repentinamente, interrumpieron la conversación por unos minutos cuando notaron que Coki estaba impaciente porque no aguantaba más las ganas de orinar. “Parecía como si el perro sufriera de la próstata”, comentó Beatriz y ambos prorrumpieron en carcajadas que aumentaban de tono y de prolongación burlona mientras el animal pujaba y encaramaba la pata derecha en un poste del alumbrado cercano a la entrada de La 14.

José perdió el conocimiento totalmente. No recuerda luces de automóvil alguno, ni el sonido de algún estruendo, ni los gritos de su esposa desesperada o de las personas que casualmente fueron testigos del suceso.

Esa presión en el pecho que no lo dejaba respirar y el dolor en la espalda que no le permitía ponerse en pie, lo invadieron al despertar en el andén y ver junto a él el cuerpo de su esposa que no daba respuesta alguna. José, entre tanto, hacía su mayor esfuerzo por arrastrarse y ver si estaba bien. Aturdido y desorientado, escuchó el sonido de unas sirenas y vio a un hombre que lo subía a una ambulancia sobre una camilla mientras le ponía un cuello ortopédico y le preguntaba varias veces que si sabía sobre algún familiar al cual avisarle del infortunado accidente.

—Lleven primero a mi esposa al hospital —gritaba José—. Yo estoy bien—.

Se dirigía al paramédico quien trababa de tranquilizarlo ocultando la verdad de lo que estaba sucediendo.

—No se preocupe, que todo está bien, todo va a salir bien —exclamó el paramédico, quien no entendía cómo una persona podía gritar con tanta fuerza a pesar de su avanzada edad y haber sufrido a simple vista lesiones irreversibles en todo el cuerpo.

Y ahí se encontraba José, tendido sobre la vieja camilla situada en un rincón de la sala de urgencias del hospital Piloto, donde solo la oscuridad, la soledad y el desespero lo acompañaban. Debió soportar la larga espera en medio de fuertes dolores: uno corporal, por la fuerte presión en el pecho y otro emocional, porque no le habían dejado ver a su esposa desde el momento en que despertó tirado en el andén y notó que los ojos de Beatriz Eugenia comenzaban a apagarse lentamente.

Lo devoraba la angustia de solo pensar que la había perdido para siempre. Hundido en esa pesadilla fue subido de nuevo a otra ambulancia, pero esta vez con destino a una clínica especializada de Cali para hacerle algunos exámenes y tomarle radiografías, pues los equipos tecnológicos que se necesitaban no los tenía el Hospital de Jamundí.

Ante el sonido permanente de la ambulancia que recorría las calles a gran velocidad, José hizo el máximo esfuerzo para gritarle desesperado a la enfermera que lo acompañaba:

—¡La señora mía, ¿a dónde se la llevaron?!

—No se preocupe —contestó ella.

Otro interrogante pareció una orden militar:

—Con decirme “no se preocupe” no me van a mentir más. ¿Cómo está ella?

Ante la insitencia, la enfermera le pidió al conductor una llamada de emergencia a la central de radio de urgencias para indagar sobre el estado de salud de Beatriz Eugenia. El médico Orlando Abonía, director del hospital Piloto, amigo de la pareja y médico personal de Beatriz, fue el encargado de tomar el radioteléfono, cuya voz José identificó de inmediato y el mensaje fue impactante: “Betty se nos fue. No pudimos hacer nada por ella”, escuchó José Alcides. Atónito, rompió en llanto con el dolor a punto de reventarle el pecho. Solo gritaba y repetía: “¡Sin mi negra nada tiene sentido!”.

Después de rigurosos exámenes José es dado de alta. Sus hijos lo acompañaban en esa difícil situación y se preocupaban por brindarle todos los cuidados para

su pronta recuperación, pero José no aceptaba la realidad, lo que le interesaba más que nunca era saber qué había sucedido.

“Yo no podía creerlo. No aceptaba, ni recordaba qué había pasado en ese tiempo, hasta que un periódico de Jamundí despejó mis dudas”.

En la edición del 9 de octubre de 2012 se publicó el titular: *Caminata terminó en tragedia. La atropelló y se voló*. En varios de sus apartes decía:

Una mujer de setenta y ocho años de edad fue atropellada por el conductor de un vehículo, quien huyó del sitio dejando abandonado el carro en el que se movilizaba.

Como todas las mañanas, Beatriz Ramírez Márquez, quien gozaba de buena energía y vitalidad, salió a caminar por el sector de Alfaguara hacia el río Puente de los Indios. Sin embargo, el pasado domingo lo hizo por última vez: fue atropellada por el conductor de una Toyota que la arrojó a ella y a otra persona que la acompañaba, causándole la muerte de manera instantánea y dejando herida a la otra. Según testigos, el hombre conducía el vehículo en estado de embriaguez, por lo que se desapareció del lugar de los hechos. Se desconoce el nombre del conductor.

“El Creador es el que se encarga de todo”, repite José al hablar del culpable del accidente que acabó con su fuente de inspiración, pues sumido en la tristeza y la depresión no volvió a preparar comidas especiales para reuniones sociales, como lo había hecho en los últimos años en Jamundí. Mínimamente cocinaba para sus necesidades. Apagó los fogones para siempre y hasta se sentía incapaz de cocinar para él mismo, “Ya se fue la negra; ya no quiero nada; para qué”, repetía sin cesar.

Saber la realidad de los hechos se convirtió para José en un desafío y en una obsesión. Estaba totalmente decidido a averiguar quién le había quitado lo que más quería. Los testimonios iniciales desaparecieron al poco tiempo y nacieron varias versiones del accidente, incluso sobre el estado en el que se encontraba el conductor. Los primeros testimonios coincidían en que el este estaba embriagado y quienes lo acompañaban estaban en igual estado. Pocos minutos después de ocurrido el accidente, aparece un hombre en una moto, cuya identidad era desconocida. Recoge al conductor y se lo lleva de la escena de los hechos mientras quienes lo acompañaban se quedan en el lugar y aseguraban que no conocían al hombre que venía manejando, pero el estado en el que se encontraban hacía que sus afirmaciones no fueran confiables. Las especulaciones sobre la identidad del personaje son varias, entre ellas que se trataba de un político novato que a pesar de su juventud tenía notables influencias entre los organismos judiciales.

Al iniciarse las investigaciones, los testigos no accedieron a declarar frente a la fiscalía, desapareciendo así las esperanzas de José para que se hiciera justicia por la muerte de su esposa. Sin embargo, por cuenta propia toma la decisión de indagar, lo que lo lleva a la Secretaría de Tránsito del Departamento del Cauca para conocer el nombre de quien figuraba como el propietario del vehículo y al ubicarlo descubre que se trata de una mujer que reside en ese departamento

José llega a un almacén y pregunta por ella y al hacerle saber quién es y el motivo de su visita sus respuestas fueron cortantes y desoladoras.

—Señor, no se meta más en eso, no le conviene.

—¿Usted cree que me quedaré de brazos cruzados sin hacer justicia por mi señora? —responde José.

—El dueño de la camioneta es mi esposo y él no vive conmigo ya. Además, lo que tengo entendido es que él la vendió en Cali.

Los hallazgos de la fiscalía es que la camioneta estaba registrada en un taller de mecánica y había sido robada días antes del accidente ocurrido. El fiscal especializado a cargo de la investigación, debido a falta de pruebas legales y testimonios de los hechos se vio obligado a cerrar el caso, quedando una vez más impune la muerte de un ciudadano.

José Alcides vive solo, sumido en la tristeza de los recuerdos que lo embargan día a día, sin poder hacer nada más que recordar a su esposa y los momentos más especiales vividos con ella. Su perro Coki ya no vive en casa. José es visitado por sus hijos de vez en cuando. Tan sólo lo acompaña, en una mano, la argolla de matrimonio y en la otra conserva la de su difunta esposa.

12

Turno con fantasmas

César Leonardo Ceballos Cerón



Un grupo de personas mira cómo el ataúd va descendiendo lentamente. En medio de los gritos sollozantes y de los múltiples lamentos, se escucha la sirena de una ambulancia que se acerca y se estaciona a unos metros del lugar. De ella bajan un par de socorristas, uno por la puerta delantera derecha y el otro por la puerta trasera. Entre los dos deslizan una camilla desde dentro de la ambulancia y la conducen hacia donde se encuentra el cuerpo desmayado de una joven mujer, la acomodan en la camilla, la suben a la ambulancia, cierran puertas y echan a andar. Todo en menos de tres minutos.

Más allá del tumulto, de la controversia y del escándalo, se encuentra sentado Héctor Mogollón Mora en una banca de ladrillo astillado al lado de un árbol, observando el dolor y sintiendo al igual que esas personas, el sufrimiento que les causa la partida de ese alguien.

Héctor es un hombre de 49 años de edad, que alguna vez fue empleado de una empresa de seguridad y terminó de vigilante en el Cementerio Metropolitano del Sur. “Ser el vigilante de un cementerio, pues no es que sea tan chévere”, dice. “Trabajo aquí desde hace ocho largos mesecitos. No me disgusta ser vigilante, pero tampoco es que me agrade mucho. El trabajo en sí es fácil, es como un paseo; me pagan por caminar y caminar. Lo difícil es cuando llega el muerto,

doce al día, como mínimo. Aquí he visto y oído cosas y cuando salgo de trabajar sus imágenes me siguen atormentando. El problema es que cuando llega la hora de dormir prefiero no hacerlo”.

Héctor vive en el barrio Meléndez, al sur de Cali, en una pequeña casa arrendada con su esposa y cuatro hijos. Como todo empleado, aborda el MIO a las cuatro y treinta minutos de la mañana cuando tiene turno desde las seis hasta las dos de la tarde.

“¿Que si ser vigilante de este lugar me cambió la vida?”. Esbozó una tímida sonrisa y continuó. “Nunca me ha gustado madrugar, pero creo que ya me he acostumbrado. Siempre que voy en el MIO, me pregunto '¿qué me tendrá preparado el destino para hoy?' O más bien, '¿con qué nueva enseñanza me sorprenderá hoy la vida?' Y es entonces cuando soy consciente de que trabajo en un cementerio”.

“Rosita, ah... Rosita. Ella es como mi mejor amiga, pero muda”, dice, señalando una lápida bien pintada, adornada con unas bellas rosas y la figura de una Virgen en miniatura dentro de una casita de cristal. “Aunque parezca tonto hablarle a un pedazo de mármol ahí en el piso, yo lo hago y me siento bien, porque sé que me está escuchando y viendo. ¿Que qué le digo? Muchas cosas. Le cuento lo que ocurre aquí, con los vivos, una que otra noticia diaria y cómo está mi familia. También le hablo mucho de su hijo, de cómo la extraña y pues ni le digo que se sienta a su lado a llorar, porque ella eso lo ve. Además, llora él, llora ella y lloro yo”.

Héctor es un hombre católico y tiene muy presente que la vida después de la muerte sí existe.

“Yo sé que no soy el único que cree en la vida después de la muerte. Cantidad de personas también lo creen. Yo veo casi todos los días cómo los familiares y amigos de los difuntos vienen y comparten triunfos, tristezas y alegrías con ellos; cómo les traen tortas en sus cumpleaños y les arreglan el sitio lo más de bonito, con bombas y esas basuritas de colores. Y no digamos cuando muere un hincha del América. Viene una gallada de muchachitos a fumar marihuana, le prenden un cacho al muerto y se lo dejan ahí. Muchas veces me ha tocado regañarlos y decirles que eso no se puede hacer, pero ellos responden que es que el parcerero tiene que fumar también. Accedo, pero al momentico de ellos irse voto esa mierda”.

Héctor presencia alrededor de doce a dieciocho entierros diarios. Debe estar pendiente de todo lo que pasa en el sepelio, desde que el carro fúnebre entra hasta que se va la última persona. Día a día tiene que ver con la muerte.

“Me ha surgido un nuevo miedo desde que trabajo aquí y es el miedo a morir. Creo, o más bien, estoy seguro, de que no he aprendido totalmente a vivir con esto. Desde hace ocho meses mi vida no es la misma. Me sorprende la cantidad de personas que mueren diariamente y me pongo a pensar de qué forma voy a morir, que si me va a doler mucho y todo eso. No quiero morir y dejar a mis hijos pequeños, pero sé que la muerte hace parte de nuestra vida. Muchas veces he tenido la oportunidad de ver de cerca un entierro, pero no me atrevo a hacerlo. En ocasiones, llego a mi casa muy cansado, saludo a mi esposa y, si mucho, estoy diez minutos con mis hijos. Luego me acuesto a dormir y tengo pesadillas. Una muy frecuentemente es estar encerrado en un ataúd. Me levanto a media noche sudando frío y mi esposa, que se despierta con el más mínimo ruido, se levanta asustada también. Me calmo un poco, voy al baño y me baño la cara con agua. Luego, regreso a mi cama y me siento a rezar. Es ahí cuando me doy cuenta de que no recé antes de acostarme y por eso me dan pesadillas”.

De todos los entierros solo uno le recuerda al de su madre y sintió que lo estaba viviendo por segunda vez. Creía que no iba a volver a tener otro momento como ese y ha pasado toda su vida tratando de no recordarlo, pero hace dos meses lo volvió a vivir. Su madre fue una gran mujer, hasta donde recuerda. Siempre fue muy cariñosa y le daba lo que buenamente podía. Era empleada del servicio y con lo poco que ganaba pagaba el colegio de sus hijos y aunque su padre ayudaba para la casa nunca lo veía, porque trabajaba en la construcción y llegaba tarde, cuando Héctor ya estaba dormido, y se iba antes de que despertara.

“Mi madre murió de un infarto cuando yo tenía nueve años. Me acuerdo que días antes había tenido una pelea con la patrona y por eso la echaron. Pasaron como cuatro días y murió. Nunca en mi vida me habían llevado a un entierro, pero como dicen los muchachos ‘siempre hay una primera vez para todo’. Hubiera preferido no haber ido a su entierro. Fue algo muy duro, tenía apenas nueve años... ¡nueve años!”, repite con voz temblorosa indicando el número con los dedos de sus manos.

“Aún recuerdo los gritos de mi hermana mayor; eran aturdidores. Cada vez que gritaba los pelos de mis brazos se erizaban uno por uno y una especie de corriente que empezaba en la nuca y terminaba no sé dónde, me paralizaba el cuerpo. La última imagen de mi madre fue cuando la metieron en ese horno grandísimo que daba mucho calor al acercarse. Mi papá me agarraba fuertemente entre sus brazos mientras me cargaba y finalmente pude ver cómo las llamas eran más grandes y más grandes hasta que cerraron la puerta. Entonces vi que todo había terminado. Mi madre estaba muerta y no podía regresarla, pero no me hacía a

la idea de que no la iba a volver a ver. Tengo cincuenta años recién cumplidos y hasta el día de hoy no he podido quitarme ese recuerdo de la cabeza. Peor todavía trabajando aquí. A veces quisiera devolver el tiempo para pasar otro día más con ella y decirle que la amo o... yo qué sé, pero tenerla, sentir que está conmigo”.

Héctor recuerda el día en que cremaron a doña Nubia. Su hijo tenía nueve años y ver cómo ese niño se revolcaba y le daba patadas a su abuela para que lo soltara, fue una imagen que quedó marcada para siempre en su cabeza. Sintió que el cuerpo que estaba siendo cremado era el de su madre y soltó una lágrima. Llamó a un compañero para que lo reemplazara y se fue a los vestidores a llorar sin consuelo.

“Personalmente pienso que Dios no nos quita nada. La muerte es algo natural. Estamos vivos, pero no sabemos hasta qué día ni en qué momento vamos a dejar de vivir. Tenemos que morir de algo, ¿no? Yo no quisiera morir aún. Quisiera ver a mis hijos grandes, fuertes y profesionales, que no se dejen joder de nadie. Entonces, en ese momento podría morir 'en paz', como dicen, sabiendo que no los voy a dejar solos, que ellos mismos pueden defenderse y ser alguien en la vida. Bueno, ¿sabe? Hay personas que dicen oír ruidos extraños y ver fantasmas, pero yo hago de cuenta que no los veo ni los oigo”.

Héctor comenta que la mayoría de las personas ha tenido encuentros con fantasmas y espantos. Él cree que después de la muerte hay vida, por eso cree que sí existen los fantasmas. Recién llegado a este lugar lo tenían como vigilante de un único turno de seis de la mañana a dos de la tarde. Estaba conforme con ese turno, pues le daba tiempo para pasar con su esposa e hijos y después dos turnos el mismo día, es decir, seguir de largo.

“Un día me tocó hacer un turno de diez de la noche a seis de la mañana. Esa noche era el vigilante rondero, pues siempre somos dos: uno que hace el turno en portería mientras el otro ronda todo el cementerio. Iban a ser las once y pedazo, cuando salí de mi puesto de control para dar la primera ronda del turno. Iba caminando distraídamente hasta los osarios mirando a todos lados cuando vi a un niño sentado de espaldas justo afuera de la sala de cremación. Ahí mismo supe que era un fantasma, porque a esa hora nadie más, aparte de mi compañero y yo, se había quedado en el cementerio. Me quede quieto y lo único que hice fue orar. Supongo que sintió mi presencia porque se levantó, me miro y salió corriendo hacia la pared dos de los osarios. La atravesó y desapareció. Nunca más lo volví a ver. Muchas personas se sorprenden cuando les digo

que solo pocas veces he visto fantasmas aquí. Son en total como dos o tres y cuando me preguntan siempre les contesto lo mismo, que aquí los muertos son muy tranquilos y cuando les da por molestar, ¡ja, ja, ja!, hago de cuenta que no los oigo ni los veo”.

Un hombre que les reza a las ánimas es porque no les teme; por lo menos, así se ha mostrado. Cuando va a misa los domingos, paga para que las personas oren por ellas y puedan descansar eternamente. Sin embargo, Héctor no siempre creyó en las ánimas. Antes de trabajar en el cementerio no hablaba del tema, pues no era muy creyente, pero cuando empezó su trabajo su vida espiritual tomó un nuevo sentido y empezó a ir a misa todos los domingos y a rezarles a las ánimas.

“Hace aproximadamente dos meses se suicidó un hombre que vivía como a cuatro casas después de la mía. Ya era abuelo, pero seguía siendo muy bebedor y se la pasaba en un ‘chuzo’ de por ahí tomando y jugando con los amigos. Fueron muchas las veces que la esposa tenía que ir a sacarlo de allá. Cierta día, a la madrugada, escuché una pelea fuera de la casa. Me levanté de la cama y me asomé a la ventana. Mi esposa se despertó también pero fue directo al cuarto de los niños. Luego corría a la sala, pues desde allí se podía ver todo. De un momento a otro el tipo sacó una pistola del jean pero se le cayó. Yo me asusté y le grité a mi esposa que llamara a la policía. Cuando volví a mirar ya la había levantado. La cogió con una mano, se metió el cañón en la boca y se disparó. Eran alrededor de las tres de la mañana. Nunca, en mis 49 años, había visto que una persona se suicidara; es lo peor que he sentido. Y no por el hecho de que se matara —aunque también—, sino por lo cruel que fue ver cómo por detrás de su cabeza salían volando los sesos como confeti y ver su cuerpo caer de espaldas. A eso hay que añadirle el sonido del disparo, que fue muy aturdidor. Fue horrible ver morir a ese hombre”.

Dentro de pocas horas Héctor debía volver a su trabajo. Entraba a las seis de la mañana, pero no pudo volver a dormir después de lo sucedido. Todo el día no hizo sino pensar en la muerte de su vecino y en su familia. Saber que su esposa quedaba sola y debía lidiar con sus hijos y responder por ellos. No sabía si el señor era pensionado o trabajaba o si le llegaría dinero a la mujer. También pensó en los motivos por los que pudo haberse matado. En fin, eran muchas cosas, pero haberlo visto con sus propios ojos fue lo más duro.

“Ese mismo día llegué tarde a mi casa muy cansado, porque había tenido que ir a hacer unos pagos y unas diligencias personales. Comí, estuve un rato con mis hijos y me acosté. Al día siguiente, alrededor de las ocho de la mañana llegó

el primer entierro. Este se dirigiría al lote H 15 y era nada más ni nada menos que el entierro de mi vecino”.

Héctor no ha visto morir a mucha gente, pero sí cómo la entierran. Por esos días las cosas estaban saliendo bien y se vivía la misma rutina, lo que no sospechaba era que estaba a punto de pasar por uno de sus peores momentos.

“Yo nunca tuve una buena relación con mi hermana. De hecho, solo tuve una hermana, pues todos los demás en la casa éramos hombres. Luego de la pérdida de mi madre solo quedaba una mujer y mi padre siempre nos recordaba que teníamos que protegerla y cuidarla. Casi nunca charlaba con ella y así pasó mucho tiempo hasta que se fue de la casa. Después mi relación con ella cambió. La llamaba, ella me visitaba, luego me casé y tuve mis hijos y eso de ser tía la puso muy feliz. Ella no pudo tener hijos, por eso amaba a los míos como si fueran de ella y así se la pasó hasta que nuestra relación mejoró. Lastimosamente duró poco, pues días después me llamaron para avisarme que había muerto. Ese día fue uno de los peores”. Dicho esto, Héctor bajó la mirada y se echó a llorar. Pasados unos minutos, se calmó y continuó.

“Ese mismo día llegué a la clínica desesperado a ver si en verdad ya no había nada que hacer y me encontré con mi cuñado. Me dijo que mi hermana había muerto de un infarto, pues tenía problemas de corazón. No podía comprender cómo le puede cambiar la vida a uno de un momento a otro. El día anterior habíamos hablado y al siguiente había muerto. Sin embargo, en el entierro me sentí un poco mejor. ¡Quién iba a pensar que ser vigilante de un cementerio iba a ayudar en algo!”.

La semana siguiente al entierro Héctor pidió que le dieran vigilancia en toda el área y aprovechaba para ir a su tumba y hablarle de cómo deseaba que su relación de hermanos fuera la mejor. A pesar de que ya no estuviera viva, seguía presente para él y la iba a extrañar mucho.

“Ya casi no lloro cuando la recuerdo. Eso no quiere decir que ya no la quiera; no, nada de eso. Estoy seguro de que ella esté donde esté, está bien y me está cuidando. Todos los días antes de dormir le rezo y pido mucho por ella. Pienso lo mucho que cambió mi forma de ser, pues antes todo me daba rabia y me quejaba de todo. No soy rico, pero soñaba con serlo; tener una casa grande con muchas cosas. Este pensamiento también lo he cambiado. Ahora estoy más que conforme con lo que tengo y debo reconocer que de una u otra manera este empleo cambió mi vida. No me ha dado muchas cosas materiales, pero sí valor, nuevos sentimientos y una vida nueva –llamémosle así– que es más importante

que toda la plata del mundo. Mañana tengo turno de noche y creo que será de los últimos, pues estoy por pensar que me van a dar el traslado. No soy mal agradecido con mi trabajo, pero creo que ya es tiempo de que me vaya de aquí”.

El reloj marca las diez y quince minutos de la noche. El silencio se apodera del lugar; solo se escucha el cantar de los grillos y el ruido que hacen algunas hojas secas que crujen cuando se pisan. “Esto siempre es así de noche. No se escuchan los carros, no hay gritos, no hay llanto, no hay lamentos, no hay nada. La vida de noche en un cementerio es totalmente diferente a como todo el mundo cree. No porque sea de noche tiene que haber fantasmas o tengo que escuchar cosas o voces. En este lugar, a lo único que temo es a mí mismo. Aquí puedo pensar en mí y únicamente en mí. Este lugar me ha ayudado a tomar decisiones, a reflexionar, a asumir la responsabilidad de empezar una nueva vida, de tomar la iniciativa de ser alguien mejor. He podido hablar solo como si estuviera hablando conmigo mismo y me ha servido mucho. Pienso en las personas de mi familia que han muerto; en mi mamá, en mi hermana, en uno que otro tío y hasta en mis abuelos, aunque mi papá nunca me habló de ellos. Sé que algún día voy a morir, como todos, pero no cuándo, ni cómo o si me va a doler. Únicamente le pido a Dios que me lleve dentro de mucho, cuando mis hijos estén grandes y sean profesionales, que tengan voz y voto y sean responsables. Cuando tengo la oportunidad de pasar un día con ellos, les recuerdo que tienen que estudiar mucho, que todo lo hagan con el corazón y bien hecho. Ese es mi único deseo; morir viéndolos convertidos en alguien”.

Es irónico pensar que un cementerio, un lugar donde entierran personas y se frecuenta la tristeza, la ira y el dolor, pueda servir como espacio de reflexión y tranquilidad; es la doble cara de una moneda. Para Héctor, ser vigilante de un cementerio no solo fue un título; significó mucho más. Su vida dio un giro inesperado y renacieron en él formas de ser y sentimientos que creía ya perdidos. Estuvo más de medio año cuidando el cementerio, siendo el guardián de las tumbas y el confidente de los muertos. En pocos días será trasladado a otro lugar. No dijo dónde o por qué, simplemente se lo reserva. En lo único que hizo énfasis fue en que su misión la había cumplido a la perfección.

“Dios nos crea con un propósito y estoy más que seguro de que encontré el mío. No nací para presidente ni nada por el estilo; nací para ser persona. De este lugar me llevo mucho. De cada tumba una historia y de cada persona una amistad. Le abrí el corazón a este lugar; le di mis miedos, mis tristezas, mis dolores, mis alegrías; le di un pedazo de mi vida y creo que recibí igual. Todos tenemos miedos, pérdidas y equivocaciones. Perdí a mi mamá muy niño y a mi hermana y nunca

pude decirle cuánto la amaba. Perdí muchas oportunidades, dañé mi vida con el trago, herí a muchas personas que amaba y todo eso me sirvió para trabajar en este lugar, porque cuando nadie más creyó en mí, las tumbas lo hicieron. Ellas siempre me escuchan y solo con verlas me basta para luchar por un cambio y por lo que en realidad quería. De este lugar me llevo una que otra lágrima, el olor a pasto en la mañana y el inicio de una nueva vida”.

Héctor no dijo nada más. Lanzó bendiciones, se puso de pie y empezó a caminar renqueando a causa de una bala que le atravesó la pierna. Pero esa es otra historia. A medida que se alejaba su silueta desaparecía. Ni la luz de la linterna se veía. Ese era él, Héctor Mogollón Mora, un hombre de 49 años de edad que siendo empleado de una empresa de seguridad, terminó de vigilante en un cementerio y tenía claro que el único fantasma real es el miedo a mejorar. Y no es un fantasma que asusta de noche, también lo hace de día. Es como un fantasma al alba.

13

*De un empujón me bajaron
del carro*

Nathalia Osorio Sánchez



Fue un día como cualquier otro, con la diferencia de que esta vez salió un poco más tarde de la empresa porque tenía cierre de mes. Apagó el computador, guardó unos papeles importantes en un cajón del escritorio y se marchó. Tenía que caminar dos cuadras hasta el parqueadero, pero ese día no logró terminar el trayecto. El chirrido de las llantas de un vehículo al frenar a su lado lo hizo detenerse. Un hombre se bajó del carro y rápidamente lo subió al vehículo. No opuso resistencia cuando observó otros dos hombres en el interior.

“Apenas me treparon al vehículo me taparon los ojos con una venda, que por cierto tenía un olor desagradable. ¿A qué? No lo sé, pero su olor me fastidiaba. Escuchaba a uno de los hombres que parecía darle instrucciones a quien conducía. Uno de ellos me llamó por mi nombre y me dijo ‘tranquilo, don Luis. Esto es solo un paseíto’. Luego, me cubrió la nariz con un trapo empapado en algo que parecía ser un somnífero, pues segundos después no supe de mí. Ahora creo que aquel hombre tenía razón. Mi secuestro fue solo un ‘paseíto’, en comparación de las consecuencias que trajo mi liberación”.

Luis Eduardo Rengifo es un hombre de cuarenta y cinco años. Nació en Palmira, pero desde muy pequeño vive en Cali porque su padre fue trasladado a esta ciudad por motivos laborales. Fue educado en los mejores colegios y su familia

siempre ha sido de alta posición económica. Desde muy joven supo que lo suyo era el mundo del agro, ya que sentía gran atracción por los animales del campo y soñaba con estudiar y trabajar en ese entorno.

Cuando habla de lo sucedido se percibe en él un sentimiento de aflicción. Fue un episodio muy duro en su vida y sin duda alguna no quiere que se repita, pero también sabe que corrió con suerte. Durante los dos meses de su secuestro fue tratado a cuerpo de rey, con sus tres comidas diarias y una habitación con televisor y baño incluido. “Esto es fácil de explicar”, dice. “Era obvio que solo querían una jugosa recompensa a cambio de mi libertad y debían tenerme en buenas condiciones. Por lo general, en este tipo de casos la familia termina pagando lo que piden”. Y así fue. Su familia pagó ciento veinte millones de pesos por su libertad, dinero que su esposa logró reunir con la venta de un carro y un apartamento.

En ese momento de su vida era un reconocido empresario que con esfuerzo y dedicación había salido adelante. Quiso tener su propia empresa y no niega que esa situación económica familiar le facilitó tener todo lo que alguna vez deseó.

“Cuando mi esposa pagó el rescate e iba a ser liberado, el hombre que me cuidaba me vendó los ojos y dijo en tono burlesco que había sido un placer conocerme, pero que ya había llegado mi hora. En ese momento no supe qué pensar. Lo primero que imaginé fue que me iban a matar porque mi familia no había conseguido el dinero que pedían, pero el hombre me cogió del brazo, me subió a un carro y arrancó. No recuerdo cuánto tiempo pasó, pero el hecho fue que de un momento a otro se detuvo, me quitaron la venda y de un empujón me bajaron del carro. Me habían dejado en la Plaza de Caicedo”.

Abordó un taxi, dio la dirección de su casa al conductor y se recostó en el asiento. El recorrido le pareció interminable y cada lugar lo veía como si fuera la primera vez. Solo quería ver a su familia, abrazar a su esposa y olvidar lo sucedido.

Pasado un tiempo suponía que todo había vuelto a la normalidad, pero no fue así. Cada vez que se dirigía a su empresa tenía la sensación de que lo perseguían. Cualquier auto semejante al de su secuestro que pasara a su lado lo relacionaba con el pasado y de repente comenzaba a temblar. En el trabajo no confiaba en nadie, pues estaba seguro de que alguien adentro había participado en el secuestro y ello lo llevó a ver a sus empleados de otra manera. La situación se le estaba saliendo de las manos a Luis Eduardo.

“No soportaba la idea de vivir así el resto de mi vida. Tenía que enfrentar este problema, pues no era la única persona que había pasado por esto. Confiaba

que con el tiempo lo superaría, pero lamentablemente mi esposa no pensaba igual. Las cosas en mi casa empeoraban. Ya no quería salir los fines de semana y prefería ver una película o partidos de fútbol, algo que tiempo atrás no me gustaba, pero que ahora disfrutaba como cualquier fanático”.

Su esposa no soportó estos cambios de personalidad ni la ansiedad que se apoderaba de él todos los días y se divorció. Ahora las cosas eran más difíciles. Tenía que enfrentar sus traumas solo y aunque entendía la decisión de su esposa, tenía la sensación de que con voluntad y paciencia el matrimonio se hubiera podido salvar.

“Yo entiendo a Luis”, cuenta su hermana. “Nadie sabe lo terrible que debe ser estar encerrado sin saber nada de la familia y pensando a todo momento que te van a matar. Para nadie es un secreto que su vida cambió radicalmente y que su divorcio fue la gota que derramó el vaso. Le aconsejamos que dejara la empresa a cargo de mi padre y saliera del país a respirar otros ambientes y así lo hizo, afortunadamente”.

Durante dos años vivió en Barcelona, tiempo durante el cual se dedicó a conocer a fondo la ciudad en compañía de su mejor amigo. También aprovechó para asistir a talleres de control de ansiedad, lo que lo ayudó a enfrentar su pasado.

“Aunque mi empresa seguía funcionando en Colombia, quise vivir nuevas experiencias. Trabajé con mi amigo en un restaurante gourmet y la sensación de pasar de gerente de una empresa a mesero me impactó, pero me hizo ver las cosas desde otro punto de vista. Quería matar el tiempo y esta fue la mejor manera, pues sin quererlo hizo de mí alguien más consciente y me hizo crecer como persona”.

A pesar su nueva vida en Barcelona sabía que su empresa y su familia lo necesitaban y decide viajar de nuevo a Colombia. Aunque sentía cierta aprensión al volver a enfrentar la vida que dejó, quiso arriesgarse, ya que tenía las herramientas suficientes para desafiar lo que viniera. Las heridas habían sanado y vivía el presente sin temores ni traumas. Su propósito era rehacer su vida al lado de las personas que nunca lo habían abandonado y demostrarle al mundo que estuviera donde estuviera, podía convertir una situación difícil en una oportunidad para surgir. Sin embargo, no contaba con que las cosas habían cambiado y grandes sorpresas aguardaban.

Apenas llegó a Colombia se enteró de que nada estaba bien en su familia ni en su empresa. Su padre había muerto hacía tres meses y nadie fue capaz de

contarle lo sucedido, pues no querían afectarlo con la trágica noticia. Decepcionado e indignado, no lograba entender cómo le habían ocultado tan grave acontecimiento.

“No podía creer que mi padre estuviera muerto. Él había sido mi mayor apoyo, mi confidente y la persona en la que más confiaba. En parte me sentía culpable de haberme alejado de mi familia, al punto de no saber cómo estaba cada uno, si necesitaban algo o, simplemente, me necesitaban a mí”.

Las cosas en la empresa no estaban funcionando. Luego de la muerte del padre, su hermano menor asumió la dirección de la compañía y aunque todos consideraban que estaba llevando los asuntos laborales correctamente, esto no era así. La sociedad estaba al borde la quiebra, muchos empleados habían renunciado porque les debían meses de sueldo y los bancos estaban por embargar una de las más prestigiosas firmas del país.

“Al mal paso darle prisa’, fue el refrán que me enseñó mi padre y se convirtió en un lema para mi vida. Compré el más hermoso ramo de flores, fui a su tumba y se lo puse al pie. Allí le agradecí todo lo que había hecho por mí y le prometí que se iba a sentir muy orgulloso de su hijo. Luego, volví a mi empresa, esa que nunca debí que dejar porque siempre supe que ella necesitaba de mí y yo de ella. De inmediato me reuní con todo el personal, llegué a un acuerdo con los bancos, invertí gran parte de mis ahorros para pagar las deudas y aunque no fue nada fácil, poco a poco logré hacerla resurgir”.

Su vida tomaba un rumbo diferente. Todo lo sucedido en años pasados ahora tenía sentido o por lo menos una explicación lógica. La muerte de su padre lo motivó a luchar por lo que siempre quiso, a enfrentar sus miedos y superarlos con el tiempo. Enfocarse en su empresa y sacarla adelante lo llenó de valor y lo hizo sentir como un hombre distinto y aunque las secuelas del secuestro no habían desaparecido del todo, podía enfrentarlas con mayor decisión y ese era un paso radical.

Salvar su empresa de la quiebra fue un proceso largo que requirió empeño, dedicación y compromiso. Luis Eduardo buscaba ideas que luego plasmaba como soluciones y esto motivaba a los trabajadores. En poco tiempo, recuperó el prestigio y la credibilidad que siempre la habían caracterizado del mercado. “Ahora podía decir que todo estaba bajo control, los problemas laborales habían reducido notoriamente y diariamente crecíamos como empresa”.

Con la estabilidad llegó un gran proyecto, de esos que cambian vidas y dejan huellas en las personas. Durante varios meses estuvo trabajando en él, hasta

que finalmente fue una realidad. La fundación acogería a todos aquellos que hubiesen vivido situaciones de secuestro, sufran las secuelas de traumas de todo tipo o hubiesen sido desplazados.

“La fundación Renacer fue el proyecto más lindo y gratificante. Ayudar a quienes habían pasado por situaciones difíciles y ver sus ganas de salir adelante y cambiar sus vidas era más grande que todo. Me llenaba de fuerzas para seguir ayudándolos y apoyándolos en esta hermosa labor; fuera de que logré superar mis propios traumas, porque cuando trabajas al servicio de los demás ello se ve reflejado en tu vida de alguna manera”, dice Luis Eduardo con satisfacción.

Los temores a salir solo, la inseguridad que le provocaba la ciudad, sentir que lo perseguían y los momentos de soledad y angustia, pasaron a un segundo plano. Con el apoyo de su familia, de su equipo de trabajo y de su fundación, esos traumas no eran más que un oscuro pasado, muerto y enterrado y aunque era consciente de que había secuelas que se debían superar, afrontarlas era la mejor manera de sobrellevarlas.

“Cambiar de estilo de vida no es sencillo. No todos tienen la capacidad de hacer de los problemas una oportunidad y ofrecer lo mejor de sí mismos. A veces me pregunto qué hubiera pasado si me hubiera dejado llevar por los miedos. Nunca supuse que ponerse al servicio de los demás y tener una buena actitud para dar la cara a las situaciones era la mejor solución. Y es que en ocasiones tocar fondo en tu vida familiar, económica y personal —como fue mi caso— es lo que se necesita para saber de qué estamos hechos y para qué vinimos a este mundo”.

Pensar en todo lo sucedido hace que su rostro exprese una mirada profunda, de esas que se pierden en los recuerdos, pero al final dibujan una sonrisa por haber transformado no solo su vida, sino también las de los demás, la de aquellos que necesitaban oír que no estaban solos, que todo pasa por alguna razón y mientras haya voluntad lo demás vendrá por añadidura. Mientras enciende un cigarrillo, recuerda una frase del escritor Albert Camus y agrega que la lleva consigo como un amuleto “La libertad no es nada más que una oportunidad para ser mejor”.

14

*Ella, la señora del comedor
de los niños*

Mauricio Mosquera Capote



Allí estaba ella, en su escritorio, desde muy temprano, retomando su labor diaria como primera dama del municipio. Siempre con su taza de café, atendía mucha gente con su sonrisa y amable y revisaba documentos propios del despacho de una primera dama, referentes a la juventud y a la educación. Cuando el reloj marca las once y cuarentaicinco de la mañana, se levanta de su escritorio, sale de la alcaldía y se dirige a su rutina diaria de almuerzo en un comedor comunitario que ella misma fundó. Se le nota alegre, porque su pasión es atender a estos niños. Aquella dama elegante llega al comedor, se pone su malla para el pelo y también el delantal, entra y saluda a los niños con su frase habitual:

—Hola, mis mucharejos, ¿cómo están?

—Bien —responden las voces en coro.

Ora antes de servir el almuerzo. Luego de la oración, se dirige a la cocina donde saluda de beso a las seis madres de algunos niños, pregunta qué hizo falta en cuanto a alimentos, revisa las neveras y las alacenas y anota. En seguida, toma una bandeja, coloca en ella los almuerzos, se dirige al comedor y sirve a cada niño su comida. De tanto en tanto se detiene y les pregunta a unos cuantos:

—¿Cómo te fue en la escuela? ¿Cómo van tus notas?

A otros los advierte sobre su comportamiento en casa:

—Robert, tu madre me dijo que estabas de grosero con ella. Acuérdate de lo que hablamos. Si sigues así, al final de la semana no tendrás recompensa.

A los niños se les nota el respeto por ella, a quien ven como una especie de tía. Algunos viven en casas de interés social, otros en ranchitos a las afueras del municipio y caminan bastante para llegar a la escuela y luego al comedor y recibir al almuerzo.

“Muchos de ellos provienen de familias desplazadas y solo tienen este almuerquito en el día. Por eso le doy gracias a mi Dios, por haberme permitido este comedor y compartir con ellos algo de lo que una vez a mí me faltó y que ahora lo necesitan”, dice.

Espera que los niños terminen de almorzar, luego de lo cual, con las otras madres, recoge los platos, los lleva a la cocina, se pone sus guantes de látex y comienza a lavarlos. Cuando termina, se sienta con las madres en la cocina y almuerza con ellas, mientras les pregunta sobre el estado de sus familias o si hubo alguna dificultad. Luego, se levanta, se despide y regresa a su hogar. Así, aquella dama elegante concluye un día más en el comedor comunitario, donde deja de ser primera dama para convertirse en madre.

Las seis madres comunitarias que laboran en el comedor fueron escogidas por ella como fuente de ayuda laboral e ingreso para esas familias. Una de ellas, Elsimirey, es la madre cabecera y la segunda al mando. Se encarga de recibir los alimentos donados por las personas y contabilizar y organizar en unos formatos los ingresos, los gastos y todo lo que haga falta, informe que entrega los sábados.

Cuenta Elsimirey:

“Soy una madre cabeza de hogar. Tengo cinco hijos y vivo en la vereda Camino Viejo, en una casita con dos habitaciones y tres camas; bueno... ‘una’ gracias a usted (refiriéndose a la primera dama) que me la regaló, porque antes dormían de a dos en cada cama y yo con Carola, la menor. Ahora, pues, Juan Esteban, que es el mayor, duerme solo pero en una misma habitación con los hermanos, porque no tenemos espacio. Y, pues aquí trabajo. Yo era empleada doméstica, pero al anterior patrón casi no le gustaba por ser negra y me trataba mal. Un día le dije su poco y, claro, me quedé sin trabajo. Casi dos años sin trabajar, alimentando a estos muchachos con lo que me daba la gente o a veces vendiendo chontaduros, hasta que usted me ayudó y, aquí estoy”.

El comedor consta de un salón rodeado con mesas y sus respectivas sillas. Al costado lateral se encuentra la cocina principal, con dos refrigeradores, una estufa de ocho boquillas grandes y las alacenas de los platos y los vasos. Al lado, una habitación más pequeña donde se guardan los alimentos que no necesitan refrigeración, cada uno etiquetado con la cantidad. Clavado en la pared, un tablero muestra la lista de los productos y a medida que se gastan se van tachando. Así, Elsimirey sabe cuánto se ha gastado y qué hace falta. Al fondo del comedor hay dos baños, uno para hombres y otro para mujeres, cada uno con tres tazas de servicios y tres lavamanos. Al lado de la entrada al comedor hay un salón amplio con juguetes, libros, mesas y asientos al que llaman “el salón educativo” y al lado otra cocina más pequeña donde se preparan alimentos para vender y obtener ingresos para el comedor general. Al fondo, un patio grande con árboles de mango y cultivos de cimarrón, cilantro, lulo, tomillo y orégano. Con la ayuda de los niños siembran y cuidan ese pequeño cultivo.

Alrededor de las doce en punto llegan los niños. Aquel día, el almuerzo constaba de sopa de pastas, arroz, lentejas, maduro y jugo de mora. Cada niño saluda a las madres comunitarias y se sienta a esperar el almuerzo.

“Muchas son las personas que me colaboran. Los supermercados, la Iglesia y la misma gente del pueblo, dan semanalmente y con generosidad alimentos para estos niños. Pero no nos conformamos con el alimento; también estamos pendientes de su educación y ayudamos con cuadernos, lápices, maletines y libros. Para mí es importante que estos niños se eduquen y sean alguien en la vida. A muchos les va muy bien en el colegio y eso me hace sentir orgullosa. A los que no, les ayudo con sus tareas cuando vienen al comedor para que sus notas mejoren y los motivo con premios cuando suben sus notas. Estos niños son como mis hijos”, dice la primera dama.

Durante el almuerzo algunos niños se ponen inquietos. Luis Andrés es uno de ellos. Juega con la comida, se levanta del puesto, va al baño, molesta a su compañera de al lado, dice que no le gusta la sopa, ríe a carcajadas, se ensucia el uniforme, hace regueros y cuando no, se pone a jugar con un carrito. Le han llamado la atención varias veces, pero no hace caso.

Diagonal a Andrés, se sienta una niña a quien la dama felicita, pues tiene una banderita en su pecho.

—Démosle un aplauso a Mariana —propone—. Así como ella me gustaría que todos llegaran aquí, con esa bandera en el pecho y que sean bien aplicados.

Mariana es hija de una de las madres comunitarias. Vive en una vereda en las afueras del municipio, en una casa de guadua, sin piso y una sola habitación donde duerme junto a sus tres hermanos menores. Todos los días camina casi media hora para llegar a la escuela. Su uniforme es impecable, sus zapatos bien limpios y su cabello bien peinado. En las tardes, primero hace sus tareas y después ayuda a sus hermanos con las de ellos. Siempre ocupa los primeros lugares en la escuela.

—Cuando sea grande me encantaría ser como mi profesora y enseñarles a muchos niños —dice con orgullo.

Otro de los niños es Gustavo. Está en silla de ruedas debido a una caída que sufrió en su casa cuando era pequeño y le produjo la fractura de la columna. Todas las mañanas, su madre lo acompaña a la escuela y luego lo recoge para llevarlo al comedor. Viven en una parte montañosa y su madre dice que le toca cargarlo para entrarlo a la casa. Es muy poca la movilidad que tiene dentro de su propia casa, ya que es pequeña y sin piso.

—Me encanta el fútbol y soy el mejor portero. ¡Cierto, muchachos? —pregunta.

Estar en una silla de ruedas no le impide hacer de arquero. Siempre se le ve sonriente y es bastante burlón. Les pone apodos a sus amigos y les hace bromas. En la escuela es algo inquieto, aunque muy querido por su maestra.

Hay niños entre los seis y los quince años de edad. Los más grandes se sientan en una mesa aparte, por lo que las porciones del almuerzo varían. A veces se tratan entre ellos con palabras soeces.

—Háblamelo, marica. ¿Verdad que te “peliaste” con la hembra? —pregunta Ronald a uno de sus amigos.

—Sisas, —responde Cristian—. Andaba muy cansona, jodiéndome la vida porque no la llamé anoche.

Pero delante de la dama no dicen esas palabras, ya que ella los reprende. Tal es el respeto que le tienen.

Sandra, una de las jóvenes del comedor, está en embarazada a sus dieciséis años. Actualmente se encuentra viviendo con una tía en la parte rural del municipio, en una casa de interés social. “Mis padres me echaron de la casa cuando se dieron cuenta de que andaba embarazada. Mi madre me gritó ‘ivagabunda!’ y me dio una pela muy fea. Mi tía me tendió la mano y me dejó quedar en su

casa, aunque me toca trabajar los sábados en la galería para poderme comprar mis cositas”, dice.

Sandra vive con cuatro primos más y el esposo de la tía. Comenta que a veces se siente mal allí, porque la ponen a hacer los oficios de la casa y a los primos no les dicen nada. El padre del niño es un compañero de estudios de diecinueve años, pero apenas se enteró del embarazo terminó la relación con ella.

Durante la preparación del almuerzo Elsimirey prende la grabadora y pone música religiosa. “Me encanta alabar al Señor”, dice. Mientras unas cocinan, las otras asean el salón para dejarlo limpio cuando lleguen los niños. Antes de ingresar se llama a lista y así contabilizan los platos que se van a servir.

Al llegar, los niños más pequeños entran corriendo al salón de estudio a jugar con los juguetes que hay en él. A las madres se les dificulta organizarlos, pues unos se ponen rebeldes y lloran cuando los sientan a la fuerza. A otros no les gusta lo que se les sirven y ponen cara de enojo y a las madres les toca darles la comida.

Los viernes, luego del almuerzo, recoger y lavar los platos y asear el salón, Elsimirey y la primera dama se sientan y revisan las cuentas de los gastos de la semana y lo que hace falta para la próxima. Elsimirey le entrega los listados de los productos que fueron consumiendo durante la semana y las facturas de compra de los supermercados. La gente que les colabora lleva sus aportes los sábados y domingos y el lunes en la mañana las madres comunitarias organizan y hacen el listado de lo que ingresa.

Los domingos se reúnen para preparar comida y venderla, para de esta manera tener ingresos para el comedor. A las siete de la mañana están en la cocina haciendo arroz de leche que algunos niños ayudan a vender. Se dividen en grupos y se reparten las tareas. Unos van por las casas que rodean el pueblo, otros se hacen en las afueras de la iglesia, otros en la galería y el resto puerta a puerta en las casas cercanas.

“El gran problema con el comedor comunitario es que la comida que sobra desaparece. Se sabe que no toda la comida que ingresa se gasta y es claro que son muchos los proveedores y la gente del municipio que gentilmente llevan su remesa cada ocho días para compartirla con los niños. Es triste ver cómo gente de afuera pide un bocado y les cierran la puerta, ya que la comida es solo para los niños y las madres que se atienden en ese lugar”, comenta el cura del municipio.

15

Lo mismo cada seis meses

Valentina Alzate Díaz



Juan Camilo Gómez nació el 24 de noviembre de 1995 con pocas esperanzas de vida, incluso antes de que su madre diera a luz. Fue un embarazo de alto riesgo, con amenaza de aborto durante los nueve meses.

—El niño padece de una enfermedad de tipo genético llamada eurofibromatosis 1, que ataca al sistema nervioso central —dijo la enfermera.

—Entonces, ¿qué hago, señorita?

—Debe buscar la ayuda de un neurólogo.

“Como me dijo que lo que tenía era muy grave y yo nunca había escuchado sobre esa enfermedad, le pregunté qué significaba; si tendría poco tiempo de vida y ella respondió que aproximadamente seis meses. Me sentí muy mal y seguía sin entender. Fui a casa a buscar en diccionarios y libros lo que significaba esa enfermedad”, expresó la madre con un suspiro profundo.

Aunque parece una persona normal, no lo es. Vive en su propio mundo y todos los días son distintos.

“No soy niño especial; no tengo problemas”, dijo Juan Camilo el día que lo conocí hace algunas semanas en Cali. Siempre está acompañado por su madre.

Tiene dieciocho años, estatura mediana, cabello rubio bastante corto y ojos color miel. Le gusta mucho jugar con sus amigos y reparar cosas desde los diez años de edad. Todos los días se viste de acuerdo con el clima; es decir, si el día está soleado toma colores fuertes y brillantes y si está opaco, colores apagados. “Me gusta sentirme bien, por eso visto según el día, para estar diferente de todos los demás”. Luce bien, saludable y en sus propias palabras “se puede aprender a disfrutar la vida jugando”.

“Mi hijo nació con problemas de diferente tipo. Algunos días es agradable, otros insoportable y los demás agresivo, como si quisiera gritarle al mundo que no es igual a él y no tiene las mismas capacidades. Sufre mucho; creería que en ese colegio lo molestan”, dice la madre.

Los médicos sugirieron que había que matricularlo en un colegio normal para que socializara, aunque académicamente no avanzara. Desde entonces, ha pasado por cinco colegios. “De la escuela lo saqué porque la profesora del salón de niños regulares no quiso hacerse cargo de él, a diferencia del salón de niños especiales donde sí estaban más comprometidos. Sin embargo, me dijeron que allí no avanzaría. Le cancelaron la matrícula por demasiada hiperactividad y agresividad. Luego, de otro centro educativo lo retiramos porque nos quedaba muy lejos para llevarlo. Después nos dimos cuenta de que por culpa de la desgraciada profesora —una mentirosa—, Juan Camilo regresaba muy tarde. Ella se iba temprano y no avisaba. El transporte lo recogía a las seis de la tarde y la tal maestra se iba a las cuatro sin avisar”, expresa la madre con disgusto.

Días después de retirarlo del colegio, lo llevé a una psicóloga que le hizo varias consultas y evaluaciones.

—Necesito saber si fue abusado y las consecuencias psicológicas, doctora.

—Ya ha pasado mucho tiempo para un examen de medicina legal. Además, lo relatado por él es contradictorio. Desafortunadamente, eso nunca se sabrá.

“Sentí mucha rabia. Me provocaba ahorcar a la profesora, a los niños y a la psicóloga. Los mataría si hubiese podido. Lo mismo, en este perro país todo queda igual. ¡Nunca pasa nada!”, protesta la madre moviéndose de un lado para otro. De este hecho nunca se volvió hablar en la familia.

Juan Camilo es colaborador —aunque a veces lo hace con malgenio— y se preocupa por los demás. Así lo describe su profesora Andrea:

“Es alguien muy especial para mí. Quiero mucho a ese niño como si fuera mi propio hijo y quisiera ayudarlo en muchas cosas. Me deja sorprendida lo colaborador que es. En las clases siempre me ayuda con lo que necesite, aunque tiene sus ratos amargos, como cualquier persona”.

El niño baja la mirada y manifiesta:

“Mi infancia no ha sido la mejor. Cambiaba mucho de colegio y no entendía por qué. Siempre de aquí para allá, como mis papás quisieran. Crecí con mis dos hermanos y mis papás. Siempre jugaba; me gusta hacerlo. Mi abuela me ayuda en todo lo que necesite. Es un gran apoyo para mí y mi familia, porque sé que no es fácil lidiar con todo lo que me toca y todo lo que soy”, dice, con desconsuelo.

“Es solo un niño que trata de olvidar lo que le ha pasado. Sí, tiene problemas; pero intenta sobresalir cada día y ser feliz a su manera. Es muy amable y tan inteligente que a veces no parece que tuviera algo. Pero son los designios de Dios y yo confié en Él. Todos los días oro para que pueda tener un hogar y una familia como sueña cualquier niño. Estoy pendiente de él cada día. Voy al colegio a preguntar cómo le va y a cuidar que los compañeros no lo molesten. Cada mes acompaño a mi hija cuando lo lleva a ese examen de la cabeza”, comenta su abuela materna.

Otro día normal de estudio para Juan Camilo. Viste un pantalón negro y ancho, una camisa blanca, calza tenis de color negro, porta un reloj en su muñeca izquierda y una maleta roja en la mano derecha. Sus padres todos los días lo llevan al colegio.

—Mami, la bendición —suplica Juan en la puerta de entrada.

—Dios te bendiga, hijo. Te cuidas.

—Sí, señora.

Empieza una larga jornada “llena de mierda y más mierda” según palabras de Juan Camilo.

—¡Hola, Juan! ¿Cómo vas? —lo saluda Jaime, el vigilante.

—Bien, Jaime. ¿Y vos?

—Bien. Aquí trabajando.

—Dale, Jaime. Nos vemos. Voy a ese maldito salón.

Suena el timbre y los niños entran al salón. Empieza la clase. La profesora pone un trabajo para hacer en pareja. Un niño de baja estatura, cabello negro y corto y grandes gafas, al que apodan el Negro, se acerca a Juan Camilo. Parecen ser amigos.

Salen todos a descanso. El Negro y Juan Camilo se encuentran en la cafetería para comprar papas y una gaseosa.

—¡Enfermo, enfermo! —le gritan a Juan Camilo unos niños de su salón.

—¿Qué les pasa, hijueputas? —les grita el Negro.

—¡Ojo, que se enferma usted también! —le contestan con burla.

—Ya, Negro. No les parés bolas. Calmate —le suplica Juan Camilo.

A Juan Camilo le deben hacer unos exámenes cada seis meses para evitar que uno de los pequeños tumores ubicados en su cerebro crezca y le cause su muerte. Esto le resulta difícil. “Odio que me lleven a ese examen, que dizque se llama resonancia magnética. Me acuestan en una cama, me inyectan un líquido para sedarme, me meten dentro de un aparato y me toman una foto. Me levanto después muy maluco”, expresa el niño con angustia.

“Hasta hace dos años eso era todo un trauma. Había que agarrarlo entre varios para canalizarle la vena y sedarlo. Escupía, gritaba, insultaba y tiraba patadas. Para diciembre le tocó quedarse quieto, porque se le dijo que ya tenía dieciocho años y debía comportarse como un adulto. Yo solo lo pongo en manos de Dios, pues las enfermedades genéticas no tienen cura y en su caso tiene tres translocaciones de este tipo. Los médicos no saben cómo puede afectarlo —puede ser en su movilidad o en otra cosa— y mucho menos qué pasará en un futuro. Solo tenemos la certeza de que pequeños tumores seguirán saliendo y esperamos que no sean malignos”, dice la madre con aflicción.

Luego de las molestas visitas al médico y los exámenes de rigor, sus padres le buscan espacios de esparcimiento para olvidar esos desagradables momentos. Salen a caminar, visitan centros comerciales, van al cine y disfruta de su comida favorita: el sánduche cubano. Sin embargo, no olvida que debe continuar

aprendiendo cosas nuevas y positivas, estudiar y disfrutar de los pequeños momentos de la vida.

Juan Camilo cursa actualmente grado octavo y su familia espera que termine el bachillerato con buen nivel de lectura y escritura, para luego iniciarlo en algún tipo de arte que le permita obtener ingresos económicos para sostenerse y sentirse una persona útil.

No obstante, en un futuro y sustentado en su condición, contará con la pensión de sus padres. Los niños mal llamados “especiales” cuentan con familias –bien llamadas especiales– que impulsadas por una particular sintonía de unión y un constante compartir amor, logran sobrellevar y superar ampliamente los impases y obstáculos que el diario vivir trae consigo, particularmente cuando uno de sus miembros requiere constante atención y apoyo. Esto se palpa en el núcleo familiar de Juan Camilo Gómez, cuando los accesorios de su padre y hermano son tomados por él para su uso personal, a pesar de que cuenta con sus pertenencias. Zapatos, camisas y camisetas son llamativos para él y satisfacen esa constante búsqueda de sentir que forma parte de un mundo “normal”. Su madre y su hermana no se quedan atrás, pues constantemente les exige –tal vez inconscientemente– de modo intenso e incansable comprensión y entendimiento, y solo ellas como mujeres llenas de amor pueden brindarle.

16

Mamá canguro

Jael Murillo M.



“Sí”, fue la respuesta que dio cuando el pediatra Javier Torres le hizo la propuesta de liderar el programa Madre Canguro, en el Hospital Universitario del Valle. Había estado esperando una oportunidad así desde que se convirtió en médico pediatra neonatólogo. Ha pasado un buen tiempo y este era el momento.

Este es un programa que no atrae a los profesionales de la salud y menos a los altamente capacitados, pues no genera ingresos altos. Pero para él era hermoso, “porque cuando uno se prepara como neonatólogo o intensivista, ¿qué le gusta? Pues trabajar en la unidad de cuidados intensivos, salvar vidas y hacer cosas extraordinarias. Además, creo en ese proyecto y quiero trabajar en él”.

Para Carlos Alberto Jiménez, médico egresado de la Universidad del Cauca y especializado en la Universidad del Valle, oír sobre el programa Madre Canguro le produce una enorme satisfacción, pues siempre le ha parecido un trabajo muy noble. Admira la tenacidad de los médicos que lograron desarrollar un programa basado en la biología de los marsupiales, que ha instaurado un proceso en el cual el bebé nace prematuro y debe permanecer en una bolsa materna cerca de las glándulas mamarias, para que pueda alimentarse hasta que termine su proceso de maduración.

En su consultorio del HUV revisa el listado. Una vez hecho esto, comienza su labor.

—¿Cómo te va, mamá? ¡Bien! Hoy es nuestra cuarta consulta.

—Sí, doctor. Perdón, una preguntita. Es que ayer me tocó llevar al bebé al centro de salud, porque después que empecé a darle ese hierro, no hace del cuerpo.

—Ya veo. ¿Y qué le dijeron?

—Que el hierro era lo que le estaba causando el estreñimiento.

—Completamente de acuerdo. ¿Y se lo quitaron?

—Pues no, pero hoy no se lo he dado y aun no da del cuerpo.

—Bueno. Ahorita lo revisamos. Quítele la ropita, por favor.

El bebé nació el 10 de agosto del 2014 y pesó 1.715 gramos, casi la mitad de lo que pesa un niño promedio al nacer. Lo dieron de alta a los dieciséis días de nacido y en este momento tiene 32 semanas de vida.

—Este bebé ha estado ganando peso muy bien. Ya pesa 2.330 gramos.

Esto lo dice el médico después de pesar al bebé, pero al examinarlo detenidamente se da cuenta de que tiene una hipospadia, una anomalía de nacimiento y a veces hereditaria, que consiste en que la abertura de la uretra está ubicada en la cara inferior del pene. El tratamiento es una cirugía temprana. Termina de examinar al bebé y comenta a la madre que su hijo evoluciona muy bien y debe continuar con los cuidados adecuados.

—Ya lo puedes vestir, mamá —dice con serenidad.

Sentado en su silla y apoyado en su escritorio, comienza a llenar la cartilla de control de desarrollo y crecimiento, a la vez que le explica a la madre la situación y le sugiere cita con el urólogo. Le recuerda la importancia de no bañarlo hasta que cumpla las cuarenta semanas de edad, ya que muchas investigaciones demuestran que los bebés prematuros pierden peso con el baño diario.

—Doctor ¿y qué le hago para que dé del cuerpo? ¿Qué le doy? —pregunta angustiada la madre.

—Solo resta esperar. Le puede hacer masajitos en el estómago, pero no me le vaya a hacer nada ni a ponerle supositorios, ni meterle cebollas por la colita, ni nada. Solo esperar. Sígale dando leche materna y por ahora suspéndale el hierro.

Ah, bueno ¿Y usted me dice cuándo se lo vuelvo a dar?

—Sí. En la próxima consulta vemos si se lo reanudamos.

El programa Canguro en Colombia es pionero a nivel mundial. Nació en Bogotá en los años sesenta en el Instituto Materno Infantil, cuando un grupo de médicos liderados por el neonatólogo Édgar Rey Sanabria, de la Universidad Nacional de Colombia, se le midió a este proyecto.

Sin embargo, la sociedad médica colombiana no creyó en el desarrollo del programa, a pesar de que numerosas investigaciones y publicaciones lo alababan. Fue solo hasta la llegada de la doctora francesa Natalie Charpak que se le dio credibilidad y se obtuvieron recursos del gobierno francés para impulsarlo. El programa Madre Canguro es muy completo, porque el bebé es valorado por profesionales de la enfermería, la psicología, el trabajo social, la oftalmología, la audiología, la fonoaudiología, la odontología infantil, la terapia física, el neurodesarrollo y la neonatología. Por ello, es una de las cuatro estrategias de la OMS para disminuir la mortalidad en prematuros.

“Es un programa muy moldeable. Por ejemplo, en los EE. UU donde los recursos son ilimitados, el programa funciona muy bien. En los países con tecnología intermedia, como el nuestro, el programa es bastante efectivo, ya que con él se busca no solo cuidar muy bien esos niños en sus primeros años de vida, sino también permitirles a las unidades neonatales egresarlos a más temprano. Nosotros no tenemos recursos ilimitados. Muchas veces las unidades están llenas y muchos prematuros mueren porque no hay nada que podamos hacer por ellos. Pero gracias al programa podemos contar con mayor capacidad física y ofrecer mejor atención”, relata el médico.

Antes de salir de su consultorio, el doctor Jiménez le recuerda a la joven madre de dieciocho años no olvidar las goticas en los ojos y que, por favor, pase a la consulta con el oftalmólogo.

La mortalidad infantil se concentra en el primer año de vida y más específicamente en el primer mes de vida. Para ayudar a la solución de esta problemática, la OMS diseñó las siguientes estrategias: 1. Planificación familiar; 2. control prenatal adecuado; 3. suministrar a las mamás ácido fólico, vitamina A y suplementarlas con hierro durante el embarazo, y 4. inscribir a los prematuros —estén o no hospitalizados— en un programa de seguimiento neonatal. En Cali se ha logrado reducir significativamente la mortalidad neonatal y materna, al punto de que es ciudad modelo en Colombia.

Es el momento de llamar al siguiente bebé para su revisión. En esta ocasión es una niña que viene en brazos de su papá.

—Buenos días, doctor. Aquí le traigo a mi hijita para que me diga cómo está —dice Juan Carlos, el padre.

—Con mucho gusto, papá. Por lo menos así por encima se ve muy bien, pero vamos a revisarla. Quítele la ropita, por favor, para pesarla.

Juan Carlos desnuda a su bebé y lo pone con suavidad en la balanza. El doctor Jiménez nota con alegría cómo ha ganado peso desde la última consulta. Dulce María nació el 11 de septiembre de 2014 en la UCI del HUV a las 31 semanas de gestación y pesó al nacer 1.580 gramos. Hoy pesa 2.120 gramos y ya le han puesto dos vacunas (hepatitis B y BCG). Aún no conoce a su madre, pues todavía en embarazo ingresa al al HUV con una grave afección pulmonar y tuvo que permanecer intubada veintiún días en la unidad de cuidados intensivos en coma inducido. Durante este tiempo, los médicos se dieron cuenta de que el bebé también presentaba síntomas de insuficiencia respiratoria y tuvieron que practicarle de urgencia una cesárea en la misma UCI para retirar la niña de inmediato. En este momento se encuentra en la sala médica mujeres.

—Doctor —dijo Juan Carlos con voz apagada—. Le quiero pedir un favor muy grande. Lo que pasa es que mi esposa no conoce el bebé y quisiera saber si hay algún inconveniente en que usted me dé un permiso para llevarle a Dulce María, para que puedan estar juntas un rato.

—¿Dónde está su esposa en este momento?

—A ella la pasaron a Médica Mujeres, pero no sé si haya inconveniente o sea peligroso para la salud de la niña que yo la lleve a conocer a su mamá. Pero es que ella suplica que la quiere conocer.

—Pues la tiene que conocer —respondió el doctor con energía—. Es la ley natural. ¡Ay Dios! Esta mamá se tiene que reunir con su hijita. Le voy a dar una orden para que le permitan a su esposa encontrarse con ella. Confíemos que en Médica Mujeres le permitan estar con la niña un rato. El único temor es que ese lugar es una sala general donde están los pacientes que salen de la UCI con las patologías más graves y cualquier cosa en este ambiente puede ser complejo para la niña. Sin embargo, hay que hacerlo.

Pasados unos segundos, continuó:

—Le voy a dar algunas recomendaciones. Debe seguir con la misma leche. Por ahora no le vamos a dar hierro hasta que esté más grandecita. Al salir, vaya donde la doctora Adriana para que le revise los ojitos, le mande algunas goticas y le programe las próximas citas.

Ahora el turno es para las gemelas Maylín y Émily. Nacieron el 12 de agosto de 2014 luego de 30 semanas de gestación. Maylín pesó 1.649 gramos y Emily 1.703. Su madre tuvo problemas de preeclampsia y debió ser hospitalizada para hacerle una cesárea con el fin de salvar su vida y la de las gemelas. La preeclampsia se caracteriza por un aumento de la tensión arterial junto al de proteínas en la orina. Es un trastorno complejo que afecta alrededor del 5 % de las mujeres embarazadas y debe diagnosticarse y tratarse rápidamente, ya que en casos graves se ponen en peligro la vida de la madre y la del feto. Afortunadamente, en este caso se actuó a tiempo y las tres se ven saludables.

El pediatra las revisa una por una y las noticias son buenas. Han ganado peso, no presentan ninguna dificultad respiratoria y su curva de desarrollo y crecimiento está dentro del promedio normal en prematuros.

—Las niñas están muy bien, mamá. Continuemos con leche materna y complételes, por favor, con leche especial para prematuros. Sígalas suministrando el hierro. Les voy a programar el examen de los ojitos para la próxima semana.

“El canguro *per se* es el mejor ejemplo de la humanización de la neonatología. Antes de este tipo de programas, los bebés eran aislados de sus madres y permanecían en incubadoras, pues se creía que las mamás los podían infectar. Con el programa canguro nos dimos cuenta de la importancia que para el desarrollo del bebé tienen las caricias, el afecto, los abrazos, la relación con la mamá y el contacto piel a piel. Por lo tanto, se ideó un programa que incluyera a la mamá y la lactancia como vínculo fundamental, porque el hecho de que la madre esté con el bebé prematuro y le dé de mamar es un poder casi milagroso que disminuye las infecciones, aumenta el crecimiento, reduce el tiempo de hospitalización y por ende, la mortandad. O sea, es un método medible, y eso es lo que nos gusta a los médicos”, dice Carlos Alberto con satisfacción.

Pensar en un bebé prematuro es pensar también en la familia que lo acompaña, porque requiere disposiciones exigentes a nivel emocional, cognitivo, físico, familiar y a veces económico. A pesar de todo es muy bello, porque cuando una mamá en realidad se organiza para acoger a ese bebé, este sobrevive muy bien a esas circunstancias adversas.

“Lo que experimenté fueron momentos de verdadera incertidumbre y miedo profundo, porque no sabía qué iba a pasar con mi bebé. Era muy chiquito, pues había nacido a las 28 semanas de gestación, pero con una edad corregida de 32 ya que era un niño que venía con muy buen desarrollo. Sin embargo, me llamaba la atención que a pesar de los recursos cognitivos e incluso culturales con los que contaba para relacionarme con las enfermeras, sabía que no podía ponerme necia ni debía llorar. Si lo hacía, ellas me decían: ‘No, mamá. Eso no le hace bien al bebé’ y cosas por el estilo. No tenía por qué culpar a nadie sino asumir una actitud responsable, porque a pesar de ser mi hijo eran las enfermeras las que me daban permiso para cargarlo y acariciarlo. En ese momento estaba a su cuidado y no al mío, por tanto debía ser paciente y no imponer mis normas. Entonces, manejar ese tipo de situaciones fue desgastante, sobre todo porque las condiciones físicas no me ayudaban. Se sabe que cuando se tiene un bebé, los niveles hormonales bajan drásticamente y se cae en la depresión. Yo no tuve tiempo de recuperarme, porque debía estar al pie de mi bebé, aunque no lo pudiera tocar, pero al menos darle compañía. Quienes somos mamás de bebés prematuros vivimos en angustia constante. En mi caso particular, cada vez que llegaba el médico y me decía: ‘vamos a hacerle una ecografía cerebral a ver si no hay hemorragia’, lo miraba, cruzaba los dedos, cerraba los ojos y rezaba mil padrenuestros pidiendo que todo saliera bien, hasta que declaraba: ‘Todo está muy bien’. ¡Uf! Eso era un descanso enorme. Y así, cada día traía su dosis de angustia. Esa vivencia configura un tipo particular de apego, porque yo vi a mi hijo entre la vida y la muerte. Es un trabajo emocional muy fuerte, porque todo el tiempo uno se pregunta: ‘¿qué sentido tiene esta experiencia en nuestras vidas? Si somos buenas personas, ¿por qué tenemos que vivir algo así? ¿A quién le puedo hacer un reclamo?’ Además, no todo dependía de mí. Mi bebé también vivía sus propias luchas”, cuenta Elena, una mamá canguro.

Isabel nunca imaginó que la presión arterial alta en una mujer embarazada fuera algo de qué preocuparse. Aunque en los controles siempre le decían lo mismo, no lo tomó como algo delicado para su salud y a las 28 semanas de gestación debió ser hospitalizada porque la presión iba en aumento.

“Lo primero que vino a mi mente fue que mi bebé iba a morir. Era mi primer embarazo y no podía creer lo que estaba pasando. Cuando la enfermera me dijo que yo era paciente de alto riesgo me asusté. A la mañana siguiente, llegó un ginecólogo acompañado de un grupo de estudiantes a quienes les habló de mi

caso, una preeclampsia grave. En ese momento sentí que la vida de mi bebé y la mía estaban realmente en peligro y lloraba día y noche”.

Poco después un médico le anunció que el bebé estaba muy bajo de peso y no estaba creciendo de acuerdo con la edad gestacional, lo que significaba que lo más probable era que le tuvieran que hacer una cesárea y la criatura no sobreviviera.

“No me salve a mí, doctor. Salve a mi bebé” repetía Isabel constantemente. Pero el médico replicaba: “Lo siento. En estos casos prevalece la vida de la madre. Sin embargo, haremos todo lo posible para que los dos estén bien”. El 13 de mayo, cuando se disponía a desayunar, entró a la habitación un médico y le dijo: “Mamá, no vaya a comer porque va para cirugía. Le tenemos que hacer la cesárea rápido porque le dio el síndrome de Hellp” (baja de transaminasas y de plaquetas).

“Me pusieron anestesia general –relata Isabel—. Cuando mi bebé nació no me di cuenta cómo. Solo lo pude ver a los tres días cuando me la llevaron en una bolsa plástica que simulaba la placenta”.

La niña pesó 960 gramos y su talla era de 30 centímetros. Debía ser alimentada por el estómago y estaba intubada.

“Luego de que me dieran salida, iba todos los días a visitar a mi bebé en los horarios establecidos. Era realmente hermoso ver cómo cada día evolucionaba. Al cuarto día le quitaron los tubos y le pusieron careta para el oxígeno y aunque mi esposo y yo no la podíamos tocar era muy reconfortante estar a su lado y ver sus gestos y sus movimientos. Nuestro vínculo se hizo muy fuerte”, rememora Isabel.

Cuando Miranda alcanzó un peso de 1.900 gramos la pasaron a cuna. Allí, Isabel empezó su labor como mamá canguro y la niña su lucha por la vida. Cada día debían enfrentar nuevos obstáculos, pero a medida que pasaba el tiempo fue mejorando y aprendiendo. Miranda salió de la clínica luego de permanecer hospitalizada dos meses y diez días. “Con toda seguridad puedo expresar, que aún con todos los altibajos ha sido la experiencia más linda de mi vida”.

“Cuando la vi quedé impresionada. Se veía muy rara, no parecía tener piel y estaba muy delgada. Esa imagen fue realmente impactante”, cuenta Diana, la madre. Sofía nació del 3 de marzo del 2014. “El parto se adelantó por una

infección urinaria no detectada. Fue una prematura extrema de 28 semanas”. Horas antes del alumbramiento Diana se encontraba muy asustada, pues le informaron que tenía solo diez centímetros de dilatación y no se podía hacer nada al respecto. “Ya es hora que el bebe nazca. No se puede mover, mamá”, oía que le decían durante el viaje del hospital de Yumbo a la clínica Comfenalco de Cali. Debieron inmovilizarla, pues bastaba el más leve movimiento para que se produjera el parto.

Sofía nació a las seis de la mañana. Solo pesaba 1.090 gramos y medía 28 centímetros. Su piel era extremadamente delgada y sus ojos aún no se abrían. Como tenía problemas respiratorios, fue necesario intubarla. Estuvo en incubadora húmeda por mes y medio, con fototerapia.

“Cuando nació solo la pude ver, pero dada su condición no me dejaron tocarla. Al segundo día me dieron permiso unos minutos para verla. Al tercer día de nacida presentó una hemorragia pulmonar y cerebral. Con fototerapia duró dos semanas, luego de lo cual presentó hidrocefalia grado tres y un sangrado pulmonar, ya que el tubo que tenía, filtró sangre inexplicablemente. Me puse a llorar sin consuelo cuando me informaron de su condición y me tuvieron que sacar de la sala para calmarme”.

Durante los tres meses que estuvo en la UCI presentó todas las complicaciones posibles en un bebé prematuro. Era permanentemente vigilada por monitores de toda clase y alimentada por el cordón umbilical. Pasó por diferentes mecanismos de respiración artificial como intubación, cánula nasal, cpap (dispositivo de soporte ventilatorio a través de la nariz) y cámara flujo. “Estaba llena de cables. Un día, la doctora me buscó y me dijo que había sufrido dos episodios muy graves y que tal vez le quedaba una semana de vida”, relata Diana con ansiedad.

Durante su estadía allí presentó frecuentes apneas e infecciones. A las tres semanas le suministraron leche materna pero se le inflamó el estómago y hubo de retirarla, ya que se podían presentar otro tipo de complicaciones. Mes y medio duró con la respiración mecánica y la sonda umbilical. A los dos meses le hicieron un chequeo para ver si presentaba retinopatía –un riesgo que corren los prematuros por exposición a la fototerapia– y el resultado fue una retinopatía grado tres. La remitieron por urgencias a la Clínica Imbanaco, donde le hicieron la retinopexia. Nació también con una de las mayores complicaciones: el conducto principal del corazón aun sin cerrar. Al mes la revisaron y este ya estaba cerrando, por lo cual no presentaba riesgo para ella. Un mes antes de salir de la UCI le hicieron una resonancia para confirmar su hemorragia y determinar

la gravedad. Esta arrojó que el sangrado está ubicado en el mismo lado, lo que podría traerle traer complicaciones en el aprendizaje.

“La pude cargar al mes y medio y debía mantenerla en mi pecho dentro de la blusa y no la podía sacar”. El primero de junio la dieron de alta con muchas restricciones. Debía tener oxígeno (mecanismo de flujo al veinticinco por ciento) con un monitor, saturador y cánula. A los quince días de estar en casa, Sofía pudo respirar por sí misma oxígeno y sin los implementos con los que había salido de la UCI.

Cuando Diana la llevó a su primera cita en canguro, tenía el peso y la talla propios de su edad. La remitieron al neuropediatra y al fisiatraa “Ellos me enseñaron a darle el tetero en diferentes posiciones, cómo vestirla, cómo hacerle lavados nasales, cómo cambiarle el pañal, etc. Sofía era la más grande”, expresa Diana con alegría. Según los médicos a ella la cuidaron muy bien.

El neuropediatra manifestó que la niña daba buenas señales de estar sana, ya que no presentaba ningún atraso en sus movimientos si se tiene en cuenta su edad gestacional. Actualmente, le practican tres clases de terapia: oral, física y de lenguaje. Las terapias oral y de lenguaje están a cargo de fonoaudiólogos y la física la ejerce un terapeuta físico, quien a base de ejercicios específicos busca coordinar sus movimientos.

De mil niños que sufren hidrocefalia grado tres, solo uno queda bien y las tareas que realice las hará sin problemas. “Sofía es un milagro y más saber que no tuvieron que operarla para drenarle”, cuenta Diana. Asiste cada mes a sus citas en canguro y sus terapias dependen de los resultados del chequeo.

17

Tierras de olvido

Isabela Moreno



Marina Queracama era una trabajadora del campo que vivía en el corregimiento de Santa Cecilia, Chocó, un lugar pacífico donde habita gente humilde, la mayoría de la tribu embera katio. Se levantaba muy temprano a hacer sus labores labrantías en las cuales participaban sus seis hijos y sus doce nietos. En una montaña está ubicada la finca Mentuara, un terreno grande en el que hay vacas, ovejas y gallinas. Vivían de las siembras de plátano, guineo, lulo y todo lo que proviniera del campo. Esto les daba su sustento y estabilidad económica. Ahora, Marina Queracama se despierta junto a su familia en el empedrado oscuro de uno de los barrios más pobres de Cali, El Calvario.

Temían que la guerrilla llegara en cualquier momento a desplazarlos y eran conscientes de que en algún momento eso tendría que pasar; lo que, en efecto, parece haber sucedido el 5 de mayo de 2013, aunque Marina dice no recordarlo con precisión: “Esa es una fecha que uno no quisiera visitar con el pensamiento. Fue uno de los peores días de mi vida”.

Eran casi las once de la noche, cuando escucharon un disparo y el ruido que provocó uno de los guerrilleros al tumbar la puerta de la finca a las patadas: “Recuerdo haber visto seis hombres armados, con uniformes de color verde. Todos vestían igual. Nos dijeron que si no entregábamos el ganado y el resto

de los animales nos lastimarían. Corrí por toda la finca. Estaba asustada y tenía mucho miedo. Lo único que sabía era que tenía que salir de ahí para protegerme y proteger a mi familia. Entregué a uno de ellos cinco ovejas y tres vacas”, rememora Marina con la rabia reflejada en su rostro.

Uno de sus hijos, Roberto, de veintidós años, fue arrastrado a un solar donde lo amenazaron con matar a su familia, reclutarlo y destruir su hogar si no se marchaban todos. “Me agarraron tres hombres y uno de ellos me apuntaba en la cabeza con un arma. Me tiraron a un solar cercano y me patearon el estómago y las piernas. No sabía por qué lo hacían. Les gritaba que se detuvieran, pero ellos me atacaban con más fuerza y reían, hasta que otro hombre apareció y les dijo que me soltaran. Nos sacaron a la fuerza de nuestro hogar. No pudimos entrar a la casa sacar algún objeto personal o de valor para subsistir esa noche. No había lugar a dónde ir, ni persona alguna que nos ayudara”, cuenta Roberto.

Mientras se marchaba junto a su familia en busca de un lugar para terminar de pasar la noche, vio estremecida cómo uno de los guerrilleros prendía fuego a la casa. “Fue un momento aterrador. Nadie se atrevía a hablar y mis hijos se hacían los de corazón duro para que mis nietos no se asustaran. Sentía mucha rabia y al mismo tiempo ganas de luchar. Sentí que ya nada era lo mío para mí, y para mis hijos”.

Como no sabían a dónde ir, esperaron debajo de un árbol a que amaneciera, para luego emprender a pie un largo camino hacia la ciudad de Cali.

“Caminamos desde el jueves hasta el miércoles de la siguiente semana, día y noche sin detenernos. En la carretera pedíamos a quien pasara que nos indicara por dónde ir y asegurarnos de no estar perdidos. Luego de largas horas de marcha, exhaustos nos acomodábamos en la carretera a pedir limosna. Diariamente nos ganábamos entre cinco mil y ocho mil pesos, que escasamente alcanzaban para un pan y algo de tomar. Hubo días en los que el sol era tan muy fuerte y la sed tan intensa que no podíamos seguir. El calor del suelo quemaba mis pies y el sudor y no tener cómo asearnos provocaban malos olores en mi cuerpo. Estaba completamente sucia. La ropa que llevábamos puesta era la única que teníamos. Los días de lluvia parábamos la jornada y buscábamos una tienda para escampar. La mayor parte del día teníamos que descansar largas horas por mis nietos, pues son muy pequeños para soportar algo que ni nosotros podíamos”.

Al llegar a Cali se dirigieron al centro. Era una ciudad desconocida para ellos. Nunca habían salido del campo y enfrentarse a esto era algo nuevo. Los edificios, los centros médicos, los colegios, los medios de transporte, el estacionamiento

de policías entre otras cosas, les causaba sorpresa y curiosidad. Por el momento, encontraron al lado de la iglesia de La Ermita, un lugar para dormir.

Los siguientes días socializaron con algunos habitantes de la calle, entre los cuales uno les llamó particularmente la atención porque de ahora en adelante les contaría cómo tendrían que enfrentarse a la calle. “La vida aquí es dura —les decía—. Algunos duermen en las alcantarillas, en los techos o debajo de los puentes. Vivimos con temor constante de ser atacados por las autoridades locales o por otras pandillas. La mayoría de las veces no se prueba ni un bocado en dos días o tres. Es afortunada la persona que logra conseguir un trabajo cualquiera en estas condiciones. Mucha gente mata por mil pesos. Esta no es vida para ningún ser humano”. Marina lo escuchaba aterrada.

Un día, mientras recorría las calles, Marina vio un aviso en la ventana de una casa y lo leyó. “Se alquila cuarto por noche”. La fachada se veía vieja y sucia, las paredes rayadas, y el techo estaba cubierto por tejas que poco a poco caían en el antejardín. Tocó a la puerta no sin cierto temor.

—Buenos días.

—Buenos días, mi señora —contestó una mujer—. ¿Qué se le ofrece?

—Estoy buscando un cuarto para quedarme en la noche. Somos doce personas, mis nietos y algunos de mis hijos. Me gustaría saber si tiene alguno disponible y cuánto cuesta.

—Entre, le muestro. Hay diferentes habitaciones. Usted me dirá cual le gusta más y se acomoda a su presupuesto —dijo la propietaria.

“La casa era amplia, la fachada no estaba tan mal y las paredes eran de color blanco grisáceo por la suciedad. Había una sala con un comedor y una pequeña cocina. En las mañanas, la dueña regalaba generosamente desayunos, pero estaba casada con un tipo que no tenía apariencia de buena persona. Pude a ver a muchos como nosotros que no tenían un hogar y les tocaba pagar para dormir una noche. Había alrededor de quince cuartos. Algunos tenían cama, televisor y baño entre otras cosas. Otros eran sencillos y costaban siete mil pesos. Eran los más económicos porque no tenían camas y había que dormir en el suelo. Así que por esa noche, lo alquilé”, relata Marina.

Había días en que la limosna no era suficiente para pagar la pieza y les tocaba dormir donde los cogiera la noche. Así que Roberto salió en busca de empleo y encontró uno como vendedor ambulante de helados. En seguida lo aceptó.

Sin embargo, las cosas iban de mal en peor. Un miércoles, Marina y Roberto caminaban por el centro de la ciudad cuando se encontraron un vecino que vivía cerca de la finca. Tenía malas noticias acerca de su hija: “Rosa fue asesinada hace pocos días por la guerrilla. Entraron a su casa a la fuerza, la torturaron y la obligaron hacer cosas degradantes. Después, uno de ellos la ahorcó y la lanzo al monte. Su esposo Juan y sus hijas se salvaron porque no se encontraban ahí”.

Otro día, el nieto de Marina, Pedrito, de tan solo dos años de edad, murió por desnutrición en los brazos de sus padres. Estas tragedias los marcaron a todos, pero aún así no se dejan vencer y continúan luchando por sus vidas.

Dice Roberto: “Esos bandidos han destruido un hogar y una familia. Todo ha sido miserable. No hay un día en el que haya tranquilidad en nuestras vidas. Alimentar diez bocas es duro y más cuando no tienes un empleo para sostener a tu familia y debes vivir de las propinas”.

Juan, de 17 años de edad e hijo de Marina, declara:

“No le guardo rencor ni rabia a la guerrilla. Solo me causa mucho miedo. Nos han lastimado mucho esas personas y por ese no tienen perdón de Dios. Quiero terminar mis estudios, pero aquí no hay muchas posibilidades. Yo no entiendo por qué nos pasa esto si yo no le hecho nada a nadie y mi familia tampoco”.

Marina y su familia tienen la esperanza de contar con la asistencia de alguna organización de ayuda al desplazado, especialmente para sus queridos nietos. Así, se dirigieron a la Unidad de Atención y Orientación al Desplazado (UAO), una institución estatal y allí les explicaron que el trámite asistencial se demora alrededor de dos meses y que transcurrido ese tiempo volvieran. Sin saber qué más hacer o qué recursos utilizar, decidieron que si pasado ese tiempo no había respuestas volverían al Chocó.

Las oficinas de la UAO se encuentran ubicadas en el barrio Guayaquil. Es un edificio pequeño pero bien organizado. Carlos Andrade, trabajador de este lugar comenta:

“Una de las mayores preocupaciones han sido las familias que llegan en condición de desplazamiento, y por esta razón la UAO hace una ágil y eficiente atención. Este es un espacio en el que entidades del sistema nacional de atención a la población en situación de desplazamiento trabajan a favor del restablecimiento de los derechos vulnerados a esta población brindándoles mayor oportunidad y efectividad en la atención”.

Pasados dos meses, llegó la tan esperada respuesta. En ella les informaban que la ayuda se les daría en Puerto Rico, Risaralda, pues para su caso es la zona más cercana a su lugar de origen. Además, los cupos de ayuda en Cali ya se agotaron. La oficina de asesoría de paz de la alcaldía los apoyará en el proceso de retorno a su tierra. En dos días decidirán si se quedan o se regresan.

Dice Roberto:

“El centro y los barrios cercanos son muy peligrosos. Un día estaba comprando los alimentos de la semana cuando dos hombres en bicicleta se acercaron, sacaron un cuchillo y me arrebataron la bolsa con la compra, la billetera con veinte mil pesos y los carnés de los niños. Otro día estábamos en la galería cuando el dueño de la pieza apareció por detrás y me puso un cuchillo en la nuca. Nos dijo que le debíamos ciento veinte mil pesos desde hacía cuatro meses y teníamos un mes de plazo para pagar”.

El 10 de noviembre del 2013 llamaron a Marina Queracama y le dijeron que fuera a la UAO. Cuando llegó le informaron que la solicitud para viajar a Risaralda la habían aprobado y que en tres semanas partiría de nuevo a su tierra.

“Con muchas esperanzas y con la ayuda de Dios, espero que por medio de esta organización nos presten un buen servicio no solo alimentario, sino también de ayuda para volver de nuevo a la tierrita y darle un significado a la vida”.



Las autodefensas solían tomarse las casas del pueblo. Entraban sin permiso e informaban que estarían solo unos días. Ya en Cali, cierto día me llamó una tía y me suplicó que me fuera lo más rápido posible para el Cauca, pues Belli llevaba varios días sin ir al colegio y había trabado amistad con hombres de las autodefensas. Esa noche no dormí. Me acosté muy preocupada, pues debía madrugar para viajar a las cuatro de la mañana. Cuando amaneció, me eché la bendición y me fui...



**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI**

La Umbria, carretera a Pance
PBX: 488 22 22 - 318 22 00 - Fax: 555 20 06
A.A. 7154 y 25162 - www.usbcali.edu.co